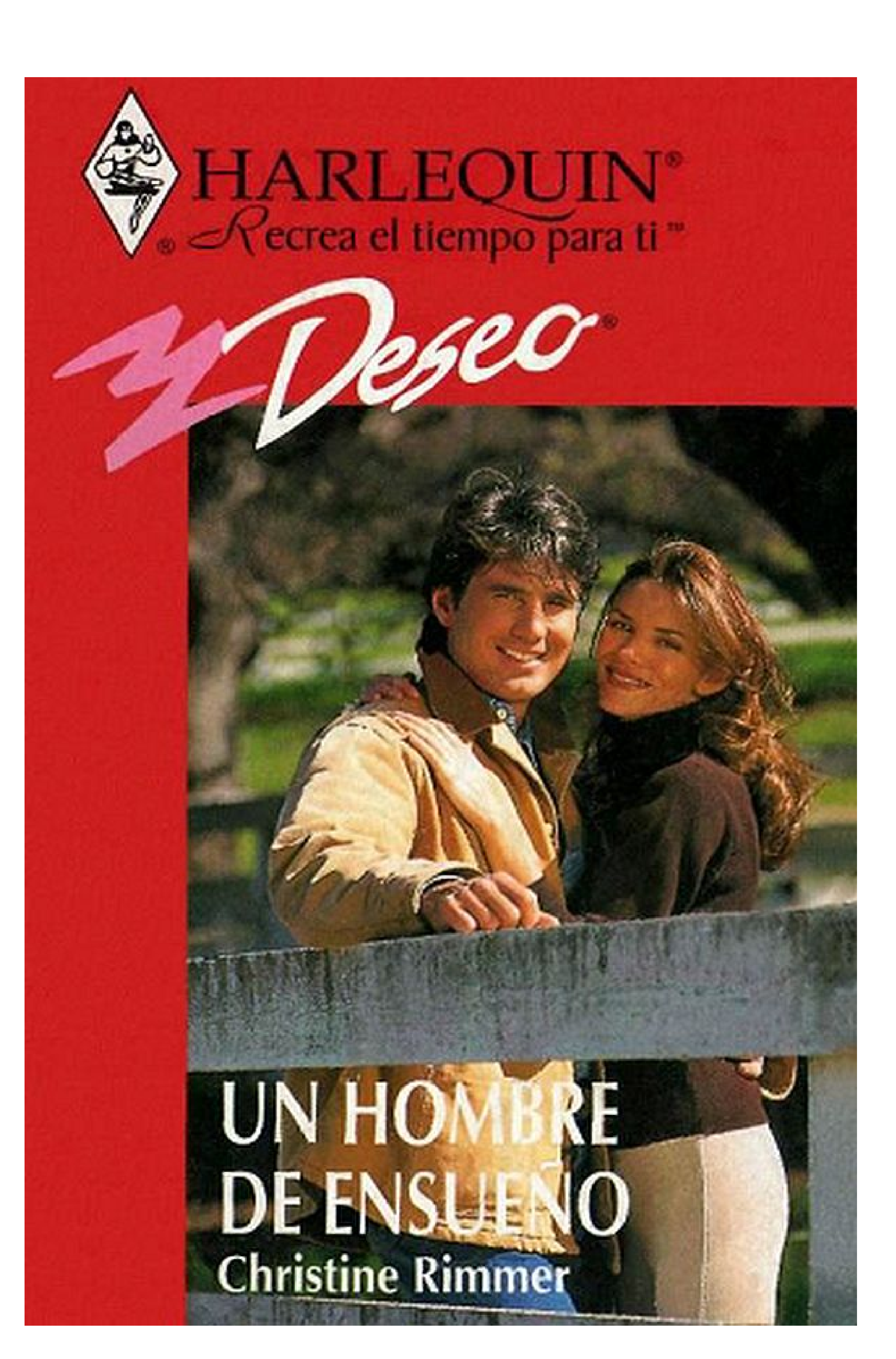


HARLEQUIN®
Recrea el tiempo para ti™
Deseo®
UN HOMBRE DE ENSUEÑO
Christine Rimmer

Se suponía que una señorita como Adora se casaría con una persona de vida respetable y, sin embargo, iba a dar el sí a Jed Ryder, un motorista que había tenido problemas con la ley en su juventud. Todo el mundo se preguntaba qué locura le había dado. Ella se justificaba a sí misma diciendo que se casaba con Jed Ryder para conseguir la custodia de su hermana. Insistía en que por el bien de la niña estaba a punto de renunciar a su respetable reputación. Pero, en realidad, eso no tenía nada que ver con el modo poco respetable en que se sentía cuando Jed la estrechaba entre sus brazos…



Christine Rimmer

Un hombre de ensueño

Deseo - 749

Las hermanas Beaudine - 2

ePub r1.0
jala 08.11.16

Título original: *The Midnight Rider Takes a Bride*
Christine Rimmer, 1997
Traducción: Aurora Alonso Piélagos
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 1114 - 1087 y en:
Silhouette Desire (SD) - 1101

Editor digital:
LDS
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—Cariño, lo único que estoy diciendo es que espero que no estés ahí sola, compadeciéndote de ti misma.

Adora Beaudine se colocó el teléfono debajo de la barbilla y después, se secó los ojos y se sonó la nariz, lo más silenciosamente que pudo. Sí, se estaba compadeciendo de sí misma, pero su madre no tenía por qué saberlo.

—Cariño, ¿estás ahí?

Adora se volvió a acercar el auricular a la boca.

—Sí, mamá. Estoy aquí.

—¿Te encuentras bien? Tienes una voz muy rara, cariño.

Adora sintió que le ahogaba un sollozo y se apresuró a cortar la comunicación un momento. Se sonó la nariz y después, en vez de tomar la copa de champán que tenía delante de ella, bebió directamente de la botella.

Le encantó el sabor y el modo en que las burbujas bajaban haciéndole cosquillas por la garganta. En realidad no era raro que supiera bien porque era un champán francés de la mejor calidad. Adora lo había comprado el pasado otoño, junto con un par de copas, al poco de conocer al cerdo de Farley Underwood. Las había comprado porque estaba segura de que un día u otro Farley le pediría en matrimonio. Se había imaginado a sí misma brindando con él para celebrar su compromiso.

Pero Farley nunca llegó a pedirle que se casara con él y aquella rata ya hacía tiempo que había salido de su vida, así que para celebrar su cumpleaños había decidido beberse entera la prueba

evidente de su estupidez. Además, en cuanto vaciara la botella, la estrellaría contra el suelo, junto con las dos copas.

—¿Adora? Adora… —Había vuelto a recuperar la comunicación con su madre, que la llamaba casi con desesperación.

—Creo que ha habido algún problema en la línea, mamá.

—Ah, era eso.

—Me parece que sí.

—Bueno, te estaba diciendo que no quiero que te amargues. Treinta y cinco años no son tantos. Estoy segura de que éste será el año en que encuentres a tu media naranja.

Adora tuvo que reprimir otro sollozo. Durante la pasada década su madre le repetía lo mismo cada ocho de agosto, día de su cumpleaños.

Su madre continuó hablando.

—Ya sabes que tu familia te quiere y que estaríamos todos contigo en este día tan especial, sí pudiéramos. Pero tus hermanas tienen ahora que ocuparse de sus propias familias. En cuanto a Bob y a mí, bueno, hemos estado muy ocupados últimamente. —Bob Shanahan era el segundo marido de Lottie Beaudine Shanahan.

Se habían conocido en un bingo hacía tres años y contraído matrimonio unos meses después. —Estamos volviendo a decorar la casa, ¿no te lo había dicho?

Al oír mencionar a su madre la decoración, Adora echó un vistazo a la cocina, donde se encontraba. Farley la había dejado hacía siete meses y para evitar deprimirse se había puesto a cambiarle la decoración. Le había quedado preciosa, pero no le ayudaba en mucho, porque las cocinas tenían que tener niños correteando por ellas y maridos preguntando qué había para cenar.

—Adora, ¿estás ahí?

—Sí, mamá, aquí estoy. Me estabas diciendo que has cambiado la decoración de la casa…

—La sala de estar ya está terminada. La hemos puesto en tonos malva y azules. Es de lo más acogedora y a la vez tiene mucho estilo. A Bob le encanta…

Lottie siguió hablando de Bob, su casa de cuatro habitaciones en Tucson y las reformas que estaban haciendo en ella. Adora dejó de escucharla, se sirvió un poco más de champán y lo bebió entre «Umms», para que su madre pensara que estaba prestando atención

a su monólogo, sin dejar de limpiarse las lágrimas que se empeñaban en empañarle los ojos.

—Me encantaría que vieras el baño —siguió diciendo su madre —, en verde y rosa pastel. Es una gozada darse una ducha en él…

Desde la calle le llegó el sonido de una potente moto que aparcó en el aparcamiento de su casa. Adora se encogió de hombros. Su salón de belleza estaba ya cerrado así que no pasaba nada porque aparcara alguien unas horas en su aparcamiento.

—Y te he enviado algo especial, ¿lo has recibido?

Adora se dio cuenta de que la pregunta de su madre requería una respuesta compuesta de palabras.

—No, mamá. Todavía no.

—¿Tienes catarro, Adora? Parece como si tuvieras la nariz atascada.

Adora aprovechó para sonarse sin disimulo.

—Sí, mamá. Ahora que lo mencionas, he debido pillar un resfriado.

—Cuídate, cariño.

—Lo haré.

En aquel momento alguien llamó a la puerta de la cocina, que daba al aparcamiento.

—Tómate ese medicamento que se disuelve en agua y sabe a limón. Va de maravilla. Bob tuvo un resfriado la semana pasada y…

—Escucha mamá, alguien está llamando a la puerta y tengo que ir a abrir.

—Pero, Adora…

—De verdad que tengo que dejarte.

—Bueno, cuando recibas el paquete llámame.

—Lo haré. Te quiero.

Adora colgó el teléfono y volvió a tomar la copa de champán.

Llamaron a la puerta de nuevo.

Dio un trago de su copa, saboreó el champán y dudó en contestar.

Pensó que no había razón para molestarse en hacerlo porque seguramente sería Lizzie Spooner, su mejor amiga, que ya le había dicho que se pasaría en cuanto terminara de trabajar. La apreciaba de veras, pero en aquel momento no se sentía con ánimo para ver a nadie. Posó el vaso y se entretuvo en leer la etiqueta de la botella.

Pero entonces volvieron a llamar, esta vez con mucha insistencia, así que suspiró y se levantó para abrir.

—Escucha, Lizzie —empezó a decir antes de abrir—, la verdad es que no me apetece… —La frase murió en sus labios al darse cuenta de que no era Lizzie.

Se trataba de Jed Ryder, cuya madre, Lola Pierce, era la persona que ayudaba a Adora en el salón de belleza. Se dio cuenta entonces de que el potente motor que había oído momentos antes pertenecía a la Harley de Jed.

—Ah, hola —trató de esbozar una sonrisa amable, mientras se limpiaba una lágrima.

Jed no le devolvió la sonrisa y no pudo ver sus ojos porque los tenía ocultos tras unas gafas de espejo. Su aspecto respondía, como era habitual en él, a una perfecta definición de hombre peligroso. Vestía unos vaqueros y una cazadora de piel; el pelo le caía sobre sus musculosos hombros y en su oreja derecha llevaba un pequeño diamante.

—Lamento molestarte, pero llamé al salón de belleza y no me respondió nadie —le dijo con aquella voz suya tan personal.

—He cerrado más temprano de lo habitual.

Aunque no podía verle los ojos, tuvo la sensación de que la observaba con extrañeza. Pensó que tal vez fuera por la cara de haber llorado que tenía o por la botella de champán que aún sujetaba en las manos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó de aquella manera tan dulce que le caracterizaba.

—Claro. Estoy fenomenal.

Se colocó la botella de champán debajo del brazo, sacó un pañuelo y se sonó la nariz.

Cuando terminó vio que Jed se había metido las manos en los bolsillos de sus desgastados vaqueros, y miraba hacia otro lado, nervioso.

Al darse cuenta, Adora se volvió a sonar y reprimió una sonrisa. Jed era toda una leyenda entre los moteros que normalmente se congregaban en la taberna local.

Le llamaban el Jinete de Medianoche. Incluso los que eran como él lo consideraban un ser solitario, un inconformista. Todos le respetaban, le tenían por alguien importante.

Pero estaba claro que no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer llorando.

Por alguna razón el hecho de haberle puesto nervioso la hizo confiar en él y pensó que no había motivo alguno para no dejarlo pasar, en vez de estar hablando en la puerta, a pesar de que la voz de su madre resonaba en su cerebro diciéndole que no debía dejar entrar en su casa a aquel ángel del infierno.

Adora se guardó el pañuelo y agarró mejor la botella de champán.

—Vamos, ¿por qué no entras?

Al principio no se movió, sino que se limitó a mirar a su alrededor como si olfateara alguna trampa. Adora pensó que iba a rechazar su invitación, pero le vio encogerse de hombros y cruzar el umbral. Una vez dentro miró con cautela a uno y otro lado como un animal salvaje al que se acaba de encerrar.

Adora cerró la puerta y le señaló la mesa de roble francés que tenía en la cocina, rodeada de cuatro sillas.

—Siéntate.

Jed negó con la cabeza.

—Sólo estoy buscando a mi madre. Pensé que tú sabrías dónde está.

—No la he vuelto a ver desde la una, más o menos. Como no había clientes le dije que se fuera a casa —pasó a su lado y se acercó al mostrador de la cocina, donde llenó la otra copa de champán de la botella que tenía en la mano, y sintiéndose traviesa y desafiante le ofreció la copa—. ¿Champán?

Se quedó muy quieto y como no podía verle los ojos, que le tapaban las gafas de espejo, no tenía ni idea de lo que podría estar pensando. Simplemente la miró o al menos eso creyó ella, durante largo rato.

Al final no pudo soportar aquel silencio y le empezó a temblar el labio. Se lo mordió para que se detuviera y le tendió la copa de nuevo.

—Acéptala, por favor.

—¿Por qué?

—Quiero que brindemos.

Le vio levantar una ceja por encima de las gafas de sol.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por… la vida de solteros.

—¿Y qué tiene de maravilloso estar soltero? —preguntó él.

De repente, Adora dejó de sentirse desafiante y empezó a sentirse desgraciada por su vida, por ella misma, en definitiva por todo. Pero al mismo tiempo lo suficientemente imprudente como para decirle la verdad.

—Estar soltero no tiene nada de bueno, pero tal vez si brindo por ello, consiga no sentirme tan desgraciada.

Se quitó las gafas de espejo y se las colgó de uno de los bolsillos de su cazadora de cuero.

Por primera vez consiguió ver sus ojos. Eran grises y muy hermosos. Contrastaban con sus cabellos de un negro intenso.

—Has tenido un mal día, ¿verdad? —le dijo, sonriendo por fin.

La risa que se le escapó a Adora estuvo bastante cercana al llanto.

—Malo no es lo bastante fuerte como para definirlo —se detuvo un momento—. Es mi cumpleaños.

—¿Cuántos?

—¿Pero tú te crees que se le puede preguntar eso a una mujer?

—Probablemente no, pero me parece recordar que en el colegio estabas algunos cursos por delante de mí —le dijo, con una sonrisa.

—Vale, vale. Restriégamelo.

—Bueno, ¿cuántos cumples?

—Treinta y cinco.

Adora miró la copa de champán que aún sostenía.

—Mira, si no te la vas a beber…

—¡Demonios! —En dos zancadas se plantó a su lado y le quitó la copa de las manos.

Adora parpadeó y lo miró. Realmente imponía, sobre todo teniéndolo tan cerca. Era muy ancho de hombros y unos brazos, duros como piezas de granito emergían de la camiseta con las mangas cortadas que llevaba puesta. Encima de la camiseta llevaba una cazadora de cuero con miles de cremalleras y bolsillos. Su cinturón y botas también eran de cuero y además llevaba unos guantes sin dedos de motorista del mismo material. Adora pensó que podía oler la piel, lo que resultaba muy extraño, porque minutos antes no podía oler absolutamente nada de lo atascada que tenía la nariz.

Jed Ryder parecía ser el tipo de hombre que podía curar a una mujer de sinusitis tan sólo con tenerlo muy cerca.

Una cruz de plata colgaba de su musculoso pecho. Adora la observó y pensó que debía estar asustada por encontrarse a solas con él en casa, pero en realidad no la asustaba. Tal vez se debiera a que conocía muy bien a Lola, su madre, y sabía cuánto lo quería y como contaba con él. O tal vez a causa de Tiffany, su pequeña hermanastra, mucho menor que él, que lo adoraba.

Se dio cuenta de que la estaba mirando y en ese momento tendió la copa de champán que acababa de tomar de sus manos.

—¿Dónde está la tuya?

Ella señaló la mesa que tenía detrás; él se dio la vuelta y tras alcanzar la copa de Adora se la entregó. Después levantó muy alto la suya.

—Por ti. Que tengas un feliz cumpleaños, Adora Beaudine.

—Gracias, Jed Ryder —bebieron los dos a la vez hasta que vaciaron las copas.

Jed le tendió la suya y Adora la llenó hasta el borde. Después se sirvió ella más también.

Propuso un segundo brindis.

—Por ti, para que encuentres lo que deseas, sea lo que sea —esperó a que bebiera con él.

Adora se decidió a darle algunas pistas sobre su tipo de hombre.

—Me gustaría que fuera guapo, amable y que tuviera un trabajo fijo y ganas de casarse.

Jed se echó a reír al oírla. Volvieron a beberse toda la copa y ella le tendió la botella, ofreciendo llenarle la copa.

Pero al ir a servirle se dio cuenta de que estaba vacía. Lo lamentó y sugirió:

—Creo que tengo una botella de *brandy* debajo del fregadero.

Jed negó con la cabeza y dejó la copa encima de la mesa.

—Me tengo que ir.

—No sé por qué tenía la impresión de que ibas a decir eso —dijo con tristeza. Le vio observarla largamente, de esa manera tan suya y contó hasta cinco, esperando a que dijera algo y como no lo hizo se respondió ella misma—. Sabía que ibas a decir eso por que es lo que siempre me dicen los hombres «Me tengo que ir» o «Adora, no insistas, te he dicho que me tengo que marchar».

La observaba con detenimiento como tratando de estudiar su personalidad.

—Vamos, estás exagerando.

—No exagero —dejó la botella de champán encima del mostrador de la cocina y volvió a mirarlo—. Ahuyento a los hombres. Todo el pueblo sabe que me quiero casar y tal vez por eso huyen de mí. Nadie se casará nunca conmigo. Me quedaré soltera el resto de mi vida —no había posado la copa y gesticulaba acaloradamente con ella en la mano—. Todas mis hermanas están casadas. Mi madre en segundas nupcias y han abandonado la ciudad, dejándome sola, con mi salón de belleza y mi acogedor apartamento de dos habitaciones, llena de sueños muy sencillos, en los que tan sólo añoro tener una familia, pero que nunca se van a hacer realidad. Es patético. Yo soy patética —tendió los brazos hacia delante y se miró el cuerpo—. Mírame.

Jed permaneció callado, como de costumbre. Después de un rato mirándose la blusa rosa y los pantalones cortos de flores que llevaba puestos, alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de él, tan plateados como la cruz que colgaba de su pecho. Algo muy cálido le recorrió el cuerpo por un momento, pero desapareció con la misma rapidez con que había aparecido.

Adora tragó saliva y se dijo que no era nada, tal vez sólo el efecto de un exceso de champán en su sangre.

El silencio había empezado a ser incómodo y Adora decidió acabar con él.

—Bueno, ahora que me has echado un buen vistazo, dime que tengo de malo.

—No tienes nada de malo. Se te ve muy bien.

Le miró, pero pronto frunció el ceño al darse cuenta de que estaba haciendo el ridículo. Miró al techo de la cocina, decorado con motivos vegetales.

—¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?

—¿Qué quieres decir?

Le miró a los ojos.

—Te he hecho beber champán conmigo y te he contado cosas que no te interesan en absoluto. Debo tener escrita la frase «mujer desesperada» en la frente.

Por un momento pareció incómodo.

—Bueno, no te preocupes.

Se apoyó en el mostrador de la cocina y pasó el dedo por el borde de la copa que tenía en la mano.

—Sé muy bien que he dicho un montón de tonterías, lo que pasa es que no me lo vas a decir, porque eres un caballero. —Jed se echó a reír y al oírlo Adora sonrió, sorprendida—. ¿He dicho algo gracioso?

—No, lo que pasa es que no estoy muy acostumbrado a que me llamen caballero.

—Bueno, pues deberías porque eso es lo que eres —dejó de apoyarse en el mostrador y se puso derecha—. Antes has dicho que no encontrabas a Lola.

—Sí.

—¿Ha estado Tiff contigo?

Jed asintió.

—Hemos estado de acampada el fin de semana.

—Lo sé, Lola me lo dijo. He echado de menos a Tiff en el salón.

A Tiff, que tenía once años le encantaba estar en el salón de belleza, charlando con las clientas o ayudando cuando la dejaban. Además algunas tardes cuando terminaba de trabajar recibía su visita. A Adora le encantaba estar con ella porque había crecido en una casa llena de hermanas y le gustaba tener a otras mujeres cerca de ella. Solían ver la televisión juntas e incluso la había ayudado con la decoración de la cocina.

Adora preguntó:

—¿Está en casa?

—Sí. —Tiff y Lola vivían en una casita que les había comprado Jed, muy cerca de allí—. La he dejado durmiendo en el sofá. ¡Pobre cría!, ayer la tuve todo el día montando en bicicleta. No volvimos a casa hasta tarde y como esta mañana tenía trabajo en mi cabaña no la he podido traer hasta ahora. —Jed poseía un taller de construcción y reparación de máquinas y vivía en una cabaña que tenía al lado—. Tengo que regresar al taller, pero no quiero dejar a Tiff sola en casa sin saber dónde está mamá.

—Antes de marcharse dijo que los arándanos de Trout Creek estaban ya maduros. Al parecer a Tiff le encanta la tarta de arándanos.

Jed tomó las gafas de sol.

—Gracias, iré a ver si la encuentro.

Adora le observó mientras volvía a ocultar sus preciosos ojos y recordó todas las historias que se contaban sobre él. Había sido un chico muy rebelde, siempre metido en problemas.

Lo peor había sido aquel escándalo de la violación, cuando Charity Laidlaw le pilló en la cama con su hija. Un asunto muy feo, complicado además por el hecho de que el hermano de Charity había estado casado en segundas nupcias con Lola.

La mayoría de la gente de la ciudad lo había definido como peligroso y malo.

Pero dijeran lo que dijeran, para ella Jed era una buena persona que la había escuchado pacientemente mientras se compadecía de sí misma. Además era tan responsable con su familia…

Adora se oyó a sí misma preguntar:

—¿Sabes dónde está la mejor zona de arándanos de Trout Creek? —Jed negó con la cabeza y entonces ella posó su copa en la mesa—. Vamos, te lo enseñaré.

Tal como imaginara, había dejado su enorme moto en el aparcamiento del salón de belleza.

Jed se puso el casco y dijo:

—Vamos, sube.

Adora suspiró y pensó que aunque ahora sabía que Jed era un buen chico, eso no quitaba para que no le apeteciera que la vieran subida en su moto, porque en una ciudad tan pequeña como aquélla daría lugar enseguida a todo tipo de rumores.

—No, no tengo casco —aunque no podía verle los ojos sabía que él conocía la verdadera razón por la que no quería subir a la moto. Sin embargo no le dijo nada—. Podemos caminar —se apresuró a añadir, sin atreverse a mirarlo—. No está tan lejos y además no podrías llegar en moto hasta allí mismo. Vamos —empezó a caminar y se sintió aliviada al sentir sus pasos tras de ella.

Hacía fresco para ser el mes de agosto y más cerca del río, pero para Adora hacía un calor pegajoso y el pelo se le estaba pegando a las sienes y al cuello, así que pensó que tenía que hacer algo y se paró en medio del sendero para rebuscar en los bolsillos.

—Tengo que recogerme el pelo —dijo—. Aquí está —sacó una cinta rosa y se hizo una cola de caballo alta con su media melena castaña—. Ahora me siento mejor.

Jed Ryder no dijo nada, simplemente esperó con paciencia a que estuviera lista para continuar.

Mientras caminaba Adora no se olvidaba nunca de sujetar las ramas para que no golpearan a Jed que iba detrás, y de vez en cuando se paraba para llamar a Lola. Pero nadie contestaba.

—Ya queda poco —dijo a Jed para animarlo cuando ya estaban terminado de subir una colina. Por desgracia continuó caminando sin mirar hacia delante primero y se tropezó con una raíz que estaba al descubierto y fue a caer sentado en el suelo.

—¿Estás bien?

—Se me va a poner morada la parte donde nunca me da el sol, pero sobreviviré —gruñó, frotándose la zona dolorida—. Vaya, uno de estos días aprenderé a mirar donde… —Le vio mirándola callado, como siempre, con una media sonrisa en los labios—… pongo los pies.

No pudo seguir hablando, pero tampoco le importó. Sentía algo demasiado especial en aquel momento como para molestarse en hablar.

De repente el aire se había vuelto más cálido, más dulce y parecía como si Jed… llenara el mundo. Podía oler el cuero y el polvo y no pudo evitar fijarse en la mancha de sudor que tenía en la camisa. Quiso tocarle la barba y comprobar si era tan suave como parecía, lamerle el sudor…

Adora se estremeció al darse cuenta de lo que estaba pensando porque a ella esas cosas no le habían interesado nunca demasiado. Por supuesto había salido con muchos chicos durante todos aquellos años de búsqueda infructuosa de marido, pero no se había acostado con ninguno de ellos excepto con aquel gusano de Farley, que ya se había encargado antes de desaparecer de dejarle bien claro que era nula en ese terreno.

Debía reconocer que así era. A pesar de haber tratado de convencer a Farley y a sí misma de que disfrutaba en la cama, como cualquier chica moderna, le parecía que se sudaba demasiado y que además Farley hacía unos ruiditos muy desagradables. A veces el único modo de soportar aquello era pensar en las cortinas tan bonitas que pondría cuando se casaran y tuvieran su primera casa. O en si sería pretencioso poner las iniciales de ambos en las toallas.

Pero en aquel momento no le importaban nada ni las cortinas ni

las iniciales de las toallas. Su propio sudor le parecía erótico y pensaba que el de Jed olía de maravilla. Incluso el aire parecía tener un aroma especial. Sentía el cuerpo pesado y muy ligero a la vez.

Pensó que debía ser el champán, aunque en realidad sabía que no era verdad, porque el paseo había hecho que la nebulosa que sentía en la cabeza en su apartamento hubiera desaparecido. Estaba sobria y muy excitada.

Jed dijo:

—Venga —seguía sonriendo y la miraba a los ojos—. Mira a ver si te puedes poner en pie —le tendió la mano.

Adora la tomó y como no se había quitado los guantes sintió de inmediato su mano envuelta en cuero y calor. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo antes de ponerse de pie.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Adora tosió antes de hablar.

—Sí, claro.

Le soltó la mano y, sonriendo como una idiota se sacudió el trasero con la mano y echó a andar la primera, tal y como le pedía él.

Continuaron en silencio. Todos los sonidos de la naturaleza le resultaban sensuales, incluso el croar de una rana o el zumbido de una abeja.

Se sintió ridícula. Al fin y al cabo no había pasado nada entre ellos. Se había caído y él la había ayudado a levantarse. Punto final.

Encontrarían a Lola y cada uno se iría por su parte. La próxima vez que se encontraran le sonreiría educadamente y seguiría su camino. Ya estaban muy cerca de las arandaneras. De repente, al dar la vuelta a una curva pronunciada, Adora no pudo dar crédito a sus ojos. En el suelo, delante de ella, una mujer yacía en el suelo, a la sombra de un abedul.

Era Lola.

Capítulo 2

Yacía boca arriba, con los ojos cerrados. Parecía descansar tranquila, pero la extrema palidez de su rostro delataba que algo no iba bien. A su lado había una lata de la que se habían salido un montón de arándanos.

—¡Dios mío, mamá! —susurró apenas, pero Adora notó toda la desesperación que reflejaba.

Jed corrió hasta donde estaba Lola y se puso de rodillas a su lado.

—¡Mamá! ¡Vamos mamá, vuelve! —empezó a gritar con nerviosismo, tratando de encontrarle el pulso. Después le echó la cabeza hacia atrás, miró si tenía algo en la boca y empezó a hacerle la respiración artificial.

Adora permaneció como anclada al suelo, sintiéndose fuera de su propio cuerpo, sin saber qué hacer, como si en realidad no estuviera allí y el hombre arrodillado a su lado no fuera Jed Ryder y la forma inmóvil que yacía en el suelo no fuera nadie que conociera.

Porque aquella mujer no podía ser Lola, la mujer amable y buena que siempre tenía una palabra agradable para sus clientas.

Jed la miró. Parecía muy tranquilo. Con una tranquilidad terrible.

—¿Jed? —lo llamó, buscando que la tranquilizara, que le dijera que Lola no estaba muerta.

—Vete a buscar ayuda —era un susurro que en sus oídos resonó como un grito—. ¡Corre!

Adora echó a correr, volviendo por el mismo camino. Apartaba las ramas con furia, resbalando a veces. Con cada respiración agitada sentía que se le quemaban los pulmones y el corazón le latía tan fuerte que no podía oír nada más. Estuvo a punto de caerse muchas veces, pero consiguió siempre mantener el equilibrio.

Al llegar al puente pudo correr con más facilidad sobre cemento. Bajó la calle tan deprisa que le pareció que el corazón se le iba a salir del pecho y que las piernas la iban a dejar caer.

Tilly Simpson, la ayudante del doctor Mott fue la primera persona que se encontró Adora al entrar en la clínica y la miró boquiabierta.

Adora trató de recuperar un momento el aire que le faltaba mientras se daba cuenta de que no había muchos pacientes esperando.

—¡Adora! ¿Qué…? —empezó a decir Tilly.

—Es Lola —respondió Adora tratando aún de respirar pausadamente—. Lola Pierce. Está en la zona de las arandaneras. ¡Oh, Tilly, creo que está muerta!

* * *

Permitieron que Adora viajara en la ambulancia, que dejó oír su sirena hasta el puente y que les ayudara a llevar la camilla después por el sendero, ya que tanto el doctor como la enfermera tenían que llevar otras muchas cosas.

No habían recorrido mucho camino cuando vieron llegar a Jed con el cuerpo inmóvil de Lola en brazos y la desolación reflejada en su rostro.

Unos minutos más tarde, el doctor anunció que Lola estaba muerta.

—Ha debido ser un ataque al corazón. Por supuesto habrá una autopsia que nos lo podrá confirmar.

Jed no dijo nada, se limitó a asentir. Ya habían puesto a Lola en la camilla y la llevaron entre el doctor y Jed.

Una pequeña muchedumbre se había congregado alrededor de la ambulancia cuando llegaron al puente.

—Atrás, atrás —dijo el doctor, mientras entre él y Jed metían la camilla en la ambulancia—. Atrás, por favor.

Adora les oyó murmurar:

—Es Lola. Lola Pierce.

—¿Ha muerto?
—Creo que sí.
Don Peebles, jefe de policía, a quien Adora conocía del colegio apareció en aquel instante.
—¿Qué es lo que pasa, doctor?
—Lola Pierce ha muerto.
—¿De qué?
—Hasta que no se realice la autopsia no lo puedo decir con seguridad, pero parece que se trata de un ataque al corazón.
—¿Quién encontró el cuerpo?
—Jed y Adora Beaudine.
Don se volvió hacia Jed.
—Tengo que hacerte unas preguntas, Ryder —miró a Adora—. Y a ti también Dori.
—Esas preguntas tendrán que esperar —respondió Jed—, porque tengo que ir a buscar a mi hermana.
—Te las haré ahora mismo —le dijo Don, con autoridad.
Adora se acercó a él.
—¿Podrías ser breve, Don? —le dijo—. Tiff sólo tiene once años. Jed tiene que estar con ella.
Don negó con la cabeza.
—Tengo que hacer mi trabajo, Dori. Acercaos a mi coche.
Adora miró a Jed que apretaba la mandíbula y no parecía tener ninguna intención de seguir a Don.
—Vamos, Jed —le dijo, a sabiendas de que lo que menos le hacía falta en aquel momento era tener problemas con la ley.
Como no se movía, le agarró por la mano y le hizo acercarse a donde quería el policía, que estaba haciendo que la gente se marchara a sus casas y dejara así moverse a la ambulancia.
El doctor se acercó un momento a ellos.
—Vamos a llevar a tu madre a la clínica y de allí a Reno, donde le efectuarán la autopsia. Todo el proceso puede durar un par de días o más. Vete llevando a cabo todos los trámites del funeral mientras tanto.
—De acuerdo.
El doctor miró a la ambulancia donde le esperaba la enfermera y se volvió hacia Jed.
—Jed, todo el mundo sabe que hiciste lo que pudiste por tu

madre y ahora lo importante es que estés con tu hermana. Le diré a Don que abrevie el interrogatorio.

—Gracias —murmuró Jed.

El doctor habló con el policía y después se marchó en la ambulancia.

Don pidió a Adora que esperara un poco alejada mientras hablaba con Jed, para que no pudiera oír lo que le preguntaba e hizo lo mismo después a la inversa.

No tardó mucho en efectuar el interrogatorio.

—Muy bien, ya sabrás de mí —dijo a Jed—, tan pronto como conozca los resultados de la autopsia.

Las pocas personas que todavía quedaban por allí miraban a Jed con cariño, pero ninguno le dijo nada. Al fin y al cabo pensaban que se trataba del rebelde Jed Ryder, y nadie sabía lo que era capaz de hacer.

Lizzie que había esperado a que Don terminara de interrogar a Adora, se acercó a ella.

—¿Estás bien? —Adora parpadeó y miró a su amiga—. No tienes buena cara. Vamos, te llevaré a casa. De hecho vengo de allí. Acabo de firmar el acuse de recibo de un paquete para ti. Apuesto a que es un regalo. Vamos y…

Vio que Jed se encaminaba a casa y se dio cuenta de que no podía dejarlo marchar.

—¡Jed!

Jed se detuvo. Como no se había puesto las gafas de sol, Adora se dio cuenta por su mirada de que le parecía bien que estuviera con él cuando diera la noticia a Tiff.

—¡Espera! —Lizzie le agarró el brazo, pero ella se soltó.

—Me tengo que ir.

—Pero Dory… —Te llamaré.

—Te he dejado el paquete en las escaleras.

—Gracias —dijo, y echó a correr.

Jed esperó hasta que la tuvo a su lado y entonces aceleró el paso.

—Tengo que ir a buscar mi moto. Adelántate tú a mi casa.

—¿Entro sin ti?

Jed sonrió con tristeza.

—Vete despacio y yo te alcanzaré.

—Muy bien.

Jed echó a correr y Adora se dirigió despacio a su casa, pensando en Tiff, que estaba esperando a que llegara su madre.

Jed aparcó la moto y Adora y él entraron en la casa de madera por la cocina.

Fueron derechos a la sala de estar y lo primero que percibió Adora fue el aroma que desprendía un popurrí de olor a manzana que había en un recipiente de cristal verde. Adora había hecho aquel popurrí.

Y a Lola le había encantado.

—Humm, sólo olerlo me hace pensar en el otoño, en la tarta de manzana y en mi abuela, abrazándome cuando era pequeña —había dicho.

Y por supuesto Adora le había regalado un poco. Pero ya no podría volver a darle más. Tratando de contener las lágrimas, Adora observó la decoración de la habitación con cariño: las flores que había en un jarrón, las revistas femeninas colocadas en forma de abanico, el sofá de terciopelo oscuro.

Tiff estaba acostada de lado en aquel sofá. Parecía dormida. Sonreía como si soñara algo agradable.

Al mirarla, Adora pensó que le encantaría dejarla seguir durmiendo. Miró a Jed y se dio cuenta de que pensaba lo mismo.

Pero entonces, como si los presintiera abrió los ojos. Por un momento pareció confundida, después su sonrisa se hizo más amplia y bostezó.

—¿Qué pasa chicos? —Les miró y su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué sucede? —preguntó, preocupada.

Jed se dejó caer a su lado en el sofá y la rodeó con uno de sus enormes brazos. —Tiff…— fue lo único que pudo decir.

—¿Qué pasa? —preguntó angustiada, y miró a Adora en busca de una respuesta—. Venga, Dory…

Adora deseó con todas sus fuerzas que se le ocurriera una frase apropiada, pero antes de que pudiera hablar lo hizo Jed.

—Es mamá.

Tiff se volvió hacia él.

—¿Mamá? —Jed asintió—. ¿Pero qué es lo que pasa?

Jed fue a hablar, pero Tiff no le dejó.

—Es curioso, porque estaba soñando con ella. Me abrazaba y me

decía que no olvidara nunca cuanto me quería. Qué gracia, como si pudiera olvidar una cosa así. Ya sabéis cómo es. Siempre me está abrazando y besando. Nunca deja de repetir que soy su niñita querida. Se la veía muy tranquila en mi sueño, pero estaba demasiado pálida.

Adora recordó la extrema palidez de Lola debajo de aquel árbol.

—¡Jed! ¡Jed! ¿Qué sucede? —le volvió a apremiar Tiff.

—Tiff… mamá estaba recogiendo arándanos cerca del río y tuvo… un ataque al corazón o algo así. No lo sabemos.

—¿Un ataque al corazón? —Movió la cabeza, con nerviosismo —. No puede ser. A mamá no le pasa nada. Mamá está bien —sintió que le faltaban las palabras y miró a Dora, con los ojos llenos de lágrimas y la cara muy roja—. ¡Dory, Dory! ¿Qué está diciendo?

Adora tragó saliva y trató de no echarse a llorar.

—Ha muerto, cariño.

—¡No! —gimió desconsolada.

—Tiff… —Jed se frotó los ojos.

Tiffany se volvió hacia él. Le temblaban los labios.

—¿Mamá? ¡Mamá ha muerto…! —susurró.

Tomó a su hermano por las solapas de la cazadora de cuero y ocultó la cara en su pecho.

—Sí, cariño.

—¡No, no, no, no…! —lo dijo muchas veces, como si así pudiera hacer volver a Lola.

Pronto los gritos se convirtieron en sollozos y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Adora no sabía qué hacer ante tanto dolor. Jed tenía abrazada a Tiff que lloraba desconsoladamente y le acariciaba la cabeza para tratar de calmarla.

Finalmente sé tranquilizó un poco, se apartó de Jed y se levantó para tomar un puñado de pañuelos de papel. Se secó los ojos, se sonó la nariz y entre hipos trató de dejar de llorar.

Al verla, Adora se sintió culpable de las lágrimas que había vertido aquella mañana, por cosas que no tenían importancia comparadas con aquello. También pensó en el precioso tiempo que había robado a Jed, haciéndole escuchar sus tonterías y bebiendo champán. Se preguntó si aquellos minutos habrían sido esenciales para encontrar a Lola viva.

Tiff se volvió a sonar la nariz, se apretó contra su hermano e hizo señas a Adora para que se sentara al lado de ellos.

—Siéntate con nosotros, Dory. Por favor.

Tiff apoyó la cabeza un momento contra ella, suspirando y después de nuevo contra el pecho de su hermano.

—¿Qué ha ocurrido? —Se le escapó un sollozo y se llevó la mano a la boca para tratar de contenerse. Después respiró profundamente—. Por favor, decídmelo. Quiero saberlo.

Ya habían acabado de contarle todo cuando oyeron pisadas en la entrada. Como las cortinas estaban descorridas, Jed veía quien llegaba. Al darse cuenta de la identidad de la inoportuna visita, juró por lo bajo.

Tiff se quedó mirándolo.

—¿Quién es? —Se volvió a mirar a la ventana—. ¡Oh, no!

Se oyó llamar a la puerta.

Jed abrazó aún más a su hermana y miró a Adora.

—¿Te importa abrir?

—¡No! —Tiff ya no era la misma niña de minutos antes, que había demostrado afrontar la muerte de su madre con madurez, parecía presa del histerismo.

—Tarde o temprano tendremos que hablar con ella. Así que de nada sirve tratar de evitarlo.

Tiff volvió a sollozar.

—Pero…

—Shh… —Le acarició la cabeza y miró a Adora—. Ve a abrir, por favor.

Adora se levantó y abrió la puerta.

Era Charity Laidlaw, tía de Tiff y la mujer que un día acusara a Jed de violación.

Capítulo 3

Detrás de Charity, con expresión compungida estaba su marido Morton.

Fue Charity la que empezó a hablar, como era de esperar.

—Hola, Adora —dijo, secamente.

—Hola, señora Laidlaw.

Adora pensó en lo extraño que resultaba que una mujer que se conservaba tan bien, no resultase atractiva, debido a su carácter intolerante.

—¿Puedo pasar? —Adora miró a Jed, dándole una oportunidad más de cambiar de opinión, pero Jed se limitó a asentir, así que Adora se hizo a un lado y los dejó pasar.

—Nos hemos enterado de la terrible noticia —dijo nada más entrar, seguida a una prudente distancia por su marido—, y hemos venido a llevarnos a nuestra pobre sobrina a casa con nosotros. —Charity vio entonces a Jed y le temblaron las aletas de la nariz como si oliera algo desagradable.

—Ésta es la casa de Tiff, Charity —pareció regodearse en llamarla por su nombre, cosa que muy pocos se atrevían a hacer—, y yo estoy aquí para cuidar de ella.

Charity Laidlaw levantó el labio superior con desprecio.

—Es la sugerencia más absurda que he oído en mi vida.

—No es una sugerencia. Es un hecho.

Charity miró a Tiff y trató de dulcificar la mirada.

—Tiff, cariño…

Tiff se apretó más contra Jed.

—Yo me voy a quedar aquí con mi hermano.

—¡Pero eso es imposible, cariño! Tu hermano vive en una cabaña en el bosque —dijo, con impaciencia—, y tiene hombres de dudosa reputación trabajando para él. No es lugar para una joven sensible como tú.

—Ya nos las arreglaremos, Charity —su tono de voz era amable, pero sus ojos eran dos bloques de hielo que delataban sus verdaderos sentimientos—. Tengo mi propia habitación aquí, sobre el garaje. Me trasladaré. Todo puede solucionarse.

Cuando habló, Charity dio la sensación de que estaba realizando un esfuerzo sobrehumano por contener su ira.

—Pero si tú estás fuera todo el día. Esta niña se volverá una salvaje.

—¡No me voy a volver una salvaje! —saltó Tiff, sintiéndose insultada.

Charity suspiró.

—Tiffany, ya sé lo duro que esto resulta para ti y lo disgustada que estás…

—¡No, tú no sabes nada! ¡Eres vieja y mala!

Jed tosió y apretó el hombro de Tiff, que guardó silencio.

Charity siguió con lo que le interesaba.

—No puedes permanecer todo el día sola en casa. Y ya está todo dicho.

Tiff miró a Jed, pero él no dijo nada. Adora se dio cuenta de que debía estar pensando que era verdad que Tiff no podía pasarse el día sin nadie que se ocupara de ella. Aquél era uno de los muchos problemas sin solución inmediata a los que tendría que hacer frente.

Pero Adora la encontró.

—Escucha, yo estoy ahí al lado. Puedo cuidar de ella como hacía Lola, desde el salón de belleza.

Charity miró con indignación a Adora. Si las miradas matasen, Adora habría caído fulminada.

—¿Lo ves? —dijo Tiff, triunfal—. Dory nos puede ayudar —miró a su hermano, con ojos esperanzados—. Me quedaré contigo, ¿verdad?

Jed le volvió a apretar el hombro.

—Claro que sí. Somos una familia.

Pero Charity no se daba por vencida.

—Disculpad, pero yo también soy parte de su familia y nosotros somos más adecuados como sustitutos de sus padres.

—Mira Charity —intervino Jed—. Tiff se quiere quedar conmigo y si Adora nos ayuda nos las podremos arreglar.

Charity le lanzó una mirada asesina, pero como no funcionó, sacó la artillería pesada.

—Vamos a hablar claro, Jed Ryder. No eres una persona capacitada para educar a un niño.

Tiff quiso intervenir furiosa, pero Jed la detuvo.

—Shh… —Y después mantuvo a Charity su mirada asesina y le habló con tanta suavidad como siempre—. No vayas demasiado lejos, Charity.

—Por supuesto que voy a ir lejos. Tan lejos como tenga que ir.

Morton, que parecía nervioso, dio un paso adelante.

—Querida, tal vez nosotros…

Charity le lanzó una mirada asesina.

—Cállate Morton. Todo esto tengo que decirlo. Es una total insensatez, Jedediah Ryder que pienses que puedes hacerte cargo de la hija de mi hermano. Te advierto que…

Pero Jed ya había oído bastante.

—Basta ya. Largo de aquí.

—No pienso dejar que arruines la vida de esta niña.

Jed dio un paso adelante.

—He dicho que fuera de aquí.

—Eres una criatura muy desagradable. Un irresponsable…

Morton se puso en medio de Jed y Charity y agarró a su mujer por un brazo.

—Charity, nos han pedido que nos marchemos.

—No me toques —le golpeó las manos—. Tengo obligaciones para con la hija de mi hermano.

Jed no dijo nada, solamente avanzó hacia Charity.

Ella dio un respingo, y se dirigió hacia la puerta a toda prisa con Morton a sus talones. Una vez allí no pudo resistirse a proferir una amenaza.

—Ya nos veremos.

Morton la hizo bajar las escaleras del porche. Adora cerró la puerta y apoyó la frente contra ella una vez la hubo cerrado, pensando que nunca se había sentido más aliviada de ver marchar a

una persona.

—Gracias —dijo Jed.

Adora se volvió a mirarlo y sintió que algo muy cálido le recorría el cuerpo al ver toda la gratitud que reflejaban sus ojos.

—¿Y para qué son los amigos?

Tiffany miró a Jed.

—No quiero ir con ella. No podría soportar estar a su lado. Todavía me acuerdo del modo en que trataba a mamá, como si no fuera lo bastante buena para estar casada con su precioso hermano. Además, sé que no le importo en absoluto. Lo único que pretende es que tú y yo no estemos juntos.

—No puede hacer nada —dijo, Jed.

—Pero dijo que…

—No le des más vueltas, Tiff. Con Adora cuidándote durante el día está todo arreglado.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Y ahora ya tenemos bastantes preocupaciones como para seguir pensando en la tía Charity.

Tiff cerró los ojos y suspiró.

—Espero que tengas razón.

—Tengo razón, así que deja de preocuparte.

* * *

Aunque a nadie le apetecía probar bocado, Adora preparó algo para cenar. Mientras cocinaba, amigos y familiares no cesaron de llamar para dar sus condolencias y ofrecer su ayuda. Ella se encargó de casi todas esas llamadas, tranquilizando a la gente, contándoles brevemente cómo había muerto Lola y prometiéndoles llamar si podían ayudar de algún modo.

Después de fregar los platos se sentaron todos en el salón. Los dos hermanos en el sofá y Adora en una silla. Estuvieron hablando de Lola, de lo buena que había sido con todo el mundo, de su alegría. Tiff y Adora no pudieron evitar llorar de vez en cuando ante la pérdida de alguien que sólo un día antes estaba a su lado y ahora se había ido para siempre.

—No me puedo creer todavía que se haya ido —dijo Tiff.

—Yo tampoco —añadió Adora—. Tengo la sensación de que va a aparecer por esa puerta de un momento a otro.

Ya hacía mucho que había oscurecido cuando Tiff se levantó del

sofá.

—Me voy a la cama.

Adora le tendió los brazos y Tiff se refugió en ellos.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo Tiff, mientras se abrazaba a ella con más fuerza.

—Yo también —tomó la cara de la niña con las dos manos y la miró a los ojos—. Me marcho a casa, pero mañana por la mañana volveré a hacerte el desayuno —le dijo, mientras le acariciaba el pelo.

En cuanto Tiff desapareció, Jed salió al porche con Adora. Permanecieron allí un momento escuchando a los grillos y a una rana que croaba solitaria en el jardín. Adora sintió que Jed la estaba mirando y se volvió para dirigirle una sonrisa.

—¿Crees que he hecho lo adecuado? —le preguntó él.

Ella se apoyó contra uno de los pilares del porche.

—¿Te refieres a tener a Tiff contigo?

Adora pensó en los Morton. Eran una familia de clase media que ya habían criado dos hijas, por lo tanto estaban familiarizados con el asunto. Morton era un buen hombre, un dentista que se había retirado hacía unos años.

Jed rió.

—No digas nada. Lo leo en tu cara.

Adora arrugó la nariz.

—¿Qué?

—Tienes tus dudas sobre mí.

—La verdad es que estaba pensando en Morton. Es un buen hombre, a pesar de estar casado con Charity.

—Entonces, ¿por qué te ofreciste a ayudarme?

—No lo sé con exactitud.

—Sí que lo sabes.

—Bueno…

—Di las cosas como son.

Sus ojos se encontraron.

—Tiff quiere estar contigo.

—¿Y?

—Hay cosas más importantes para educar a un niño que el ser respetable.

—Me alegro, porque la mayor parte de la gente diría que soy un

cero en ese aspecto.

—Charity es… Bueno, no soportaría tener que vivir con ella. Me recuerda a mi madre —dijo Adora antes de ponerse a pensar en cómo sonaría lo que iba decir—. Mi madre es un poco como ella. Le gusta controlarlo todo. Siempre está preocupada por lo que puedan pensar los demás. —Adora miró al cielo que estaba lleno de estrellas.

Sabía que Jed la estaba mirando y cuando habló lo hizo con una sonrisa en los labios.

—Así que eres una rebelde, Adora Beaudine.

—¿Cómo puedes decir eso después de las cosas que te he dicho hoy? Dios mío tan sólo fue hace unas horas y me da la sensación que fue hace siglos.

—Ah, sí, te quieres casar con un chico que vaya siempre trajeado.

Hubiera querido discutírselo, pero no encontró razón alguna para hacerlo.

—Eso es. Lo que quiero es un chico que vaya siempre trajeado.

—Lo raro es que aún recuerdo que en el instituto saliste con Dillon cuando su reputación era casi tan mala como la mía.

Adora siguió mirando a la luna.

—Eso fue diferente. Éramos unos niños. Y por si no te has enterado, Dillon está casado con mi hermana Cat.

—Ya lo he oído.

Adora pensó en Dillon. Al igual que Jed se había marchado de la ciudad muy joven y no había regresado hasta el invierno pasado. En cuanto volvió a posar los ojos en Cat supo lo que quería. Cat se había resistido al principio, pero finalmente se la había ganado.

—¿Estás celosa? —lo preguntó con dulzura.

Adora lo miró.

—¿De qué?

—De que tu primer amor esté ahora con tu hermana.

Adora se preguntó cómo habían llegado a hablar de temas tan personales, con tanta naturalidad. Era verdad que al principio se había sentido un poco celosa y había tenido problemas con su hermana, pero al final todo se había solucionado. No podría imaginarse a Dillon con nadie que no fuera Cat.

—No, no estoy celosa, pero si lo estuviera sufriría en vano

porque Dillon está loco por Cat y viceversa. Están tan enamorados que a veces te da vergüenza estar a su lado porque se olvidan de que existe el resto de la gente.

La luz del porche incidió sobre el diamante de Jed, haciéndolo brillar.

—¿Te gustaría que te amaran así? —Su voz era más íntima que nunca.

No pudo evitar recordar lo que había sentido aquella tarde cerca del río. En lo que sentía en aquel momento.

—Venga, se sincera.

Tragó saliva y lo dijo con claridad.

—Sí, claro que sí. ¿Y qué mujer no lo desearía?

Sonrió y le brillaron los dientes y el diamante de la oreja. Parecía uno de esos piratas de las películas que le solía traer Cat cuando eran niñas.

—¿Crees que el hombre trajeado con el que sueñas te va a amar así?

—Yo…

—Me dijiste que a pesar de intentarlo mucho, sólo consigues asustar a los hombres.

—Sí, yo…

—Estoy buscando una mujer que lo intente con todas sus fuerzas.

Adora no supo que decir. Se había quitado los guantes antes de la cena y se encontró a sí misma mirándole las manos.

Eran grandes y toscas, pero habían acariciado a Tiff con tanta suavidad… —¿Me estoy pasando?— se estaba mirando las botas.

Sintió como si le estuvieran apretando la garganta. Tuvo que toser para poder hablar.

—Sí, un poco.

Encogió los hombros y levantó la vista para mirarla.

—No pasa nada —dirigió la mirada hacia la calle—. Me tengo que ir.

—Lo sé —una media sonrisa le curvó los labios, pero sus ojos parecían ausentes y llenos de tristeza. Adora pensó que debía estar otra vez pensando en Lola—. Gracias. Por todo.

—Volveré por la mañana temprano.

—Muy bien.

Se apresuró a bajar las escaleras del porche y echó a andar. En todo momento fue consciente de que Jed la estaba siguiendo con la mirada, hasta que los árboles alineados en la carretera se lo impidieron. Pero en ningún momento se volvió para comprobarlo.

Una vez en casa se puso a escuchar los mensajes del contestador antes de abrir el paquete que le había enviado su madre. Había llamado bastante gente: todas sus hermanas para felicitarla por su cumpleaños y Lizzie, dos veces, diciéndole que la llamara en cuanto llegara.

Bobby Tamberlaine, amigo suyo desde la infancia, también había dejado su mensaje de felicitación y se había interesado por cómo se sentía tras la muerte de Lola.

Tras recordarse a sí misma que debía llamar a Lizzie más tarde, tiró la botella de champán vacía y lavó las dos copas. Recordó como había estado brindando con Jed y la idea que tenía de romperlas tras el brindis. En aquel momento le parecía una idea absurda.

Mientras las secaba con cuidado pensó en qué habría pasado si no hubiera retenido a Jed bebiendo champán…

Colocó las copas en el armario y se dijo que de nada servía pensar en aquello hasta que no se conocieran los resultados de la autopsia. Entonces, si se enteraba de que unos cuantos minutos hubieran sido cruciales en su salvación tendría que convivir con el sentimiento de culpa que le causaría.

Abrió el paquete que le había enviado su madre. Dentro había dos regalos: uno grande y otro pequeño. Abrió el más pequeño y vio que contenía un collar de perlas. Aquel collar había pertenecido a su abuela y siempre había deseado tenerlo.

Se mordió el labio inferior, sintiendo remordimientos por haber criticado mentalmente a su madre, comparándola con Charity.

Se preguntó por qué no estaba a gusto con ella cuando con todas sus hermanas parecía llevarse de maravilla. Al fin y al cabo tanto Lottie como ella deseaban lo mismo: que encontrara marido, lo que ocurría era que a medida que pasaban los años se volvía más insistente y Adora ya estaba harta de que la agobiara con sus consejos.

La pérdida de Lola le había hecho pensar que debía apreciar más a su madre. La vida era demasiado corta como para pasársela alimentando resentimientos contra la gente a la que quería.

Pero entonces abrió el otro regalo. Era un libro de auto ayuda que se titulaba *Mujeres desesperadas y los hombres que las abandonan siempre*.

En la contraportada el libro le aconsejaba hacer un test para ver si era una mujer desesperada y le decía que su lectura iba a ayudarle a descubrir a su príncipe azul.

El teléfono sonó en el preciso momento en que tiraba el libro al otro extremo de la habitación.

Adora sospechaba quien podía ser y acertó.

—¿Te ha gustado el collar, cariño?

—Ya sabes que sí. Me ha gustado desde que era niña y te veía ponértelo para ir a la iglesia. Gracias, mamá.

—De nada. Siempre quise que esas perlas fueran tuyas. Y, a propósito he oído que el libro es excelente.

—Apuesto a que sí.

—¿Te encuentras bien? Tienes una voz rara.

—Estoy bien mamá —volvió a pensar en Lola—, pero me temo que tengo que darte una noticia triste.

—¡Cariño! ¿Qué ha sucedido?

Adora volvió a explicar por enésima vez que Lola Pierce había muerto y le contó que había planeado hacer todo lo que pudiera por su familia.

—Lola era una mujer muy agradable —dijo Lottie.

—Sí, lo era.

—¿Y esa pobre niña? Se llamaba Tiffany, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Once.

—Le enviaremos flores, por supuesto. ¿Cómo se llama el tanatorio?

—Te lo diré en cuanto lo decida Jed.

Hubo una breve pausa.

—¿Te refieres a Jed Ryder?

—Sí, mamá. —Adora apretó los dientes—. Lola era su madre, ¿no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero es que… —¿Qué?

—¿Estás disgustada?

—No.

—Pues lo parece por tu voz.

—Ha sido un día muy duro.

—Estoy segura de ello, cariño.

—¿Qué ibas a decir?

—¿Cómo?

—Estabas hablando de Jed, mamá y no terminaste la frase.

—Bueno, me interrumpiste.

Adora contó hasta diez, mentalmente.

—¿Adora?

—Madre, dime lo que me ibas a comentar sobre Jed.

—Ah, bueno, simplemente que… ¿no se marchó de la ciudad hace unos años, después de aquel terrible incidente con Charity Laidlaw?

—Sí, pero regresó, más o menos cuando Bob y tú os casasteis y os mudasteis a Tucson.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. Se había convertido en una especie de motorista, creo recordar.

—Mamá, Jed es un hombre maravilloso.

—Bueno, yo…

—Déjame terminar. ¿Recuerdas que Lemuel Pierce murió de cáncer?

—Claro.

—Fue una enfermedad muy penosa y muy cara. Cuando murió, Lola y Tiff se quedaron sin nada. Pero entonces Jed regresó y se ocupó de todos los gastos y les compró una casa. Lola solía decirme que cuando andaban escasas de dinero, Jed siempre estaba allí para ayudarlas. Y ahora que Lola ha muerto, Jed ha decidido ocuparse de Tiff.

—¡Dios mío! ¿Es eso apropiado?

—¿Qué quieres decir?

—Ya me entiendes, que viva una niña de once años con un motorista.

—Es su hermano. Y sí, tiene una Harley, pero también posee su propio negocio y se gana la vida bien.

—¿Haciendo qué?

—Reparando maquinaria de aviones. Al parecer es un negocio que va viento en popa, según solía decir su madre. Además yo voy a ayudarlos.

Lottie se quedó callada un momento y después preguntó:
—¿Cómo vas a ayudar exactamente?
—Cuidaré de Tiff durante el día, mientras Jed esté trabajando.
Se volvió a hacer el silencio.
—Pero cariño, ¿y tu propia vida?
Adora estuvo a punto de gritar a su madre que su vida era muy aburrida y vacía, pero se contuvo. En ese preciso momento oyó la señal de que alguien estaba intentando llamarla.
—Te tengo que dejar, mamá, porque alguien está tratando de llamar.
—Pero Adora…
—De verdad que te tengo que dejar. Te quiero y gracias por las perlas.
—Mantente alejada de J…
Adora interrumpió la conversación antes de que pudiera pronunciar el nombre de Jed.
La persona que llamaba era Lizzie, que quería saber con detalle lo ocurrido, así que Adora tuvo que volverlo a contar.
—¿Y cómo está Tiffany?
Adora le contó lo valiente que había sido.
—¿Y qué va a pasar ahora con ellos? —se preguntó Lizzie, en voz alta.
—Jed se va a ocupar de ella y yo le voy a ayudar —dijo Adora con un tono de voz que hasta a ella le pareció desafiante.
Lizzie no le discutió nada, tan sólo preguntó:
—¿Y Charity Laidlaw lo va a permitir así como así?
Adora le contó la visita de Charity.
—Tiff quiere estar con Jed. Y Jed desea ocuparse de ella.
—Entonces deberían ir a ver a Wanda.
—Ni siquiera se me había ocurrido —admitió Adora.
Wanda Spooner era cuñada de Lizzie, además de la persona encargada en el ayuntamiento de lo relacionado con la protección de menores.
—Bueno, deberías pensar en ello —le dijo Lizzie—, porque necesita solicitar la tutela de la niña lo antes posible. Si yo fuera él, lo haría a primera hora de mañana.
—Tienes razón. Llamaré a Jed ahora mismo.
Colgó y marcó el número de Jed.

—Iré para allá a primera hora —le dijo y después le agradeció que estuviera tan pendiente de él y Tiff.

Adora estuvo encantada de que le mostrara su agradecimiento y un poco avergonzada le saludó y colgó.

Entonces se puso a pensar en la apariencia de Jed. Debería ir bien arreglado para su entrevista con Wanda. Necesitaba algo diferente a una camiseta con las mangas cortadas y unos vaqueros desgastados.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Adora llegó a la casa antes de las siete, así que cuando Jed bajó a desayunar ella ya hacía tiempo que estaba allí. En aquel momento preparaba tortitas y al oírle llegar se volvió. Allí estaba con aquel aspecto suyo tan salvaje y atractivo.

Probablemente acabara de salir de la ducha y el cabello húmedo le dejaba señales de gotas de agua marcadas en la camiseta, una camiseta azul, a la que también había cortado las mangas. Adora se preguntó si tendría alguna camiseta con mangas. Tenía los vaqueros manchados de grasa y arrugados, pero se le adaptaban de maravilla a las caderas… —Buenos días.

Dejó de mirar a donde no debía y sus ojos se encontraron. Sonreía con picardía y Adora se preguntó si se habría dado cuenta de dónde había estado mirando y pensó que era mejor que no lo averiguara.

—Buenos días —dijo un poco avergonzada, deseando con todas sus fuerzas no enrojecer.

—Pruébate eso —lo dijo señalándole con la espátula de cocina la ropa que había dejado sobre una silla y después volvió a ocuparse de las tortitas.

Por el rabillo del ojo le vio acercarse a la ropa y mirarla con desagrado.

—Ropa formal, ¿qué diablos significa esto?

Tiffany que ya estaba desayunando, con los ojos enrojecidos por haberse pasado toda la noche llorando, no pudo evitar sonreír, al notar por el tono de su voz lo ofendido que se sentía su hermano.

—¿De quién es esta ropa?

—De Bobby Tamberlaine —aunque Jed era un poco más alto, Bobby hacía culturismo y estaba tan musculoso como él—. Fui a buscarlas a su casa después de hablar contigo de lo de tu cita con la asistente social.

—Yo no me pongo jamás este tipo de ropa.

Adora dio la vuelta a la última tortita y se giró hacia él, con una sonrisa irónica.

—Hoy sí. Puede ser vital que la primera impresión sea buena —se había cruzado de brazos con la espátula en la mano—. Venga, al fin y al cabo no es un traje.

—Ya, me imagino que te hubiera encantado verme con un traje.

Adora mantuvo la sonrisa.

—Vamos, se te van a quemar las tortitas.

—¿Te importa si desayuno primero?

—Claro que no —se volvió de nuevo hacia la cocina—. Siéntate.

Después de desayunar se fue a la habitación y cuando regresó traía puestos los pantalones y la camisa. La camisa le tiraba un poco de los hombros y los pantalones le estaban algo cortos, pero en general, aquella ropa le quedaba bien. Se había recogido el pelo con una cinta de cuero y aunque conservaba la cruz de plata, se había quitado el pendiente de la oreja.

—¿Y bien? —le preguntó, desafiante.

—Puede pasar.

—Seguro que después me vas a pedir que me afeite la barba y me corte el pelo —masculló.

—La verdad es que me gusta tu barba y el pelo recogido te queda bastante bien.

—¡Vaya, qué cumplido!

Se dio cuenta de que tenía puestas las botas negras.

—Bobby gasta un número más pequeño que el tuyo, por eso no me he molestado siquiera en pedirle prestados unos zapatos. ¿No tienes otro calzado que no sean esas botas? Hasta unas zapatillas de deportes quedarían mejor.

—Creo que tengo otras más claras por algún lado del garaje.

—Pues tráelas.

Se volvió a marchar a su habitación y regresó con las botas puestas. Estaban bastante usadas, pero pegaban mejor que las

negras.

—¿Me puedo marchar ya? —Por el tono de su voz Adora dedujo que sería mejor que no tratara de cambiarle ni una cosa más—. Quiero pasarme por la tienda antes de la entrevista, para ver cómo están trabajando mis hombres.

Adora comprendía que quisiera controlar su negocio, porque sus empleados eran motoristas y gente que había tenido problemas con la ley como él mismo.

—Buena suerte con la asistente social. Estaremos aquí cuando regreses.

Jed frunció el ceño.

—¿Y tu salón de belleza?

—Tendré cerrado todo el día.

—Eso no está bien. Te agradezco mucho que trates de ayudarnos, pero no quiero que tu negocio vaya a la quiebra.

—No voy a quebrar. Todas mis clientas conocían a Lola y la apreciaban. Sería de mal gusto abrir hoy.

—Pero…

—No discutas conmigo, Jed Ryder. Sé lo que estoy haciendo y además tú te tienes que ir.

Levantó los brazos.

—Muy bien, muy bien.

—Pues venga. Fuera de aquí.

—Sí, señora.

Le vio salir de la cocina y enseguida oyó el motor de su moto. Entonces se fue a buscar a Tiff, que se había marchado a su habitación poco después de desayunar.

Pero no estaba en su habitación, sino en la de Lola. Se había tumbado en la cama y lloraba en silencio.

—¿Quieres hablar? —le preguntó Adora que se había tumbado a su lado.

Tiff se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Muy bien, pues ya sabes que estoy aquí.

Tiff asintió con la cabeza y reprimió un sollozo.

Durante un rato estuvieron en silencio la una al lado de la otra. Tiffany lloraba de vez en cuando.

Adora echó un vistazo a su alrededor y vio varias fotos. En una de ellas aparecía Tiff cuando tendría unos cinco años, con un

vestido azul. Había otra en la que se veía a Lola con el que debía haber sido su primer marido, el padre de Jed. Lola le había contado un día su historia con Billy, que así se llamaba.

—«Fue una historia extraña. Teníamos dieciséis años y estábamos muy enamorados. Como no tuvimos cuidado, yo me quedé embarazada enseguida y Billy se sintió atrapado. Nos casamos al año, pero cuando Jed tenía cuatro, se enroló en el ejército y lo mandaron a Vietnam. Año y medio más tarde me enviaron su cadáver».

Adora suspiró y sus ojos se posaron en el tocador de su amiga, que aún conservaba todos los productos de belleza con los que se arregla una mujer: rímel, sombras de ojos, perfume, un espejo de plata con el cepillo a juego… Mientras los observaba Tiff habló.

—¡Oh Dory! ¿Por qué?

Adora sintió un nudo en el estómago y volvió a experimentar un sentimiento de culpa por haber entretenido a Jed en su casa bebiendo champán.

—No lo sé, cariño —se volvió hacia ella y le abrió los brazos—. No lo sé. —Tiffany se dejó abrazar y Adora trató de consolarla, musitándole palabras de consuelo al oído—. No te preocupes, cielo, llora todo lo que quieras. Desahógate…

Pasado un rato, Adora se levantó y trajo un paño húmedo del lavabo, que le pasó a Tiff por los ojos. Cuando vio que se sentía mejor la convenció para sentarse al tocador y le estuvo cepillando el pelo. Después Adora echó un poco del perfume de Lola al aire y lo olió. Olía a su amiga.

Tiff sonrió un poco.

—Vino de verdad a mí en mi sueño —sus ojos se encontraron en el espejo del tocador— y me dijo que no olvidara nunca que me quería…

* * *

Jed regresó un poco antes de las doce. Entró en la cocina sonriente.

Adora preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Wanda Spooner dijo que sentía de verdad lo de mamá.

—¿Y?

—También dijo que como soy su familiar más cercano, tengo un

trabajo fijo y estoy dispuesto a hacerme cargo de ella, todo debería ir bien.

—¿Eso fue todo?

—No. Nos hará una visita. Es su modo de proceder habitual. Vienen, echan un vistazo, hablan con nosotros y comprueban que todo es como debería ser. Después Wanda hace su recomendación.

—¿Qué Tiff se puede quedar contigo?

—Sí, así parece.

Aquel día cuando Adora llegó a casa encontró un mensaje de Cat en el contestador automático.

—Me llamó mamá y me dijo que Lola Pierce había muerto. Lo siento. Llámame.

Adora tomó el teléfono y marcó el número de Cat. Hablaron durante una hora y Cat la entendió como siempre solía hacer.

—¿Quieres que vaya a verte? —le dijo antes de colgar—, para darte apoyo moral.

Siempre había podido contar con Cat cuando algo le iba mal. Pero ahora tenía un marido y muchas cosas que hacer.

—No, estoy bien, pero muchas gracias por ofrecerte.

—Siempre que quieras. Tú lo sabes.

Adora colgó sonriente. Se sentía reconfortada al saber que podía contar con alguien como su hermana cuando necesitaba apoyo.

Al día siguiente Jed tuvo que ir a trabajar y Adora también. Quedaron en encontrarse en casa a las cuatro, para que pudieran estar juntos cuando llegara Wanda a las cuatro y media.

Tiff se pasó el día en el salón de belleza con Adora, sintiéndose a sus anchas como siempre, leyendo revistas, colocando los productos de belleza o respondiendo al teléfono cuando Adora estaba demasiado ocupada para hacerlo ella misma.

La mayor parte de las clientas conocían a Lola, así que todas se mostraron especialmente amables con la niña y le expresaron sus condolencias. Un poco después de las nueve, Denita, la dueña de la tienda de donuts que estaba al lado, llegó con una gran caja llena de ellos, la mayoría rellenos de chocolate, que eran los que más le gustaban a Tiff.

Jed llamó sobre el mediodía y preguntó dónde estaba Tiff.

—La he mandado a comprar algo de comer.

—¿Puedes hablar?

—Sí, en este momento sólo estamos Olga Humerskild y yo y Olga está bajo el secador, leyendo una revista. ¿Dónde estás?

—En mi casa. Me llamó Don Peebles para decirme que ya tenían los resultados de la autopsia.

Adora sintió un nudo en la garganta al oír mencionar la autopsia. Aquel miedo secreto que la había estado obsesionando la asaltó de nuevo. Estaba segura de que la iba a decir que si hubieran llegado antes la habrían podido salvar.

Jed siguió hablando, pero no de los resultados de la autopsia. Le dijo que estaba a punto de marcharse a Reno porque tenía que hablar con una funeraria de allí. Ya había hablado con el reverendo Baker y el funeral tendría lugar en la iglesia metodista de la ciudad, a las dos del sábado.

—De acuerdo —dijo Adora, tratando de que su voz no delatara lo que sentía. Le latía el corazón tan deprisa que estaba casi segura de que Jed lo podía oír al otro lado de la línea.

—¿Adora?

—Sí, sí. Estoy aquí.

—Adora —su voz sonaba aún más dulce de lo habitual—. Peebles me dijo que mi madre murió de una hemorragia cerebral. No hubiéramos podido hacer nada. Aunque hubiera sucedido en la sala de emergencias de un hospital prestigioso, las posibilidades de hacer algo por ella habrían sido mínimas.

—¿Mínimas?

—No ha sido culpa tuya. Nadie habría podido hacer nada.

Adora apretó el teléfono con fuerza miró por la ventana. Hacía un día precioso, un típico día californiano.

—¿Estás seguro? —susurró.

—Por completo.

Sintió un gran alivio. Ahora podría pensar en Lola y echarla de menos, pero sin aquel sentimiento de culpabilidad que la había estado ahogando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jed.

—Sí, sí.

Le oyó reír por lo bajo.

—Sí, por tu voz se diría que te encuentras mejor.

—Me estaba… sintiendo culpable.

—Lo sé. —Adora se preguntó cómo habría podido saberlo—.

Adora, eres transparente.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Yo estaba sintiendo lo mismo que tú.

—¿Lo mismo? ¿Quieres decir que tú también te estabas sintiendo culpable?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—No hacía más que pensar en que debería haber regresado de la acampada antes, y que no me debía haber quedado tanto tiempo en tu casa. Ya sabes, ese tipo de cosas.

Claro que lo sabía. Había pensado lo mismo.

—Sí, claro que lo sé.

—Pero ya te he dicho que nadie podía haber ayudado a mamá. Había llegado su hora. Eso es todo.

Adora asintió con vehemencia, sin darse cuenta de que él no podía verla.

—¿Adora?

—¿Hummm?

—¿Lo comprendes?

Rió, sintiéndose idiota.

—Oh, sí. Lo comprendo.

—Entonces te veré en casa a las cuatro.

Cuando colgó sonreía y se sintió mejor el resto del día.

Cuando Adora y Tiff regresaron a casa del salón de belleza se encontraron a Jed esperándolas en el porche. Llevaba puestos unos vaqueros casi nuevos y una camiseta que no estaba arrugada y tenía mangas. El pelo se lo había recogido en una coleta.

—Tienes muy buena pinta, Ryder —le dijo Adora.

Wanda llegó a la hora concertada y la visita se desarrolló bien. Wanda observó la casa y preguntó a Jed cómo tenía previsto ocuparse de Tiff, Jed explicó que tenía bastante dinero como para mantener la casa y que pensaba quedarse a vivir allí.

—¿Y has dicho que Adora se ha ofrecido a ocuparse de Tiff cuando tú no estés? —preguntó Wanda.

—Sí, ése es el plan.

Adora intervino diciendo que desde que Lola había empezado a trabajar con ella, Tiff había considerado el salón de belleza como su segunda casa y no veía por qué no podía seguir siendo así, cuando

además a ella le encantaba tenerla a su lado.

A Wanda le pareció bien y después ella y Jed se demoraron un poco en el porche.

Adora permaneció en la casa con Tiff, pensando que todo había ido bien. Pero cuando Jed volvió a entrar, no tuvo más que mirarlo a los ojos para darse cuenta de que algo no marchaba.

—Creo que todo ha ido a las mil maravillas —dijo Adora, para no preocupar a Tiff.

—Sí —agarró por el hombro a Tiff y le dio un apretón—, muy bien.

Más tarde cuando la niña ya se había ido a la cama, Jed hizo una seña a Adora para que salieran al porche.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, sentada en las escaleras.

—Wanda me dijo que Charity piensa litigar por la custodia de Tiff.

—¡Oh, no!

—Charity ha contratado un abogado y piensa pedir la custodia temporal de la niña… hasta que pueda ser permanente.

Adora pensó en lo triste que estaba Tiff sin su madre. Aquello podría empeorar las cosas.

—Entonces, ¿qué va a suceder?

—Ahora mismo, nada.

—¿Se queda Tiff contigo?

—Sí, Wanda me ha dicho que piensa recomendar que la niña haga en lo posible la vida a la que estaba acostumbrada.

—Bueno, entonces las cosas no están tan mal, después de todo.

—Por el momento. Si Charity continuara el proceso legal, Wanda ya no sería la única persona que decidiera sobre el futuro de Tiff.

—¿Qué quieres decir?

—Que creo que voy a necesitar un abogado.

Adora cerró los ojos y se apoyó en la barandilla de la escalera. Cuando los volvió a abrir vio que Jed la estaba mirando con tanta tristeza como si Charity ya hubiera conseguido la custodia de la niña.

—Bueno —le dijo, volviéndose a poner derecha—, la gente contrata abogados todo el tiempo y eso no quiere decir que gane los casos.

Jed se encogió de hombros.

—Según Wanda si se da el caso de que un juez tenga que decidir a quién da la custodia de la niña, va a tener en cuenta que yo estoy soltero y un estilo de vida un poco particular y decidir que Charity y Morton son una influencia más recomendable para una niña de once años que alguien como yo.

—Estás diciendo que podrían ganar.

—Sí, o conseguir que Tiff terminara siendo acogida por unos padres adoptivos hasta que se tomara una decisión.

Adora se puso de pie.

—¡Oh, Jed, eso es horrible!

Jed se pasó una mano por los cabellos recogidos con tanto cuidado para la visita de Wanda.

—Sí, Charity está casada y en casa todo el día. Tenemos que afrontar que aunque tenga un corazón de piedra, sobre el papel reúne todas las características para ser una buena madre adoptiva y eso es lo que le importa a un juez.

Adora lo miró, sintiendo pena por él y Tiff. De repente la idea estaba allí, en el aire, pero fue Adora la que le dio voz.

—¿Y qué pasaría si tú estuvieras casado con una mujer buena y con un trabajo estable?

—Vamos, eso es una locura —le dijo él.

—Respóndeme.

—Espera un poco —le dijo, retrocediendo.

Pero ella cerró la distancia que Jed había creado.

Por un momento se hizo el silencio y sólo se oyó el canto de un pájaro.

—¿Qué pasaría si estuvieras casado? Contéstame.

Jed caminó hasta el otro lado del porche, donde apenas estaba iluminado y se quedó mirando a la oscuridad de la noche.

—Jed…

—Vale, vale —se volvió hacia ella.

—Contéstame. ¿Qué pasaría si estuvieras casado? ¿Sería todo distinto?

Jed asintió.

—Wanda me lo sugirió incluso.

—¿Qué te casaras?

—Sí —rió sin ganas—. Me dijo en confianza que si ella fuera yo

trataría de encontrar una mujer honesta que se quisiera casar conmigo lo antes posible.

Se volvió a hacer el silencio y lo único que se oyó fue el canto de las cigarras y las aves nocturnas.

Adora pensó que aquello era una locura. No podía casarse con el rebelde Jed Ryder, cuando apenas cuarenta y ocho horas antes casi no le conocía. Además era lo más diferente al hombre de sus sueños que había conocido…

Pero si no se casaba con él, Tiff podía acabar con Charity y la pobre niña sufriría mucho.

Jed pareció darse cuenta de la indecisión que reflejaban sus ojos.

—Déjalo. Tal vez no sea una buena idea.

—No —se acercó a él en la oscuridad—, no es una mala idea —le apretó el hombro y le pareció tan duro como el acero. Quería transmitirle su solidaridad con aquel apretón, pero tan pronto como le tocó quiso apartar la mano. Se sintió como una niña que pone la mano sobre el fuego a pesar de que sabe que va a quemarse—. Hagámoslo.

—¿Estás de broma? —le dijo, incrédulo—. No, te lo digo de verdad. Hagámoslo.

Pareció pasar una eternidad hasta que él susurró:

—¿Cuándo?

De repente Adora se dio cuenta de donde se estaba metiendo y sintió que la mente se le paralizaba. Tuvo que tragar saliva antes de responder. —Bueno, supongo que…— ¿Cuándo?

—Deberíamos pensar primero en el funeral —dijo ella.

—El funeral es el sábado.

—Entonces tal vez podríamos ir a Reno el domingo. Tiff podría venir con nosotros.

—Reno —repitió como si lo estuviera considerando—. Este domingo —movió la cabeza—. No.

—¿Cómo?

—No quiero ir a Reno.

—No lo entiendo. ¿No deberíamos estar haciendo esto lo más rápidamente posible, para así poder demostrar a todos que tenemos una vida estable?

Jed se acercó a ella y le apretó el hombro como había hecho ella antes.

—Deberíamos dejar claro que esto es de verdad al cien por cien. Deberíamos hacerlo como si estuviéramos orgullosos de ello.

Levantó la mano para apretarle el otro hombro, pero como la blusa que llevaba no tenía mangas, sus manos le rozaron la piel desnuda. De repente fue incapaz de concentrarse en lo que le estaba diciendo y tuvo que hacer grandes esfuerzos por prestarle atención.

—¿Qué quieres decir?

—Que si vamos a hacerlo tiene que parecer real. Deben asistir a la boda tu madre y tus hermanas.

Adora sintió que el corazón empezaba a latirle a toda prisa. No le hacía ninguna gracia que su madre la viera casarse con Jed Ryder.

Tenía una extraña mirada y Adora se preguntó si se daría cuenta de lo difícil que le resultaba todo aquello. Jed había empezado a acariciarle el brazo con suavidad, con mucha suavidad.

—Puede ser una ceremonia sin gran boato, tan sólo con la familia y algunos amigos, pero tiene que celebrarse aquí, en la ciudad. Podríamos organizarlo en una semana, si nos lo propusiéramos. Tú irías de blanco y yo podría alquilarme un traje. Tiff sería la dama de honor.

—Pero si me habías dicho que nunca te pondrías ropa formal.

—¿Y?

—Un traje es ropa formal.

—Se trata de mi maldita boda. Haré una excepción. Tienes razón cuando dices que debería celebrarse pronto, pero tiene que ser real.

Adora trató de llevarlo a su terreno.

—En Reno sería real.

Dejó de acariciarla y le apretó de nuevo los hombros, no dejando lugar a la discusión.

—O te casas conmigo delante de toda la ciudad, o no hay boda.

—¿No daría lugar a habladurías el que nos casáramos tan poco tiempo después de la muerte de Lola?

—¿De verdad crees que me importa un rábano lo que piense la gente?

Adora se quedó mirándolo.

—Me imagino que no.

—Entonces decide. ¿Me vas a ayudar?

Siguió mirándolo y le pareció más enorme que nunca. Pensó que

llenaba el mundo con su fuerza, su calidez, su sorprendente dulzura y aquel carácter rebelde que tenía.

Todo había sucedido tan deprisa. Nada había vuelto a ser igual desde aquel día en que ella se sentía tan vacía y trataba de ahogar sus penas en champán cuando él llamó a la puerta.

Sintió que le conocía como nunca había conocido a otra persona y que él también la conocía a ella.

Era una locura porque no le conocía y además Jed Ryder no se parecía en nada al tipo de hombre con el que había soñado casarse.

De repente pensó que sus sueños no le habían servido de nada porque tenía treinta y cinco años y su príncipe azul aún no había aparecido y si lo hacía tal vez sería como Farley que la utilizaría y la dejaría plantada.

En las últimas cuarenta y ocho horas se había dado cuenta de que le gustaba Jed y además le respetaba. Era bueno con Tiff y había hecho mucho por Lola.

Creía poder vivir con él porque durante los dos días que había compartido su casa no había notado que tuviera ninguna costumbre extraña o desagradable. Colaboraba en la casa y se ocupaba de sí mismo.

Tiff necesitaba su ayuda y los tres podían ser una familia. Adora estaba deseando constituir una familia y aunque aquélla no era perfecta habría podido ser mucho peor.

—Toma una decisión.

—Yo…

—Adora, di que lo vas a hacer, que te vas a casar conmigo delante de toda la ciudad.

Pero ella no podía dejar de pensar en su madre y en los cotilleos a los que darían lugar.

—No lo harás, ¿verdad? —murmuró.

—Yo… Bueno.

—No tienes agallas.

—Yo…

Entonces, de repente, la apretó contra su musculoso pecho y la miró con aquellos ojos abrasadores.

—Tienes los ojos verdes —le dijo, con dulzura—. Todo lo que sientes se expresan en ellos y reflejan lo honesta que eres.

—Jed…

—Shh. No digas nada.

—Pero…

Y entonces, antes de que pudiera decir nada, Adora sintió el calor de sus labios y el cosquilleo de su bigote. No pudo evitar dejar escapar un grito ahogado. Jed aprovechó entonces para intensificar su beso.

Al principio le apretó el pecho con las manos, como tratando de que no la abrazara, pero enseguida las quitó y entonces él la abrazó con más fuerza, acariciándole la espalda con suavidad, recorriendo todas sus curvas.

Adora suspiró y de repente se le ocurrió pensar que si pasaba alguien por la calle, sin duda se daría cuenta de lo que estaban haciendo.

Pensó que debía separarse de él, pero no lo hizo. No podía, porque aquello era mucho más que un beso, era un nuevo modo de experimentar el mundo. Los sentimientos que se había negado a sí misma sentir el otro día a orillas del río eran reales.

No le costaría acostumbrarse a aquello. No, nada en absoluto.

Sus manos ansiaban tocar, conocer aquel cuerpo. Las deslizó por su musculoso pecho y después le enlazó el cuello. Empezó a acariciarle el pelo, la nuca…

Pero de repente levantó la cabeza y la miró. Ella le devolvió la mirada, transida por el deseo.

—Di que te casarás conmigo en la iglesia metodista. Delante de todo el mundo.

Ella se quedó mirando aquellos ojos plateados.

—Di que lo harás. Como si fuera una boda de verdad —le susurró—. Por el bien de Tiff.

Le agarró por los hombros para recuperar el equilibrio.

—Yo…

—Dilo.

Ella asintió.

—Sí, lo haré. Dentro de semana y media. En la iglesia. Delante de todos.

Jed sonreía y sus manos le acariciaban la espalda.

—Hay más.

—¿Qué?

—Le diremos a todo el mundo que es por amor.

—¿Por amor?

Jed asintió.

—Pero sería mentira. Sería…

La silenció, poniéndole un dedo en los labios. Adora sintió que se derretía por dentro, tan sólo al sentir su roce. Quería abrir la boca y chuparle el dedo.

Le vio sonreír, como si supiera exactamente lo que quería ella y le empezó a pasar el dedo una y otra vez por los labios. Adora sintió que le iban a arder.

—Escucha, si un día tenemos que presentarnos ante el juez por Tiff, pareceremos más fuertes si todo el mundo cree que nos casamos por amor —deslizó el dedo por su mejilla y le acarició el pelo que le caía sobre ella. Adora se sintió como un gatito, mimado por su dueño—. ¿Les dirás que nos casamos por amor? —le volvió a preguntar.

Las palabras parecieron tomar forma por sí mismas.

—Sí, de acuerdo. Diremos que es por amor.

Capítulo 5

Como quería pasar el mal trago lo antes posible, Adora llamó a su madre aquella misma noche.

En cuanto recibió la noticia se desmayó y Bobbie la tuvo que reanimar. Después volvió a tomar el teléfono y suplicó a Adora que le dijera que no era verdad lo que acababa de oír.

—Pero es que es verdad, mamá —le dijo Adora—. Me voy a casar con Jed dentro de una semana y media y espero que Bob y tú asistáis a la ceremonia.

—No puedes hacerlo. Te arruinarás la vida. Por favor Adora, piensa en lo que vas a hacer. Por favor, escúchame… —Lottie continuó ordenando, discutiendo, suplicando.

Adora la escuchó, pero no cambió de idea.

—¿Por qué vas a hacer una cosa así?

Adora recordó lo que le había prometido a Jed y cruzó los dedos.

—Porque lo amo y no puedo pensar en nada más maravilloso que en pasar el resto de mi vida a su lado.

Lottie dio un respingo, pero por lo menos no se volvió a desmayar.

—Me parece de un mal gusto increíble por parte de Jed quererse casar tan pocos días después de la muerte de su madre.

—Creo que a Lola le hubiera gustado —replicó Adora—. Y ahora te tengo que dejar, mamá.

Después llamó a sus hermanas. Deidre y Phoebe estaban casi tan alucinadas por la noticia como su madre, pero prometieron asistir a

la boda.

Tan sólo Cat, su tranquila y querida hermana Cat, se lo tomó bien.

—¿Jed Ryder? ¿No me estarás tomando el pelo?

—Ya sé que es algo precipitado, pero necesita mi ayuda, es un hombre fantástico y además parecemos… encajar, ¿sabes?

—El amor a veces llega así, de repente.

Adora tragó saliva.

—Sí, eso parece.

—¿Adora?

—¿Sí?

—¿Estás segura de que lo amas?

—Sí —trató de que se reflejara seguridad en su voz—, mucho.

—¿El sábado veinte?

—Sí, creo que será en la iglesia, aunque tengo que llamar para ver si está libre ese día.

—Sea donde sea, Dillon y yo estaremos allí.

A la mañana siguiente se lo dijeron a Tiff. Con los ojos llenos de lágrimas dejó la tostada que se estaba comiendo en el plato.

—¡Cariño! —Adora se levantó y se acercó a ella—. No queríamos hacerte llorar.

Tiff abrazó a Adora.

—Esta vez es porque soy feliz —la apretó con fuerza—. Soy muy feliz, eso es todo… —Tendió el brazo hacia Jed, que se levantó de la silla para que le pudiera abrazar también a él.

Los días que sucedieron Adora estuvo muy ocupada atendiendo tanto a sus clientas como a las de Lola, cuidando de Tiff, ayudando a Jed con los últimos detalles del funeral de Lola y empezando a organizar la boda, para la que tan sólo faltaba una semana.

Se hicieron los análisis de sangre y enviaron las invitaciones a todo el mundo. La iglesia estaba libre aquel día por lo que podrían casarse allí como Jed quería.

Adora sabía que todo el mundo hablaba de ellos, porque hasta Lizzie había abierto los ojos como platos cuando le había dado la noticia de la boda.

—Pero ¿por qué? —le había preguntado—, si no es para nada tu tipo.

Adora le dijo lo mismo que a su madre y hermanas.

—Porque lo amo —cada vez le resultaba más fácil decirlo.

—¡Vaya! Esto es muy raro —exclamó Lizzie, pero después sonrió —. Bueno, la verdad es que resulta un hombre muy *sexy*, con ese cuerpo tan musculoso, esos ojos plateados y ese diamante en la oreja —fingió estremecerse—, y además no lleva tatuajes como casi todos los motoristas. La verdad es que no podría soportar a un hombre con tatuajes —volvió a estremecerse y después le preguntó con mucho interés—. ¿Hace bien el amor?

—¡Lizzie, vaya pregunta!

—Venga, ¿no me irás a decir que no lo habéis hecho aún?

—Lizzie, ten un poco de dignidad. Ya tienes treinta y cinco años.

—¡No me seas mojigata! Te habrá besado por lo menos, ¿verdad?

Adora le sonrió, distante y Lizzie empezó a aplaudir.

—¡Lo ha hecho, lo ha hecho! ¿Y cómo fue?

Adora no pudo evitar que una sonrisa le iluminara la cara.

—Bien.

Cuando Adora comunicó a Bobby Tamberlaine su decisión de casarse, él le preguntó si era feliz y ella le dijo que mucho. La verdad era que cuanto más se hacía a la idea, más feliz se sentía. Tiff no tendría que irse a vivir con Charity y Adora volvería a formar parte de una familia.

—Entonces, felicidades —le había deseado él.

—Gracias. Me siento muy afortunada de poderme casar por amor —le había dicho, siguiendo con la representación de su papel.

Al ver a Bobby reírse se preguntó si no se habría pasado fingiendo.

—¿Y ya no le hacen falta mis pantalones y mi camisa al hombre que amas?

Le hizo una mueca y le prometió devolverle su ropa al día siguiente.

El funeral de Lola tuvo lugar a las dos de la tarde del sábado trece. La iglesia estaba a rebosar de gente y Adora se sentó con Tiff y Jed en el primer banco.

Charity y Morton también asistieron a la ceremonia y con ellos su hija Dawn. Había pasado mucho tiempo desde su última visita a Red Dog City. Todo el mundo decía que desde su último divorcio vivía en Santa Barbara.

No pasó desapercibida para Adora. Al fin y al cabo Jed la había amado, o al menos eso se decía y además era muy hermosa y elegante. Por su ropa se veía que tenía dinero. Adora se sintió demasiado vulgar a su lado, con su traje negro que ya tenía más de cuatro años y el collar de perlas que le había regalado su madre.

Además Adora podría haber jurado que Dawn no hacía más que mirar a Jed, aunque él tenía la vista fija en el frente. Decía la gente que había obtenido mucho dinero de sus divorcios, porque sus maridos habían sido hombres ricos, con éxito en los negocios, pero nunca había conseguido la verdadera felicidad. Adora se preguntó si todavía se sentiría atraída por Jed, a pesar de lo que había ocurrido hacía años y cómo una mujer con todo ese dinero y estilo podía tener interés en un hombre como Jed.

Pero nadie mejor que ella para saber el atractivo especial que tenía Jed. Tan sólo la había besado y ya no podía dejar de pensar en lo que pasaría cuando se casaran y compartieran la misma cama noche tras noche. Jed había hecho mucho más que besar a Dawn, o al menos eso se decía, así que tal vez ella no había podido olvidar lo que habían compartido a pesar del paso de los años.

Adora no estaba celosa, porque no estaba enamorada de él, tan sólo la atraía sexualmente más que ningún otro hombre que había conocido. De todos modos se alegraba de que Dawn no viviera en la ciudad donde Jed se encontraría con ella quisiera o no.

El sacerdote continuaba su homilía y de repente Adora sintió que Tiff le apretaba el brazo. La necesidad de contacto que notó le recordó que estaba allí para ayudar a la niña a llevar aquello lo mejor posible y tomó su mano entre las suyas.

Después del funeral enterraron a Lola al lado de Samuel Pierce y luego hubo una pequeña recepción en las dependencias de la iglesia, a la que para alivio de Adora no comparecieron ninguno de los Laidlaws, lo que le hizo pensar que tal vez no debería preocuparse tanto.

Pero estaba equivocada, porque aquella noche nada más llegar a casa Charity Laidlaw llamó a su puerta.

—Me pregunto si me podrías dedicar unos minutos —a pesar de que estaba tan estirada como siempre, su voz sonaba más amable.

Adora frunció el ceño con desconfianza.

—¿Para qué?

—¿Podría entrar, por favor?

—No creo…

—Por favor —había súplica en su voz.

Adora dudó un momento, indecisa, pero después la dejó entrar, aún sospechando que estaba cometiendo un error.

—Por aquí —la llevó hasta el salón y le indicó el sofá—. Siéntate.

Charity se sentó en el borde del sofá.

—No te voy a entretener mucho.

Adora también tomó asiento en un sillón que había comprado en un rastrillo y que había tapizado ella misma.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—He oído que Jed y tú planeáis casaros. ¿Es cierto?

—Sí, así es —le respondió Adora, muy erguida en su asiento.

Charity se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes, tratando de simular preocupación.

—Pero ¿por qué? Perteneces a una familia respetable. ¿Por qué demonios tendrías que querer casarte con alguien como Jed?

Adora no dudó en su respuesta.

—Amo a Jed y él me ama a mí. Queremos pasar la vida juntos.

La expresión preocupada de Charity se mudó en una de evidente desagrado.

—¡Eso es absurdo! No creas ni por un momento que me trago una mentira tan ridícula.

Adora le respondió con frialdad.

—No me importa que lo creas o no —se puso de pie—. Y tal vez haya sido un error dejarte entrar aquí.

—¿Has pensado por un momento en la gente que te quiere? —se apresuró a decir, decidida a no marcharse sin decir lo que pensaba —. Piensa en tu pobre madre. Seguro que Lottie ha enfermado con la noticia.

Adora se mordió el labio para no decir nada que pudiera lamentar más tarde.

—Mi madre está bien, gracias. Bob y ella harán lo posible por asistir a la boda.

Charity se estremeció.

—Jed es un animal.

—Escucha, creo que será mejor que te vayas.

Charity se puso de pie.

—Escucha —la apuntaba con el dedo, sin tratar de disimular ya que había perdido la calma—, ya sé lo que tramáis, pero te aseguro que no va a funcionar.

—No sé de qué estás hablando y te he pedido que te marches.

—Claro que lo sabes. Sabes muy bien de qué estoy hablando. Jed cree que si se casa podrá conseguir con facilidad la custodia de la pobre Tiffany y por alguna razón tú has decidido ayudarlo.

—Te he pedido que te marches.

Charity no se movió.

—Me vas a escuchar.

—No, yo…

—Sé que quieres un marido, toda la ciudad lo sabe, pero no debes hacer esto. No puedes degradar tu vida con alguien como Jed Ryder. Nunca te hará feliz y además el matrimonio no ayudará a Tiff. Al final la hará más desgraciada.

Adora miró a Charity, con asombro. Lo más terrible era que aquella mujer estaba segura de tener razón.

—Te he pedido varias veces que te marches.

—Ya me voy, pero antes quiero que sepas que haré lo qué considere mejor para Tiffany y al final, no importa lo caro o desagradable que sea el proceso judicial, conseguiré la custodia de la niña, porque debe ser educada en un hogar decente.

Adora respiró hondo.

—¿Eso es todo?

—Sí, siempre que sepas que este absurdo matrimonio no te va a llevar a ningún sitio.

Adora se obligó a sí misma a sonreír.

—¿Absurdo? No es un matrimonio absurdo. Jed y yo nos amamos y queremos vivir juntos, por eso nos vamos a casar. Y ahora, ¿puedo indicarte la salida?

—La puedo encontrar yo misma.

—Muy bien. Entonces, hazlo.

Tan pronto como oyó cerrarse la puerta volvió a sentarse sobre el sillón, un poco temblorosa y más decidida que nunca a que Charity no pusiera las manos sobre Tiff.

A la mañana siguiente Adora llevó a Tiff a la iglesia y después la dejó con Jed mientras ella se iba a Reno para comprarse el vestido

de novia.

Regresó tarde con el vestido que siempre había soñado, unos zapatos a juego y un juego de camisón y bata que había hecho suspirar al dependiente que la había atendido.

Después de dejar sus compras en casa se dirigió a la vivienda de Jed para preparar la cena, pero Jed tenía otros planes.

—Vamos, iremos los tres a cenar a El búho moteado.

Adora dejó la patata que estaba pelando en el fregadero, y se volvió para dirigirle una sonrisa de agradecimiento.

El búho moteado era el mejor restaurante de Red Dog City. Servían carnes y mariscos en un ambiente muy acogedor, donde no faltaban las velas y hasta una chimenea de piedra. A Adora le había gustado siempre comer allí porque la comida era buena y los camareros muy amables. Al lado se encontraba la taberna del mismo nombre, donde Adora acostumbraba a pasar agradables veladas con sus amigos cuando la nieve cubría las calles de la ciudad.

Jed había reservado una mesa en un rincón apartado y ya habían empezado a comer cuando Dawn entró con un hombre al que Adora no había visto nunca.

Se sentaron cerca de ellos, a espaldas de Jed, pero frente a Adora, quien tuvo que soportar las continuas miradas que la joven dirigía a la ancha espalda de Jed.

—¿No está bueno el filete? —le preguntó Jed, al ver que no probaba bocado.

—No, está bien.

Se quedó mirándola y el brillante que llevaba en la oreja hizo un guiño a Adora, al darle la luz.

—Entonces, come.

Tomó el tenedor.

—Ya estoy comiendo.

Adora se comió el filete, pero no disfrutó de la cena. No podía dejar de preguntarse si la hermosa rubia escondía algo en la manga de su blusa de seda.

Y no sabía lo que pasaba por la mente de Jed, al que parecía no importarle en absoluto que la joven estuviera allí. Adora se preguntó hasta que punto era así. Tanta incertidumbre la estaba llevando al borde de un ataque de nervios. Se sentía insegura sobre

los planes que ella y Jed habían hecho. Aquella tarde se había gastado una fortuna en el vestido de boda y sus complementos, había reservado la iglesia y su salón social para la recepción, contratado el banquete y encargado una tarta de tres pisos.

Adora estaba deseando empezar una nueva vida con aquel hombre al que apenas conocía, encantada tanto con encargarse de criar a Tiff como con compartir la cama de Jed.

Pero ¿y él que pensaba? ¿Estaría arrepintiéndose? Tal vez ya no quisiera perder su libertad. Tenía que casarse con ella para no perder a Tiff, pero tal vez fuera ésa la única razón.

Tal vez aún amara a Dawn y al volverla a ver y compararla con Adora se hubiera dado cuenta de la enormidad del error que estaba cometiendo.

Para cuando terminaron de cenar, Adora había tomado la decisión de que ella y Jed tenían que hablar. Y sólo quedaban seis días para la boda, así que tenía que ser pronto.

En cuanto Tiff se marchó a la cama, Adora se fue a buscar a Jed. No le fue difícil encontrarlo, tan sólo tuvo que seguir el sonido del Rock and Roll, y allí estaba, en el garaje, ocupándose de su moto.

Al verla entrar se limpió la grasa de las manos con un trapo y fue a quitar la música.

—¿Qué pasa?

Adora luchó para mantener la calma.

—Pensé, bueno, que podríamos hablar.

Jed se acercó a un lavabo que había en el garaje y se lavó las manos.

—¿De qué? —le preguntó, mientras se las secaba.

—Bueno, yo…

—Vamos, Adora, suéltalo —le dijo, con una media sonrisa.

—Dawn DeLongpre, o como quiera que se haga llamar ahora.

Jed colgó la toalla.

—¿Qué pasa con ella?

—Estaba en el restaurante esta noche.

—¿Y? —Se volvió para mirarla.

—No hacía más que… mirarte.

—¿Es eso problema mío? —le preguntó, apoyado en el lavabo.

—Bueno, no, pero… —No sabía cómo seguir y él no le estaba ayudando en absoluto.

Se apartó del lavabo.

—¿Entonces, cuál es el problema?

No se sintió capaz de enfrentarse a sus ojos y miró hacia otro lado. Jed le puso un dedo bajo la barbilla y todas las sensaciones que había experimentado la otra noche volvieron a reproducirse. Sintió el olor del jabón que acababa de usar y lo encontró excitante.

Le levantó la barbilla hasta que sus ojos se encontraron.

—Habla.

Adora obligó a sus sentidos a concentrarse en lo que realmente importaba en aquel momento: la relación entre Dawn y Jed.

—¿Estuviste enamorado de Dawn?

Se encogió de hombros y dejó caer la mano.

—Sí.

—¿Locamente enamorado? —le preguntó angustiada, sin entender por qué lo estaba.

Volvió a encogerse de hombros.

—Sí, seguramente lo estuve.

—¿Y ahora?

Jed se sentó de lado en su moto y la miró largamente.

—¿Ahora qué?

—¿La amas todavía?

La volvió a mirar durante un tiempo que a ella le pareció interminable.

—Diablos, no.

Adora sintió que se quitaba un peso de encima.

—¿De verdad?

—Adora, ¿por qué no me dices lo que se te está pasando por la cabeza?

—Bueno…

—Suéltalo.

—Muy bien, supongo que simplemente lo quiero saber todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Sobre Dawn y yo?

—Sí, o al menos lo más importante.

—¿No te parece que pides demasiado?

—Por favor… —¡Demonios!

Detrás de ella estaban las escaleras que daban a la cocina. Se

inclinó a limpiarlas un poco y después se sentó en ellas, recogiéndose la falda con cuidado para que el borde no rozara con el suelo del garaje.

—Soy toda oídos.

Meneaba la cabeza, pero en sus labios había una sonrisa, que la hizo sentirse mejor.

—De acuerdo —murmuró.

Se sujetó las rodillas con las manos y se contempló los dedos de los pies, a la vista porque llevaba sandalias. Se había pintado las uñas de el mismo tono rosa que las de las manos.

—Te escucho —le dijo, con una sonrisa.

—La amaba.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Y ella me amaba a mí —miró a lo lejos, como si pudiera ver el pasado—, o al menos eso fue lo que me dijo y Charity no podía soportarlo. Su preciosa hijita era demasiado buena para un tipo como yo.

Adora recordó el desagradable enfrentamiento que había tenido con Charity la noche anterior.

—Creo que detesto a esa mujer. ¿Te he dicho que me hizo una visita anoche?

—¿Charity? —Al verla asentir, entrecerró los ojos—. ¿Y?

—Vino otra vez con la misma historia.

—La próxima vez no la dejes empezar a hablar.

—No lo haré. Y ahora sigue, decías que Charity pensaba que no eras lo suficientemente bueno para su hija.

—Así es. Le dijo que no podía volver a verme, así que nos veíamos a escondidas y algunas noches trepé hasta la ventana de su habitación.

—Y una de esas noches…

—Charity nos pilló. Desnudos en la cama de Dawn.

—¿Pero te acusó Dawn de violación?

Jed se pasó una mano por la boca y la barba.

—Dawn tenía tanto miedo a Charity como el pobre Morton. Me quería lo suficiente como para escaparse algunas noches para estar conmigo, pero no para enfrentarse a su madre y decirle que era mi chica. Así que cuando Charity nos pilló las cosas se pusieron muy feas enseguida. Ella empezó a gritar y a acusarme de haberme

aprovechado de su hija. Yo también la grité y le dije que aquello no era una violación porque yo amaba a Dawn y ella a mí.

En sus ojos se reflejaba la pena que le causaba recordar lo ocurrido.

—Cada vez que me acuerdo me doy cuenta de lo patético que debía estar esperando a que Dawn me apoyara.

—¿Qué hizo Charity?

—Se volvió hacia su hija y le dijo que sabía muy bien que yo la había violado. Miré a Dawn, seguro de que me iba a apoyar, pero temblaba y miraba aterrorizada a su madre. Sí, mamá —dijo—. Me ha forzado.

Y allí estaba yo, sin nada encima más que la sábana que me había enrollado al cuerpo cuando Charity irrumpió en la habitación. Me sentía tan herido que ni siquiera me molesté en huir. Me quedé allí hasta que la policía vino a detenerme. Todo me importaba un comino, lo único que quería era morirme —cerró los ojos un momento y echó la cabeza hacia atrás. Después los abrió y miró al techo—. Pero viví —levantó la cabeza y la miró—. Luego cuando empezaron los interrogatorios Dawn admitió que su madre la había obligado a mentir. Retiraron los cargos, pero el mal ya estaba hecho. —Jed retiró la mirada y jugueteó con el manillar de su moto —. Mamá estaba destrozada y mi pobre padrastro no sabía qué hacer —miró a Adora—. Mi padrastro no era un mal hombre, pero tampoco se atrevía a enfrentarse a Charity, así que pensé que sería mejor para el matrimonio de mi madre y su vida en esta ciudad que yo desapareciera. Además me quería marchar de todos modos. Me habían destrozado el corazón. Estaba loco por Dawn y ella me hizo lo peor que una chica puede hacerle a su novio. Lo único que quería era largarme, así que dejé la ciudad y el instituto y me fui.

Adora sintió lástima de él.

—Lo siento, Jed.

Todavía parecía tener la mirada perdida en el pasado, pero de repente pareció volver al presente y la miró.

—Dawn Laidlaw ya no significa nada para mí. Todo terminó entre nosotros.

—Pero Jed… —¿Qué?

—Bueno, que todavía parece muy interesada en ti. Jed, no te ha quitado ojo esta noche en el restaurante y tampoco dejó de mirarte

durante el funeral.

Jed se levantó de la moto.

—¿Y qué? Puede mirar lo que quiera. Te estoy diciendo la verdad, ya no significa nada para mí. Todo sucedió cuando éramos unos críos y al final sólo resultó ser una de esas chicas a las que les gustan las aventuras, que trepen a su habitación por las noches. Y si luego las descubren gritan que las han querido violar.

Compungida por su tono de voz, Adora se levantó para ponerse delante de él.

—Jed, hablas con tanta amargura…

Tenía otra vez la mirada perdida, pero de repente la miró a ella y los rasgos de su rostro se suavizaron.

—Sí, tal vez hable con amargura. Quien sabe lo que podría haber sido mi vida, si ella me hubiera apoyado, si hubiera dicho que me amaba y estaba orgullosa de mí, en vez de gritar que la había violado cuando su madre nos pilló. Tal vez no me habría marchado de casa a los diecisiete años y hubiera seguido estudiando hasta terminar por lo menos la secundaria.

Adora se acercó a él, deseosa de aplacar el dolor que le causaban sus viejas heridas, pero no se le ocurría nada que decirle, así que le acarició el rostro con dulzura, sintiendo la suavidad de su barba, la calidez de su piel.

Jed levantó la mano y tomó la de ella.

—Eh, no sientas pena por mí. Ahora estoy bien.

—Yo… —La calidez que había sentido al rozar su rostro le empezó a recorrer el cuerpo. Le resultaba muy difícil pensar cuando él la estaba tocando. Nunca había sentido lo que él le hacía sentir.

—Deberías ver tu cara —sonreía de un modo extraño.

—¿Jed?

—¿Sí?

—¿Vas a…? ¿Quieres…?

—¿Qué?

—¿Todavía sigues pensando que es una buena idea casarte conmigo?

Llevó la mano femenina hasta su boca y se la pasó por los labios.

—Sí, ¿y tú?

Adora se estremeció.

—¿Yo?

Se pasó la mano de Adora por la cara, con la palma abierta sobre su barba, de modo que los dedos de ella le acariciaban el lóbulo de la oreja.

—¿Sigues queriendo casarte conmigo?

Le temblaban los labios tanto como el resto de su cuerpo. Aunque él le había soltado la mano, no la retiró sino que empezó a acariciar el pequeño diamante que adornaba la oreja de Jed.

—Sí, sigo queriéndolo.

Jed se echó a reír y el sonido de su risa envió cálidos estremecimientos a los brazos y piernas de Adora, que dio un respingo cuando él le agarró el trasero con las dos manos.

Sonrió y la atrajo hacia sí, apretando las caderas femeninas contra las suyas, haciendo que Adora notara la excitación de aquella parte de su cuerpo que los vaqueros se encargaban de poner en relieve.

—¡Dios mío! —exclamó Adora, al tiempo que se aferraba a su cuello.

—¿Qué te pasa?

—Que creo que te gusto. Por lo menos un poco.

—Me gustas, Adora. Mucho.

—Bueno —le costaba respirar—. Me alegro.

Capítulo6

Cuando llegaron a su habitación la dejó en el suelo el tiempo necesario para encender la lámpara de la mesita y después la empezó a desnudar, dejando toda su ropa incluidos su braguita y sujetador color rosa encima de una silla.

Y entonces la miró a la tenue luz de la lámpara.

Ella le dejó mirarla. Cuando la miraba sentía como si la tocara y cuando la tocaba se olvidaba de todo, incluida su imagen del hombre ideal, todo trajeado. Quedaba anulada como si nunca hubiera existido. Al instante se convertía en otra mujer, en una mujer a la que apenas conocía que vivía dentro de su cuerpo y sabía el placer que ese cuerpo podía dar y experimentar. Que deseaba ese placer y se entregaba a él por completo.

Y aquella nueva mujer no era mala en absoluto.

Podía ser un poco picarona, pero no mala.

Se quitó la cazadora y la camiseta. El cabello negro le cayó sobre los hombros. Era largo y suave como el suyo. Vio brillar la cruz plateada en aquel pecho tan poderoso, donde los músculos estaban esculpidos y definidos con la misma precisión que los de sus hombros y enormes brazos. Una mata de vello poblaba la parte superior de su tórax, bajando después en disminución hasta desaparecer tras la cinturilla de sus vaqueros. Debajo de ellos la prueba de su deseo se mostraba en toda su evidencia.

Se acercó a ella, deteniéndose justo en el momento en que los pechos femeninos le rozaban el tórax. Adora sintió que sus pezones se erguían, pidiendo a gritos ser tocados.

Jed miró hacia abajo y ella se dio cuenta de que su deseo no había pasado desapercibido, de que se daba cuenta de cómo le deseaba su cuerpo del mismo modo que ella había notado el deseo masculino poco antes.

Le vio levantar las manos y pensó que iba a tocarla y ella lo deseaba con todas sus fuerzas.

Pero no lo hizo sino que la agarró por los hombros y después empezó a acariciarle los brazos con suavidad, del mismo modo en que había hecho la noche en que había aceptado casarse con él.

Habló con el mismo tono tranquilo y dulce de siempre.

—Has estado diciéndole a todo el mundo que me amas. —Adora cerró los ojos pensando en lo suaves que eran sus manos y en cómo le gustaría que la acariciaran los pechos—. Enseguida —su voz risueña le mostró que, una vez más, le había leído el pensamiento.

Cuando levantó los ojos le vio sonreír.

—Quieres que te toque —le rozó uno de los pezones. Adora se pasó la lengua por los labios resecos y Jed le volvió a tomar el pelo —, ¿verdad?

Ella asintió. Sentía que los pezones le ardían y quería que la tocara una y otra vez.

—Dilo bien alto.

—Qui… quiero que me toques.

—Has estado diciéndole a la gente que me amas, ¿verdad?

—Bueno, sí, porque quedamos en que…

Le puso un dedo en la boca para interrumpir sus explicaciones.

—Lo has hecho, ¿verdad?

Se mordió el labio y susurró:

—Sí.

Jed le acarició el pelo.

—Se ha corrido la noticia. La gente habla, ya sabes, es una ciudad pequeña.

Adora sintió que se derretía por dentro.

—¿Jed?

—¿Sí?

—Tócame…, por favor.

Le dibujó la cara con el dedo.

—Te estoy tocando.

—Jed. Jed, por favor…

—Sí —le acarició las mejillas, las sienes, el cabello—. Sabes que lo voy a hacer, pero es tan maravilloso tan sólo mirarte. Eres una mujer que sabe como desear, Adora y también como dar. Eres muy especial, ¿lo sabías?

Adora volvió a cerrar los ojos, porque de repente tenía ganas de llorar. Se le escaparon dos lágrimas que corrieron por sus mejillas. Jed susurró algo tan bajito que no pudo entender lo que decía y después se inclinó hacia ella, empezándole a besar las lágrimas primero de una mejilla y después de la otra.

—Quiero que me lo digas a mí.

Adora le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Decir? ¿El qué?

—Que me amas.

Ella volvió a cerrar los ojos.

—Pero yo…

—Ya sé que no me amas —le dijo tranquilo y comprensivo.

Abrió los ojos y le volvió a mirar.

—¿Entonces por qué quieres que te diga una mentira?

—Sólo quiero oírtelo decir —le respondió con paciencia.

—Pero, eh, no lo comprendo.

—No tienes que entenderlo, dilo simplemente.

Adora abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

—Es sólo un juego amoroso —le empezó a explicar—, al que suelen jugar los hombres y las mujeres.

—Pero yo no… quiero decir, que no lo he hecho.

—¿Hacer el qué?

—No he jugado nunca a ese juego.

—¿Nunca le has dicho a un hombre que lo amas?

Tuvo que mirar hacia otro lado, porque sí le había dicho a Farley que lo amaba y además en aquel momento pensó que era cierto, pero ahora… —¿Adora?

Le volvió a mirar.

—¿Nunca? —había desafío en su voz, pero a la vez dulzura—. ¿No le has dicho nunca a un hombre que lo amas?

Le miró con pesar.

—Vale, sí lo he hecho.

—¿Y todavía amas a ese hombre? —No, no le quiero y me temo que…— ¿Sí?

—Que tal vez nunca lo amé.

Jed se quedó callado un momento y después sonrió.

—Dímelo, dime que me amas. Después de todo vas a casarte conmigo el sábado que viene y ya le has dicho a media ciudad que estás enamorada de mí. ¿Por qué no habías de decírmelo a mí? No creo que sea nada que pueda hacer daño.

Ella se quedó en silencio.

—¿O sí puede hacerlo?

Adora negó con la cabeza y él esperó.

—Yo…

—¿Sí?

—Yo, eh…

—Dilo lentamente, Adora. Despacio y con dulzura.

—Oh, Jed.

Entonces sí la tocó. Le puso la mano sobre uno de los pechos y ella gimió, después le abarcó los dos.

—Sólo te lo quiero oír decir. Por favor, dímelo.

Adora echó la cabeza hacia atrás. Sentía que sus manos eran mágicas, tan grandes y suaves al mismo tiempo.

—Te quiero.

Ya estaba dicho y sus manos eran tan agradables cuando le tocaban los pechos, cuando rozaban sus pezones haciéndola derretirse por dentro.

—Mi nombre. Di mi nombre.

Lo podía decir. Sí, lo diría. Diría cualquier cosa.

—Jed…

Mientras seguía acariciándole uno de los senos, deslizó la otra mano hasta el vientre de Adora y comenzó a descender hasta llegar a los rizos escondidos entre sus muslos.

—Dilo enseguida —le dijo—. Di, «te amo, Jed».

Adora respiró profundamente y sin sentir ninguna vergüenza levantó las caderas buscando su roce.

—Te amo… Jed.

Y la mano masculina se deslizó entre sus muslos, allí donde se encontraba su lugar más secreto, que estaba húmedo y hambriento, hambriento por él.

Y ocurrió algo, algo que no había sucedido antes. Lo único que hizo fue deslizar un dedo entre los muslos femeninos. Tan sólo la

tocó levemente.

Y ella se estremeció, encantada. Gritó en una mezcla de placer y sorpresa y él la tomó en sus brazos antes de que las piernas la fallaran.

Cuando volvió en ella, poco después, Jed la había tumbado en la cama. Lo miró, sintiéndose como atontada, sin fuerzas para, moverse, mientras él se despojaba del resto de su ropa y cuando lo vio de pie, desnudo a su lado, se dio cuenta de que le tocaba mirar a ella.

Y lo hizo, sin omitir fijarse en la prueba evidente de cuánto la deseaba.

Y cuando lo vio, dio un respingo y él sonrió al darse cuenta.

Lizzie estaba equivocada al decir que no tenía ningún tatuaje. Estaba en la zona púbica, medio escondido entre el vello. Era el emblema de la Harley Davison, en negro y rojo.

—Nada cabalga como una Harley —le dijo en voz alta, pero con dulzura, después echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas.

Adora se rió también.

Se tumbó en la cama, a su lado y la apretó contra su cuerpo.

—Sí —le dijo, al tiempo que acercaba su boca a la de ella—, creo que nos llevaremos bien, tú y yo.

La retuvo a su lado toda la noche y no pegaron ojo.

Tenía una caja grande de preservativos y cuando la sacó del cajón antes de hacerle el amor por primera vez, Adora la miró con desconfianza.

Como Jed podía leerle el pensamiento no tardó en preguntarle:

—Muy bien, ¿qué sucede?

—Yo… bueno, ¿traes a muchas mujeres aquí?

Dejó la caja en la mesita de noche.

—Aquí no ha estado nunca ninguna mujer. Los compré al día siguiente de que me dijeras que te casarías conmigo.

Ella suspiró.

—¿De verdad?

Sonrió y la volvió a estrechar contra él.

—Te lo aseguro.

Un mechón de pelo negro le había caído sobre los hombros. Quiso tocarlo y lo hizo, acariciando su mano contra él, sintiendo la suavidad de su roce. Cuando levantó la vista para mirarlo se dio

cuenta de que quería besarla… y más. Mucho mucho más.

Sonrió burlona.

—¿Jed?

—¿Sí?

Y le dijo lo que a él le gustaba oír, del modo en que más le complacía: despacio, con dulzura.

—Te amo, Jed.

Y él la hizo deslizarse bajo su cuerpo y Adora pensó que no creía que hubiera en el mundo nada comparable a sentir el roce de su piel, y dentro de poco a sentirlo dentro de ella.

Se movieron juntos, lenta y suavemente unas veces; deprisa y apasionadamente otras. Mil ritmos, todos tan perfectos, tan maravillosos que se sintió marcada, tatuada con aquel placer tan intenso, un placer que nunca hubiera soñado recibir. Gritó su nombre y le dijo que lo amaba una y otra vez.

Por la mañana, poco antes del amanecer Adora pensó en Tiff.

—Debería marcharme a casa a cambiarme de ropa, ¿no te parece?

Estaba tumbado a su lado con un brazo sobre los ojos.

—¿Quién puede pensar en este momento?

Adora se echó a reír.

—Qué malo eres. Eres tan malo como yo.

—Hacemos buena pareja.

—Sí.

Adora se sentó a su lado. Inclinándose sobre él, empezó a recorrerle el pecho con el dedo, siguiendo la línea del vello.

—Y dentro de cinco días estaremos casados. —Jed le agarró la mano— y tú estarás aquí conmigo todas las noches.

—Sí, pero ahora…

—Lo sé —la soltó—. No causaría muy buena impresión a Tiff, ¿verdad?

—Exactamente.

Así que se ducharon juntos en el pequeño baño que había en la habitación de Jed. Adora no había previsto hacer nada más que ducharse, sin embargo no pudo resistirse a unos besos, por lo que enseguida tuvieron ganas de hacer el amor allí mismo, en el plato de ducha, con el agua cayéndoles encima.

Jed alcanzó el preservativo que había dejado sobre el lavabo, y

Adora se lo puso. Entonces la sujetó por las piernas, poniéndoselas alrededor de su cintura y la sujetó, haciéndole el amor contra los baldosines de la ducha.

Cuando finalmente la dejó en el suelo Adora supo que iba a estar una semana dolorida. Salió de la ducha, se secó y después se vistió en la habitación.

Se estaba metiendo la camisa en su arrugada falda cuando Jed se acercó por detrás y la rodeó con sus brazos, haciéndole pensar que nunca había experimentado una sensación de calidez como aquélla.

Se abandonó a la fuerza y calor de sus brazos. Se dejó acariciar los pechos, gimiendo de vez en cuando. De nuevo se sentía excitada, hambrienta de él.

Los labios de Jed le rozaron el cuello y ella movió la cabeza para ponérselo más fácil. Le oyó reír contra su piel.

—Como eres, Adora.

Lo único que pudo hacer fue echar la cabeza hacia atrás y musitar el nombre de Jed, y cuando él delicadamente le mordisqueó el cuello, se estremeció.

Al morderle el lóbulo de la oreja susurró:

—Es para que no se te olviden los pendientes.

Adora miró la mano de Jed, y al ver que tenía en ella los dos corazones rosas se los quitó.

—Muchas gracias —aunque su cuerpo no quisiera hacerlo, se puso los pendientes con decisión, se colocó la falda y se peinó un poco el pelo con las manos. Entonces le volvió a mirar—. Muy bien, me voy.

—Adora…

Le brillaban los ojos y ella conocía muy bien el significado de aquel brillo; su cuerpo lo conocía también. En una noche lo había adiestrado bien y ya estaba derritiéndose toda por dentro de deseo.

—Jed, me tengo que ir —sólo llevaba puestos los vaqueros y a Adora aquel tórax desnudo, que aún conservaba algunas gotas de agua de la reciente ducha le pareció excitante—. Jed, por favor, me tienes que dejar marchar. Tiff se despertará dentro de poco y no me parece correcto… —Dilo.

—Jed.

—Sólo una vez más y te dejaré marchar. Por ahora.

—Yo…

—Despacio, Adora y con dulzura.

—Te… quiero… Jed.

—Muy bien, ya puedes irte —le dijo, con una sonrisa.

Se apartó de él, sintiendo las rodillas como gelatina. Le oyó reír, mientras se alejaba hacia la puerta.

Al llegar a su apartamento encontró un mensaje de su madre en el contestador automático, diciéndole que asistiría a la boda acompañada de Bob. Tenían previsto llegar el miércoles.

—¿Nos puedes alojar en tu habitación de invitados, cariño? —La voz grabada de Lottie sonaba demasiado dulce—. Quiero estar allí para ayudarte en lo que necesites. Llámame tan pronto como puedas.

Como sabía que Lottie y Bob eran madrugadores se dispuso a llamarlos.

—¿Dónde estuviste anoche, cariño? —Le— preguntó Lottie, educadamente.

Adora sonrió y se evadió de la pregunta.

—Tengo tanto jaleo últimamente que anoche se me olvidó escuchar los mensajes. Por cierto tengo que dejarte. Debo ir a preparar el desayuno a Tiff dentro de un momento. Me alegro de que vengáis y podéis quedaros en mi casa, por supuesto.

Tras volver a decir a su madre lo contenta que estaba por su visita se despidió de ella.

En casa de Jed hizo tostadas y huevos escalfados. Cada vez que Jed la miraba desde el otro lado de la mesa sentía un intenso calor en la cara y contenía la respiración.

—¿Chicos, os encontráis bien? —preguntó, Tiff, extrañada, mirando a uno y a otro.

Jed sonrió.

—Sí, maravillosamente.

—Sí, muy bien —corroboró Adora.

Los lunes no solía tener mucha clientela, pero aquel lunes fue una excepción, porque tuvo que atender a las clientas que habían perdido su cita los días que sucedieron a la muerte de Lola.

Aunque no había dormido, todo el mundo estuvo de acuerdo en lo guapa que estaba y alguna clienta llegó a decir que su compromiso con Jed Ryder le había sentado de maravilla.

—Gracias —dijo Adora—, creo que tienen razón.

Tiff y ella ya estaba en casa haciendo la cena cuando Jed regresó de trabajar. Oyó el rugido del motor de su moto y le vio entrar en el garaje. De repente el ruido cesó y Adora esperó con el corazón golpeándole violentamente contra el pecho y todo su cuerpo tembloroso.

Entonces por el rabillo del ojo vio como se abría la puerta y entraba. Se miró las manos y la lechuga que estaba limpiando bajo el grifo. Siguió lavándola cada vez más deprisa al oír el sonido de las botas masculinas acercándose a ella.

Y de repente allí estaba, rodeándole la cintura con los brazos, apretándola contra él. Le olió y le llegó un aroma a polvo, cuero y hombre. Lo sintió por todas partes. A su alrededor y dentro de ella.

—Jed.

Le apartó el pelo del cuello con un dedo.

—Hola —le dijo, mientras la besaba.

—Vamos, chicos…

Era Tiff, que encantada con lo que veía, pero a la vez avergonzada, los miraba desde la puerta que daba a la sala de estar, donde había estado viendo la televisión, después de poner la mesa.

Jed se echó a reír y se apartó de Adora que volvió a lavar la misma hoja de lechuga por quinta vez.

A partir de entonces trataron de ser más discretos delante de Tiff y no se volvieron a tocar hasta que se fue a la cama.

Entonces se compensaron con creces por la espera.

Adora pasó aquella noche y la siguiente abrazada a Jed, sin dormir más de una hora o dos por noche. Por la mañana corría a casa con la primera luz del día para ducharse y cambiarse, regresando para hacer el desayuno con una amplia sonrisa en los labios. Después a las nueve se incorporaba, a su trabajo en el salón de belleza, sintiéndose con fuerzas para peinar a todos los habitantes de Red Dog City.

Además de trabajar, cocinar y llevar dos casas tenía que ocuparse de todos los detalles de la boda.

Y aún le quedaba energía para las maravillosas noches en las que Jed le hacía el amor, como si no fuera capaz de saciarse nunca y además era capaz de hablar con ella con tanta confianza como si fueran íntimos amigos.

Ella le preguntó por qué le llamaban el Jinete de Medianoche y él se lo dijo.

—Por mi pelo negro.

—¿Sólo por eso?

Jed se echó a reír.

—Y porque mi apellido es Ryder, que en inglés significa jinete. Es con «y» griega, pero la mayoría de los chicos con los que solía salir no lo sabían.

Tímidamente se atrevió a preguntarle por su tatuaje.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Hace catorce años. Cuando cumplí los dieciocho.

—¿Por qué?

—Porque una moto Harley es sinónimo de libertad y era lo único que tenía.

La apretó contra él y ella le dejó hacer, ofreciéndole sus labios.

Fue un beso largo y dulce. Adora pensó que Jed no era el hombre de sus sueños y no estaban enamorados, pero lo que compartían era muy agradable.

Al día siguiente se levantó de la cama completamente segura de que todo iba a funcionar a la perfección. Se fue a trabajar a las nueve, como de costumbre, y estaba mirando por la ventana en un descanso cuando vio a Dawn DeLongpre entrar en la tienda de donuts que había al lado del salón de belleza. Aquella mujer seguía en el pueblo y no entendía la razón, pero no dejó que verla le amargara el día. Jed le había dicho que ya no significaba nada para él y ella le creía.

Así que siguió sintiéndose de maravilla hasta que su madre y Bob llegaron por la tarde.

Capítulo 7

Llegaron cuando Adora estaba sola. Tiff se había marchado a pasar la tarde a casa de una amiga y la última clienta del salón había cancelado su cita en el último momento. Adora estaba bajando las persianas cuando vio como el Cadillac Deville de Bob se acercaba a su edificio.

Al ver el coche la aprensión le provocó una ligera sensación de náusea. Al mismo tiempo se recordó a sí misma que tenía treinta y cinco años y ya era lo bastante mayor como para no agobiarse con la idea de tener que enfrentarse con su madre.

Pero la verdad era que sí que se agobiaba. Y mucho.

Adora cerró con llave la puerta principal y apagó las luces. Después, tras respirar profundamente y prometerse a sí misma que no se iba a dejar influenciar por su madre, se dispuso a ir a su encuentro.

Su madre estaba saliendo del coche cuando llegó Adora.

—¡Adora, cariño! —le dijo, tendiendo los brazos.

Adora se dejó abrazar y después Lottie la apartó lo suficiente como para poderla contemplar a gusto. Adora miró aquellos ojos verdes tan parecidos a los suyos y pensó que se estaba viendo a sí misma dentro de treinta años.

Además de haber heredado los ojos de su madre, tenía la misma forma ovalada de cara y la boca igual de grande. La gente solía decir que su madre era guapa y siempre añadían que ella era su vivo retrato.

Adora lo tomaba como un mero cumplido y trataba de no darle

mayor importancia, aunque la realidad era que la ponía un poco nerviosa. Quería a su madre, pero no deseaba ser como ella. Quería tener su propia personalidad, que no la compararan con nadie.

Lottie la estaba mirando con ojo crítico.

—Pareces cansada. Agotada más bien.

Adora siguió sonriendo.

—Estoy bien, mamá. De verdad.

La gente llevaba tres días diciéndole lo guapa que se la veía últimamente, pero para Lottie tenía mala cara.

—Bueno, ¿cómo está la novia? —le dijo Bob, mientras sacaba el equipaje del coche.

Adora se separó de su madre para acercarse a Bob, y, de puntillas darle un beso en la mejilla.

—Estoy bien, muy bien. —Bob le había caído bien desde que empezara salir con su madre—. Déjame ayudarte con las maletas.

—No, puedo apañármelas solo. Lleva el neceser de Lottie, si quieres.

Subieron las escaleras que daban al apartamento, con Adora a la cabeza y Lottie alabó la nueva decoración que había realizado su hija en la cocina y el salón desde su última visita.

A Bob, que era el propietario del edificio también le gustó mucho. Como le cobraba un alquiler muy bajo, Adora trataba de compensarlo haciendo mejoras en la casa.

—Estás revalorizando mi propiedad —le dijo, encantado con lo que veía.

—Estáis en vuestra casa —les dijo al llegar a la habitación de invitados—. Poneos cómodos que más tarde iremos a cenar a casa de Jed y así podréis conocerlos un poco más a él y a Tiffany. Ahora descansad y…

Pero Lottie ya estaba empujando a su marido hacia la sala de estar.

—Bob, cariño, vete a ver la televisión un poco que quiero hablar a solas con Adora —se apretó contra su marido y le dio un beso. Bob le dio una palmadita en el hombro y se dirigió a la sala de estar.

Adora se recordó a sí misma que no iba a consentir que su madre la pusiera de mal humor.

—¿Qué pasa, madre?

Todavía estaban en el pasillo y al parecer Lottie quería más intimidad.

—Ven conmigo —le señaló la habitación—. A un lugar más privado.

Adora no tenía ganas de que su madre le diera la charla en aquel momento.

—Mamá, ahora no puedo hablar contigo. Tengo que hacer un montón de llamadas para ultimar los detalles de la boda. Y después tengo que hacer la cena.

Lottie se mostró dolida.

—Necesito decirte algunas cosas.

—Lo comprendo, pero en este momento no puede ser.

Lottie suspiró.

—Entonces, ¿cuándo?

Adora pensó que nunca, pero dijo:

—Esta noche, después de que hayas charlado un poco con Tiff y Jed.

—Muy bien, entonces esta noche, antes de acostarnos.

—Sí, antes de acostarnos.

Aquella noche Bob estuvo viendo la televisión, mientras Lottie y Tiff ayudaban a Adora en la cocina. A las cinco y media se oyó la moto de Jed que llegaba de trabajar.

—¡Dios mío! —exclamó Lottie—. ¿Qué ha sido eso?

Tiff dio una palmadita en la mano a Lottie cuando la moto se detuvo.

—No te preocupes, sólo es la moto de Jed.

—Ya. —Lottie sonrió a Tiff con dulzura. Las dos habían congeniado desde el principio—. Hace mucho ruido, ¿verdad?

—Es una Harley —dijo Tiff, como si eso lo explicara todo.

—Ya entiendo —respondió Lottie, aunque estaba claro que no lo entendía.

Jed entró un poco después, vestido como siempre: con sus vaqueros viejos y mucho cuero. Se le había aplastado el pelo con el casco, que sólo llevaba porque se lo imponía la ley, pero la melena la llevaba alborotada por el viento. Tenía la cara manchada de grasa y polvo, lo que indicaba que debía haber tenido un día de trabajo muy duro.

—¡Jed! —Tiff se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos.

—Quieta, o acabarás manchada de grasa.

—Y qué más da —le dijo, dándole otro apretón antes de soltarlo.

Lottie, que estaba sentada a la mesa, contemplaba la escena entre horrorizada y divertida. Adora dejó un momento de limpiar judías verdes y se dispuso a hacer las presentaciones.

—Madre, éste es Jed. Jed, ésta es mi madre, Lottie.

Jed se volvió a mirar a Lottie en el momento en que ésta se levantaba. Se observaron un momento y mientras lo hacían, Adora tuvo el corazón en un puño. Parecían dos enemigos obligados a firmar una tregua.

—Bueno, —dijo Lottie, después de un momento, que a Adora le pareció un siglo—. Hola.

—Hola. —Jed siguió mirándola un momento a los ojos y después dijo a Adora—: ¿Cuándo está la cena?

Adora tenía las manos secas, pero se las volvió a limpiar en el delantal.

—Dentro de media hora, más o menos.

—Voy a darme una ducha —dijo, y se marchó.

Tiff sonrió a Lottie con inseguridad.

—Es un poco tímido. Ya verás como te gustará cuando os conozcáis mejor.

—Sí —la voz de Lottie parecía la de un robot—. Estoy segura.

La cena transcurrió con aparente tranquilidad. Bob estuvo tan amable y cariñoso como siempre. Estrechó la mano de Jed con firmeza cuando los presentaron y le preguntó un montón de cosas sobre su negocio de maquinaria y Jed le contó con detalle cuantos hombres tenía a su cargo y el tipo de trabajo que hacían.

Y Tiff parecía alegre y animada. Una o dos veces cuando nombraron a su madre le brillaron los ojos, pero se le pasó enseguida. Repitió con el pollo al limón y Adora pensó que el que tuviera buen apetito era una buena señal.

Lottie charló con Tiff, Adora y Bob. Alabó la cena que había preparado su hija, pero en ningún momento dirigió la palabra a Jed.

Jed tampoco tenía nada que decirle, así que se ignoraron mutuamente. Adora pensó que tanto Tiff como Bob se debían haber dado cuenta, pero no dijeron ni una palabra, se limitaron a fingir que todo iba bien. Adora se sintió aliviada cuando terminó la cena y

tras fregar y recoger los platos, Lottie empezó a decir que ya era hora de regresar a casa.

Todos salieron a despedirlos y Jed retuvo una de sus manos. Adora se estremeció un poco como siempre que él la tocaba.

—¿Tú también te vas?

Adora miró a Lottie y Bob, que ya estaban esperándola en el porche.

—Bueno, sí…

—Quédate un poco —su voz sonaba tan dulce como siempre, pero en sus ojos plateados se leía una orden.

—Uh, bueno…

—Quédate —le volvió a decir y le apretó la mano de un modo que daba claramente a entender que no pensaba soltarla.

—Vamos, Adora —le dijo Lottie, con impaciencia.

Jed habló con Bob.

—Adelantaos vosotros. Ella irá enseguida.

Lottie miró a su hija con los ojos brillantes de furia.

—¿Adora?

—Id delante. Dentro de un poco llegaré yo.

—Pero…

—Hasta luego, entonces —respondió Bob, que tomó la mano de Lottie, y le hizo bajar las escaleras.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Debe de ser Mindy —dijo Tiff, corriendo al teléfono. Mindy era la amiga con la que había estado jugando aquella tarde—. Hablaré desde mi habitación —segundos más tarde desaparecía escaleras arriba.

Jed soltó la mano de Adora y cerró la puerta.

—¿Qué demonios está pasando?

Adora se apartó de él, hacia el centro de la pieza.

—¿Qué quieres decir?

—Tu madre me detesta y tú te ibas a marchar, sin decirme ni una palabra.

Adora trató de suavizar la situación.

—Yo no diría que te deteste. Exactamente.

—Entonces, ¿qué dirías? Exactamente.

—Bueno…

—Me detesta y lo sabes muy bien.

—Jed, Tiff está…

—Está hablando por teléfono en la otra habitación. No te salgas por la tangente.

¿Vas a dejar que tu madre interfiera en lo nuestro?

—No, claro que no.

—Va a hablar contigo. Tratará de convencerte de que no te cases conmigo, ¿lo sabes?

—Yo…

—No me mientas, Adora.

Ella se sentó en uno de los sillones de flores.

—De acuerdo. Lo sé.

Jed se acercó a ella y la miró. Sus ojos estaban llenos de tristeza.

—Sí va a conseguir su propósito, quiero saberlo.

Adora suspiró.

—No lo va a conseguir, te lo prometo.

Le dirigió una de aquellas penetrantes miradas suyas y Adora se obligó a sí misma a no apartar los ojos.

Después de un rato, por fin habló:

—Supongo que te vas a marchar a tu casa.

—Sí, será mejor. Son mis invitados y yo…

Le hizo un gesto con la mano, pidiéndole que se ahorrara las excusas y se volvió a quedar mirándola. El recuerdo de las maravillosas noches que habían pasado juntos pareció quedar suspendido en el aire, entre los dos.

—Sólo son unas pocas noches, Jed —se oyó murmurar a sí misma—. Después estaremos casados y dormiremos juntos todas las noches, sin que nada, ni nadie pueda separarnos.

Jed le acarició la mejilla.

—La dejas que te dé la charla, esperas a que se vayan a la cama y vuelves aquí conmigo.

—Pero, Jed… —Vuelve.

—Jed, eso sólo causará problemas. Creo que será mejor si…

—No. Tengo treinta y dos años y tú tienes treinta y cinco. Ya somos mayorcitos. Casados o no, lo que hagamos por las noches es problema nuestro.

—Sí, pero…

—Vuelve. Quiero verte la cara después de que ella haya hablado contigo.

—Jed…

—Vuelve.

No pudo resistirse a la fuerza de aquellos ojos.

—De acuerdo. Volveré.

Al llegar a casa, Adora encontró a Bob instalado cómodamente delante del televisor. Levantó la vista y sonrió, en el momento en que Lottie llegaba de la habitación de invitados.

—Aquí estás. —Lottie la tomó de la mano y se la llevó a su habitación—. Y ahora cariño —la hizo sentarse en la cama y ella se sentó a su lado—, ha llegado el momento de que hablemos —rodeó los hombros de Adora con la mano—. No me sentiré bien conmigo misma si no te hablo con claridad.

Adora miró con frialdad la mano que le rodeaba los hombros.

—Muy bien, mamá. Habla con claridad.

Lottie la soltó.

—Tienes la misma mirada testaruda que solías tener cuando eras una niña.

—Ya no soy una niña, mamá.

—Claro que ya no lo eres.

—Entonces ¿por qué no me dices de una vez lo qué me tienes que decir?

—Bueno, primero te quiero pedir que no me interrumpas hasta que no haya terminado.

—Muy bien, mamá. No te interrumpiré.

—Muy bien. —Lottie cruzó sus cuidadas manos en el regazo y se las contempló un momento, como pensativa. Después miró a Adora.

—Sé que estás pasando una época difícil porque eres una mujer muy hogareña y no has constituido tu propio hogar todavía. Sé que necesitas un marido, porque aunque no soy científico entiendo lo del reloj biológico y el tuyo debe estar haciendo tic, tac tan alto que no creo que te deje dormir por las noches. —Lottie se volvió a mirar las manos—. Además sé que te has sentido abandonada por tu familia. Bob y yo nos hemos marchado a Arizona y tus tres hermanas también se han casado y ya no viven aquí. Lo entiendo, de verdad. Pero Dory nada de eso justifica el que te cases con un horrible motero. Cariño, debes haber oído los rumores que corrieron sobre él hace años. Es peligroso y juega con las mujeres. Ya sabes lo que le ocurrió a la pobre Dawn Laidlaw, lo que le hizo.

Arruinó la vida a esa pobre chica.

Adora no pudo seguir callada tras oír aquello.

—¡Madre!, Jed no arruinó la vida de Dawn Laidlaw. En todo caso ella fue la que…

—¿Me vas a dejar terminar? Dijiste que lo harías.

Adora se frotó la parte de atrás del cuello, donde los músculos se le habían agarrotado de repente.

—De acuerdo, sigue.

—Oh, cariño, ¿cómo puedo decirte esto sin que suene cruel y duro? En fin, no me queda otro remedio que hablarte claro.

—¿Hablarme claro sobre qué? —preguntó Adora, con impaciencia.

Lottie aspiró profundamente para tomar fuerzas.

—Adora a juzgar por la expresión soñadora de tus ojos cuando lo miras, Jed Ryder ha estado jugando contigo, cariño. —Lottie bajó el tono de voz para que estuviera acorde con la extrema delicadeza del tema—. Estás dejando que tus urgencias sexuales te cieguen a la verdad.

—Madre…

—No, no, déjame hablar. La verdad es que un matrimonio basado en el sexo no funciona. No podrás nunca ser feliz con un hombre como ése. No a largo plazo. Sabes muy bien que tipo de hombre es el que buscas, me lo has dicho muchas veces. Deseas un hombre con éxito en la vida o al menos en camino de serlo. Siempre lo has dicho. Y ahora resulta que te lías con ese delincuente. Es una locura y no va a durar. ¿Por qué te empeñas en hacerte daño a ti misma?

Adora deseó poder decirle que se iba a casar con Jed por el bien de Tiff, pero sabía que no podía hacerlo porque había prometido a Jed que diría a todo el mundo que lo amaba y mantendría su promesa.

—Cariño, ¿has oído algo de lo que he dicho?

Adora miró hacia otra parte. Su madre estaba equivocada respecto a Jed, porque era un hombre bueno, pero tenía razón respecto al resto. Jed la enloquecía físicamente, pero no era el hombre de sus sueños.

—¿Cariño?

Adora se puso de pie.

—¿Ya has terminado, mamá?

—Bueno, yo…

—¿Has terminado o no?

Lottie se puso muy derecha.

—Si, sí.

—Muy bien, pues sí, he oído todo lo que me decías y estás equivocada.

—Dory…

—Ahora me toca a mí.

Lottie pareció apenada, pero resignada.

—De acuerdo. Adelante.

—Jed Ryder es un hombre fenomenal. No voy a entrar en detalles porque estoy segura de que, de todos modos, no me vas a creer. Pero sé que es fabuloso. Y si me quieres de verdad te guardarás las malas opiniones que tienes de él para ti, de ahora en adelante. Me gustaría que le dieras una oportunidad de demostrarte lo buena persona que es, pero tú decides. Tienes tu propia vida, madre y yo voy a vivir la mía. Amo a Jed Ryder.

Debió de sonar muy convincente, porque Lottie musitó con tristeza.

—Es una lástima. Una verdadera lástima.

—Bueno, más te vale ponerle buena cara a la noticia porque me voy a casar con él el sábado que viene.

Después de esto ya no había mucho más que decir. Lottie trató de seguir con sus argumentos disuasorios, pero Adora se limitó a quedarse mirándola, esperando a que decidiera dejarlo.

Al final Lottie pidió un abrazo a su hija, que la complació y se fueron con Bob, que estaba viendo una película en la televisión.

Adora decidió quedarse con ellos una hora o dos, hasta que se fueran a la cama y entonces marcharse al encuentro de Jed.

—¿Queréis unas palomitas? —les preguntó.

—Sí, estupendo —dijo su madre con dulzura.

Así que Adora les hizo palomitas y les sirvió unos refrescos.

Y cuando la película que estaban viendo terminó, Lottie se empeñó en ver la que empezaba inmediatamente después.

Se estaba haciendo un poco tarde. Adora sabía que Jed debía estar esperando y haciéndose muchas preguntas. Fingió que bromeaba cuando les dijo:

—Creía que os acostabais todos los días a las diez.

Lottie le dedicó otra de sus sonrisas angelicales.

—Esta noche estamos un poco desvelados.

Adora se dijo a sí misma que era absurdo que se comportara como una adolescente. Sabía que lo más normal hubiera sido decirles que se iba a casa de Jed.

Pero no podía y en cambio se oyó a sí misma decir:

—Pues yo estoy un poco cansada.

—¿Entonces por qué no te vas a la cama, cariño? No queremos tenerte levantada.

Era casi medianoche cuando Lottie y Bob decidieron acostarse.

Adora, echada en la cama completamente vestida, esperó a que ya no se oyera ningún ruido en la casa para levantarse y, de puntillas, sintiéndose como una adolescente en su propio apartamento, tomó las sandalias que no se pensaba poner hasta salir a la calle. Ya estaba en la puerta, cuando sintió que algo golpeaba contra el cristal de una ventana próxima que daba a la calle.

Miró por ella y vio a Jed en la cera. Sus negros cabellos, iluminados por la farola que tenía a su lado, parecían un ala de cuervo.

Miraba y esperaba.

Encendió una lámpara para que pudiera ver que estaba allí y le hizo gestos de que se encontrarían en la parte de atrás.

En menos de un minuto había salido por la puerta trasera y se estaba poniendo las sandalias cuando Jed apareció entre las sombras.

—Ya pensé que no venías —susurró él.

Adora no podía ver la expresión de sus ojos en la penumbra.

—Yo sólo estaba…

—… Esperando a que se fueran a la cama —sonó como una acusación.

—Sólo quería evitar los problemas, Jed —le respondió mientras se ajustaba la tira de una de las sandalias.

—Te estás escapando, ¿verdad? Como una cría.

—Jed…

—¡Demonios! De todos modos yo me estoy comportando igual, tirándote piedras a la ventana, en vez de llamar a tu puerta, como haría cualquier hombre con un poco de orgullo.

Adora le puso la mano en su musculoso brazo.

—Venga, simplemente…

A la velocidad del rayo la tomó por los brazos y la estrechó contra él.

—¿Qué te dijo? —susurró.

—Tiff está sola en casa —susurró a su vez—. Deberíamos ir con ella.

—Tiff está dormida como un tronco. Contéstame.

No le iba a decir lo que su madre pensaba de él. De todos modos ya lo sabía.

—Me dijo que estaba cometiendo un error porque tú no eres el hombre que yo necesito y por eso nuestro matrimonio no durará.

—Y entonces le dijiste que lo hacías por Tiff, ¿verdad?

—No.

—¿Qué le dijiste entonces?

—Que te amo y que más le vale hacerse a la idea porque me caso contigo el sábado.

Dejó de apretarla con tanta fuerza y comenzó a acariciarle la espalda.

—¿De verdad?

Incluso en la oscuridad, Adora vio como le brillaban los dientes al sonreír.

—Sí, ¿podemos marcharnos ahora a casa?

—¡Eres tremenda, Adora!

—Lo digo en serio, Jed. Vámonos.

—Primero un beso.

—Jed…

Con su seductora boca impidió que Adora siguiera discutiendo. Se cerró sobre la de ella y al sentir la lengua de Jed, Adora pensó que se iba a derretir por dentro.

Cuando levantó la cabeza para mirarle se sentía tan débil, mareada y excitada como cada vez que estaba con él.

Jed retrocedió un poco y le tomó una mano.

—Vámonos —le dijo y echó a andar deprisa.

Adora tuvo casi que correr para poder seguirlo. Y así, riendo y tropezándose de vez en cuando llegó con él a su casa y se fueron derechos a la habitación del garaje.

En cuanto entraron empezó a besarla otra vez, contra la puerta

cerrada. De repente, se desabrochó los botones del vaquero, sacó un preservativo del bolsillo de atrás y se lo puso.

Le levantó la falda y le quitó las braguitas, tirándolas a un lado. Empezó a acariciarle los muslos, hasta que los tomó en ambas manos y la levantó. Adora dejó que entrara en ella entre gemidos de placer, con la espalda apoyada en la puerta y sujetándose con las piernas a la cintura de Jed, mientras murmuraba las palabras de amor que sabía que le gustaban.

Llegaron a la vez. Bastó que sintiera que él estaba a punto para que ella lo estuviera también. El placer fue tan intenso que casi perdió consciencia de la realidad que la rodeaba.

Un poco más tarde estaban los dos tumbados en la cama y Jed la empezó a besar dulcemente, mientras le desabrochaba los botones y le quitaba poco a poco la ropa. Adora respondió a sus besos, mientras le ayudaba también a desvestirse.

Terminaron los dos desnudos sobre la cama. La noche acariciaba sus cuerpos y los besos y abrazos comenzaron otra vez. Jed la besó en todos los sitios. Deslizó la boca hasta su corazón más secreto, mientras ella le sujetaba la cabeza y le acariciaba los largos y negros cabellos, dejándose besar allí, una y otra vez, con dulzura hasta que le llegaron las palpitaciones que precedieron al placer más absoluto.

La luz del día la despertó. Jed le tenía una mano bajo la cabeza y con la otra la abrazaba por la cintura. Largos mechones de pelo negro se entrelazaban con sus propios rizos castaños y tenía una de las piernas encima de sus muslos. Volvió la cabeza para mirar el reloj. Eran más de las siete.

—¡Oh, no!

—¿Qué? —preguntó Jed, estirándose.

Adora se deshizo de su abrazo y se levantó de la cama. Recogió toda su ropa y se la puso a toda prisa. Estaba terminando de vestirse cuando oyó una risa, procedente de la cama.

Le tiró una sandalia, sin querer darle, sólo para que dejara de reírse de aquel modo tan irritante, que iba en dirección a la pared, cuando él la alcanzó con facilidad.

Cuando la tuvo en sus manos la miró, fingiendo sorpresa y después la agitó delante de ella.

—Te van a pillar. Eres una niña mala y tu mamá te va a castigar.

Adora se puso la otra sandalia.

—Vamos, Ryder, me tengo que ir. Dame eso.

Jed levantó las cejas al mirarla y se retiró la sábana, para que pudiera ver su tatuaje… y su excitación.

—Cariño, ya sabes que me encantaría dártelo.

Adora sintió ganas de reír. Quiso acercarse a él y besarlo, pero se tenía que ir.

Le quiso quitar la sandalia, pero él no le dejó.

—¡Jed!

—Dilo.

—¡Jed Ryder!

—Venga solo una vez más. Despacito y con dulzura, como solo tú lo sabes hacer.

—Te quiero, Jed.

Le tendió la sandalia, pero cuando Adora fue a alcanzarla la agarró del brazo.

—¡Jed!

Empezaron a dar vueltas por la cama, riendo y besándose. Los besos se hacían cada vez más intensos.

—Jed, de verdad que me tengo que ir.

—Vale, vale —le pidió un último beso y la dejó marchar.

Adora se sentó en el borde de la cama y se puso la otra sandalia.

—Volveré dentro de una hora, más o menos.

—Ya lo sé.

Se inclinó sobre él para recibir un último beso y después echó a correr escaleras abajo.

Minutos más tarde entraba en su casa. En la cocina encontró a su madre, vestida con su bata azul acolchada, sentada a la mesa, esperándola.

Capítulo 8

Ya no podía hacer nada más que tratar de salir del aprieto lo más airosamente posible.

—Buenos días, mamá.

Lottie miró a su hija con indignación.

—No me lo puedo creer.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está Bob?

—Está durmiendo todavía y me alegro, porque no me gustaría que pudiera verte en este momento. Tienes todo el pelo despeinado y el vestido… me faltan las palabras. Ya sabes muy bien la pinta que tienes, ¿verdad?

Adora pensó que un poco de cafeína le vendría muy bien, así que se sirvió un poco del café que había preparado Lottie y después se sentó a la mesa, frente a su madre.

Lottie estaba furiosa.

—Te marchaste a escondidas para pasar la noche con él, ¿verdad?

Adora bebió un poco de café y se sintió reconfortada por su calor.

Dejó la taza de café en la mesa, preguntándose por qué no le había dicho la verdad a su madre la noche anterior. Habría aguantado entonces sus protestas, pero evitado así el enfrentamiento que estaban teniendo aquella mañana.

—¿Y la pobre Tiffany? —preguntó Lottie.

—Ella nunca lo sabrá, a no ser que se lo digas tú.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó su madre, visiblemente

ofendida—. Yo nunca haría nada semejante.

—Entonces no te tienes por qué preocupar por ella. —Adora bebió más café.

Lottie suspiró ruidosamente.

—Oh, Adora…

Adora dejó la taza de café de nuevo encima de la mesa, con más firmeza que la vez anterior.

—Déjalo ya, mamá. Te dije anoche que se trata de mi vida y vas a tener que dejarme vivirla a mi manera. —Pero no puedo soportar verte… Adora le interrumpió.

—Puedes aceptarlo o no, tú decides. Pero tengo un montón de cosas que hacer durante los dos días que quedan para la boda. ¿Has venido para ayudarme o para hacerme las cosas más difíciles?

—Yo…

—Mira mamá, vas a tener que escoger entre ayudarme aquí o marcharte a casa.

A Lottie empezó a temblarle la boca.

—¿Irme a casa? ¿Quieres decir antes de la boda?

—Sí, eso exactamente he querido decir.

—Pero, yo no…

—Sí, claro que lo entiendes. Te quiero, pero no deseo que te quedes si es para predecirme todo tipo de desventuras, darme la charla sobre cómo debo pasar mis noches… y ser desagradable con Jed a la mínima oportunidad.

Lottie meneó la cabeza.

—Bueno, yo no… no tenía ni idea de que… —Lottie se quedó mirando a su hija—. ¿No irás a echarme?

Adora respondió con sincera tristeza.

—Sí, si me obligas a ello.

Lottie se cerró la bata aún más.

—Yo sólo quiero ayudar.

—Muy bien.

—Y te quiero —descansó una mano sobre la mesa y se inclinó hacia Adora—. Y tú lo sabes.

—Sí, lo sé.

Lottie miró el fondo de su taza.

—Bob me dijo que no me metiera en esto.

Adora puso la mano sobre la de su madre.

—Deberías hacer caso a Bob.

Después de desayunar, Lottie y Bob llevaron a Tiff a Reno para que se comprara un vestido para la boda y además hicieron algunas compras que les había encargado Adora. Cuando regresaron, Lottie se encargó de comprobar que todo lo referente al banquete nupcial iba a estar preparado y revisó con el pianista las piezas musicales que iban a sonar durante la ceremonia.

Y aquella noche, durante la cena, Lottie trató de ser amable con Jed y como la noche anterior, Adora acompañó a Lottie y Bob a casa, pero esta vez Jed no le insistió en que regresara.

Pero lo hizo, un poco después de las diez, tras dar las buenas noches a sus invitados.

Se encontró la puerta del garaje abierta y la luz encendida. Jed tenía la cabeza metida bajo el capó del coche de Lola. Cuando se dio cuenta de que tenía compañía bajó el capó y cerró la puerta del garaje.

Se miraron. Adora estaba pensando en Lola.

—Tu madre tuvo ese coche muchos años. Hasta le puso un nombre.

—Ya me acuerdo.

—Sparkly —dijeron a la vez, y se echaron a reír.

Adora dijo:

—Ojalá estuviera aquí el sábado.

—Si estuviera aquí no nos casaríamos, ¿recuerdas?

Adora se sintió como una idiota.

—Ya lo sé, pero tú sabes lo que quiero decir.

—Sí, claro que sé lo que quieres decir.

Se quedaron en silencio. No le solían resultar incómodos los silencios con Jed, pero éste sí, porque transmitía la sensación de que quedaban cosas sin decir.

Adora tosió.

—¿Le pasa algo?

—¿Qué?

—Al coche.

—Parece que el carburador no funciona bien y además pierde aceite. Es un coche bastante bueno. Tal vez lo arregle para venderlo después.

—Tal vez Tiff lo quiera algún día.

Jed se encogió de hombros.

—Para cuando Tiff pueda conducir un coche ya podremos comprarle algo mejor.

Adora esperó a que fuera a lavarse las manos. Cuando regresó le acarició una mejilla. Percibió el olor a limpio de aquella mano y sonrió, pensando en la primera noche que pasaron juntos. Le parecía increíble que pudiera haber sido hacía menos de una semana.

—¿A qué se debe esa sonrisa?

Adora recorrió con los dedos una de las cremalleras de la cazadora de Jed.

—Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

Rozó la cruz de plata que colgaba del cuello masculino.

—En ti.

Jed le pasó la mano por la cintura.

Así me gusta.

Adora le miró a los ojos.

—¿Se ha ido ya Tiff a la cama?

—Sí.

Adora llevaba unos pendientes de esmalte con forma de margaritas. Se los quitó uno a uno y se los metió en un bolsillo de la cazadora.

Entonces con la mano que tenía libre le empezó a acariciar el cabello.

—¿Qué le hiciste a tu madre?

—Tuvimos una pequeña charla esta mañana.

—Le marcaste el límite, ¿verdad?

—Sí.

Le besó la punta de la nariz.

—Me gustan las mujeres que saben marcar los límites.

Se puso de puntillas y se frotó la mejilla contra la barba de Jed, estremeciéndose con la sensación de cosquilleo que le provocaba.

—Vaya, gracias.

—De nada.

Adora volvió la cabeza un poco y sus labios se encontraron, dulcemente.

—Ummm…

Jed le mordió el labio inferior y luego se lo soltó.

—¿Adora?

—¿Sí?

—Hoy, en el trabajo, he oído decir algo a Spike, uno de mis hombres.

Adora dio un paso atrás.

—¿Qué pasa? ¿Conoces a Spike?

—Sí —admitió, muy a su pesar.

Adora hizo una mueca.

—El invierno pasado trató de ligar conmigo en un bar y lo rechacé. Estaba con Cat, cuando todavía no era novia de Dillon. Lo amaba, pero no quería admitirlo. Bueno, pues como Spike no me dejaba en paz decidió defender mi honor y se enfrentó a él.

Jed silbó con admiración.

—¿Con Spike? Pero si es tres veces más grande que tu hermana. ¿Y qué pasó?

Dillon apareció de repente y como resultó que Spike y su amigo Dooley le conocían decidieron no pegar a mi hermana. Dillon les invitó a una ronda y se fueron a la barra con él.

—¿Te ha molestado desde entonces?

—¿Spike? —Le había pillado una o dos veces mirándola en la calle, pero no podía llamar a eso molestarla—. No, en absoluto. ¿Y qué es lo que te ha dicho hoy?

—Si te molesta, dímelo.

—Te prometo que lo haré. Y ahora dime qué es lo que te ha dicho.

—Me dijo que la noticia de la boda se ha extendido. Sólo quería prevenirte.

—¿Prevenirme?

—Sí, podría haber motoristas en la ciudad. Muchos.

—¿Por qué te vas a casar?

—Sí.

—¿Es algo que acostumbren a hacer los motoristas? ¿Asistir a bodas?

De repente, pareció incómodo.

—Supongo que depende de qué bodas.

—¿Entonces, por qué en la tuya?

—Adora…

—Venga, dímelo.

—Es algo que los motoristas que me han conocido no se esperan de mí, eso es todo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque juré que nunca perdería mi libertad, que ninguna mujer conseguiría atarme —rió de nuevo—. Supongo que todos quieren ver quién es la mujer que ha convertido en un mentiroso al Jinete de Medianoche.

—¿Qué harán?

—No mucho.

Adora le pareció preocupada y Jed trató de tranquilizarla.

—Darán vueltas por la ciudad, se tomarán unas cervezas en su bar favorito y después nos escoltarán tras la boda.

—¿Nos escoltarán?

—Sí, una escolta de motoristas. Harán filas dobles detrás de nosotros.

—Mi madre enloquecerá.

Probablemente —la idea parecía gustarle.

—Tenle un poco de cariño a mi pobre madre.

—Sí —gruñó—, como el que ella me tiene a mí.

Adora fingió enfadarse.

—No te mereces que te quieran, Jed Ryder. Eres m-a-l-o.

La agarró y la apretó contra su pecho.

—Vámonos arriba y te enseñaré lo malo que puedo ser.

Se acurrucó contra su cuello.

—Lo sé. Cuento con ello.

—No me gustaría decepcionarte.

—Seguro que no lo harás. No lo has hecho todavía.

—Bésame.

Lo hizo antes de subir por las escaleras que daban a la habitación de Jed.

* * *

Al día siguiente era viernes, la víspera de la boda.

Adora había cerrado el salón y Jed también planeaba quedarse en casa. Habían pensado en aprovechar ese día para estar con la familia y ultimar los preparativos de la boda. Y después de la boda se marcharían tres días de luna de miel a Tahoe. Lottie y Bob se habían ofrecido gustosos a cuidar de Tiff hasta que ellos regresaran.

Desayunaron todos en casa de Jed. De vez en cuando, a lo lejos oían el rugido de una Harley.

—Dios mío —dijo Lottie, mientras ponía azúcar en su tostada—, parece que esta mañana hay muchos motoristas por ahí, haciendo ruido.

Adora no se atrevió a mirar a Jed por miedo a que le diera un ataque de risa.

Deidre, la tercera de las hermanas, después de Adora y Cat llegó con su marido, Edie y sus tres hijas, un poco antes de las diez.

Phoebe, su marido y sus dos hijos llegaron poco después. Se iban a alojar en la gran casa que Dillon y Cat poseían en la ciudad, pero por el momento se encontraban en casa de Jed, que nunca había estado tan llena de gente.

Hubo algunos momentos un poco violentos, sobre todo cuando Adora presentó a Jed a Phoebe y Deidre. Ambas le miraron con desconfianza, hasta que vieron que su madre parecía haberlo aceptado, entonces se relajaron y decidieron pasárselo lo mejor posible.

Los niños de Phoebe se pusieron a jugar con las hijas de Deidre, y la casa se encontraba inmersa en un alegre bullicio cuando el timbre de la puerta sonó y Jed fue a abrir. Adora pensó que serían Cat y Dillon, pero al abrir se encontraron con Morton Laidlaw.

Capítulo 9

Adora corrió al lado de Jed.

—Yo, um, ¿podría hablar contigo un momento a solas? —Miró a Adora—. Tal vez deberías estar presente tú también, querida.

—¿De qué quieres que hablemos? —Jed habló con calma, como siempre, pero la hostilidad se reflejaba claramente en su voz.

Se oyó reír a Tiff en la cocina y Adora pensó que se preocuparía si veía a Morton. Tocó a Jed en el brazo.

—¿Sí? —La miró.

Adora le hizo una seña con la cabeza, con la que quería indicarle que la casa estaba llena de familiares.

—¿Por qué no salimos al porche?

—Bien —salieron todos al porche y Adora cerró la puerta tras de ella.

—Bueno, di lo que tengas que decir.

Morton se frotó nervioso la barbilla y después se pasó la mano por la calva.

—Yo, bueno, hay algo que quiero que sepáis.

—¿El qué?

—Bueno, me siento en parte responsable por lo que pasó cuando Dawn y tú estabais en el instituto —se pasó la lengua por los labios, resecos de repente—. Debería haber intervenido porque sabía, al igual que el resto de la gente que Dawn te quería. Pero temía a mi mujer y le permití que asustara a la pobre Dawn para que te acusara de un acto que no habías cometido y después permití que Charity llamara a la policía y te llevaran arrestado.

Jed frunció el ceño.

—No entiendo adónde quieres llegar.

Morton tosió un par de veces y se volvió a frotar la barbilla. Le tembló la mano.

—Estoy intentando deciros que sé que tengo parte de culpa en lo que hizo Charity. Y Dawn, bueno, siempre se ha sentido fatal por lo que te hizo.

Jed rió con ironía.

—No me digas.

—Es verdad —protestó Morton—. Siempre ha deseado poder enmendar su error y por eso se ha quedado en la ciudad desde el funeral de tu madre.

—¿Para hacer qué?

—Para ayudarme a convencer a Charity de que abandonara esa estúpida idea del pleito por la custodia de Tiff. Dawn y yo pensamos que es injusto. Si la niña desea quedarse contigo, no se debería permitir a Charity que la apartara de tu lado.

Por supuesto no es una persona fácil de convencer, pero no nos hemos dado por vencidos y al final lo hemos conseguido.

Jed parpadeó.

—¿Que habéis qué?

—Hemos conseguido que Charity retire la demanda de custodia. Dentro de poco recibirás una llamada de Wanda Spooner. Wanda os dirá que ya no habrá batalla legal por la custodia.

Adora no podía creer lo que oía.

—¿De verdad es cierto?

—Sí —dijo Morton.

Jed no parecía muy convencido.

—Nadie es capaz de conseguir que Charity Laidlaw dé marcha atrás cuando se empeña en algo.

Morton parecía triste.

—No fue fácil. Al final hasta tuve que amenazarla con el divorcio, si seguía empeñada en seguir adelante. Y por supuesto si me divorciaba de ella, tenía pocas posibilidades de ganar el pleito para convertirse en tutora de la niña —dijo, con una sonrisa triste —. ¿No os parece?

—Vamos, nunca harías tal cosa —aseguró Jed.

—Lo haría, si fuera necesario.

—Por alguna razón estoy empezando a creerte.

—Lo creas o no es verdad. Francamente, lo que menos deseo a mi edad es una desagradable batalla legal, que podría culminar con la custodia de una niña que no desea vivir en mi casa. He trabajado muy duro para mi jubilación y planeo disfrutarla. Así que me habría divorciado de Charity si hubiera insistido en seguir con esto.

—Entonces es seguro que no va a iniciar un proceso judicial, ¿verdad?

—Eso es. Nuestro abogado ya lo sabe. Dawn ha regresado a Santa Barbara y Charity está muy enfadada conmigo. —Morton suspiró y dejó caer un poco sus estrechos hombros—. Pero eso no es nada nuevo. De hecho, al fin y al cabo tal vez el divorcio sea la mejor solución para nosotros —por un momento los ojos vidriosos de Morton miraron a la lejanía con tristeza. Volvió a suspirar y movió la cabeza—. He dicho más de lo que debía —miró a Jed, luego a Adora y después otra vez a Jed—. Me doy cuenta de que estáis muy ocupados, pero pensé que desearíais saberlo lo antes posible. Además siempre he pensado que os debía una disculpa.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Jed miró largamente al hombre y después le tendió la mano.

—De acuerdo. Gracias.

—Mucha suerte —dijo Morton, al tiempo que se la estrechaba—. Para los dos.

Jed y Adora permanecieron en el porche hasta que Morton arrancó el coche y desapareció de su vista. Dos motoristas aparecieron sobre sus flamantes Harley, y al ver a Jed lo saludaron, levantando los puños. Jed levantó la mano e hizo lo mismo, en respuesta.

Después miró a Adora.

—¿Qué piensas de lo que nos ha dicho Morton?

—Parecía sincero.

—Me gustaría creer en él.

—¿Pero?

—Pero no puedo evitar preguntarme si hay algún tipo de truco.

—Podríamos llamar a Wanda —sugirió Adora—, pero no hay privacidad en la casa. Llamemos desde tu habitación.

—Buena idea —le agarró la mano y bajaron las escaleras, para

dirigirse al garaje.

Una vez en la habitación marcaron el número de Wanda. Adora esperó, nerviosa, a que Jed explicara a la asistente social lo que le había dicho Morton, deseando poder oír el final de la conversación.

—Muy bien, gracias —terminó diciendo Jed y colgó.

Casi antes de que dejara el teléfono, Adora le preguntó:

—¿Y bien?

—Wanda dice que no sabe nada.

—¿Y ahora qué pasa?

—Ha prometido llamar al abogado de Charity y después ponerse en contacto con nosotros.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Quién sabe. Con un poco de suerte media hora, o si el abogado está ocupado hasta la semana que viene nada. Lo único que prometió fue informarnos de lo que averiguara, en cuanto supiera algo.

—O sea que tendremos que seguir soportando el suspense.

Jed la abrazó y la besó en la cabeza. A Adora le agradó sentir su contacto, así que se apretó contra él, con una sonrisa.

—Escucha, volvamos a casa, porque si seguimos aquí, alguien terminará por venir a buscarnos.

—Tienes razón. —Adora levantó la cabeza y Jed la besó ligeramente en los labios—. Vámonos.

Volvieron a bajar las escaleras y entraron en la cocina, donde los niños jugaban en el suelo y Tiff estaba ayudando a Lottie a hacer galletas. Les sonrió al verlos entrar.

—¿Qué estáis haciendo?

—No mucho —respondió Adora, con una sonrisa radiante.

—Entonces poneos a trabajar.

—Hasta luego —murmuró Jed y se marchó a la salita con los demás hombres.

De repente se volvieron a oír rugir motores de Harley Davinsons.

—¡Otra vez! —exclamó Lottie—. No hacen más que pasar motos. Os aseguro que me están volviendo loca.

—He visto un montón de ellas aparcadas en Bridge Street y delante del centro comercial —comentó Phoebe, sentada a la mesa con su hijo en brazos—. Lizzie me dijo que habían venido a la boda.

—¿Cómo? —preguntó Lottie, con asombro, dejándose caer en

una silla.

Adora se dio cuenta de que había llegado el momento de las explicaciones, pero no sabía por dónde empezar.

—No hay razón para preocuparse, mamá. Los motoristas han venido para mostrar sus respetos a Jed el día de la boda.

—Dios mío, mi hija va a tener una de esas bodas de motoristas, ¿verdad?

Adora se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Mamá, son inofensivos. Te lo aseguro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Jed me lo ha explicado todo.

—Sí, seguro que lo ha hecho.

—Escucha, no te puedes creer todas esas viejas historias sobre motoristas. Esos chicos sólo han venido para divertirse un poco.

—Eso era lo que me temía que dijeras.

—Mamá, todo va a ir bien.

Lottie suspiró.

—Eso espero. De verdad.

—Ya lo verás. Andarán por ahí. Gastarán dinero y harán felices a los comerciantes. Y tras la boda nos escoltarán hasta que salgamos de la ciudad.

—¿Cómo?

—Irán detrás de nosotros cuando nos marchemos a Tahoe. Serán muchos e irán en doble fila para mostrar sus respetos a Jed, como ya te he dicho.

Lottie movió la cabeza.

—¿De verdad va a pasar eso?

—Vamos, mamá.

—¿Me traes dos aspirinas?

Adora besó a su madre en la mejilla.

—Claro que sí —encontró las dos aspirinas y se las dio a Lottie, después siguió ayudando a Tiff con las galletas, hasta que, de repente, sonó el teléfono.

Phoebe, que se había levantado de la mesa para servirse un poco de café, fue a responder.

—¡No lo toquéis! —Adora no se dio cuenta de que estaba gritando hasta que vio que todos en la cocina se le habían quedado mirando—. Yo responderé —terminó diciendo, un poco

avergonzada—. ¿Diga?

—Hola, Adora.

—¿Sí?

—Soy Wanda Spooner.

Jed acababa de entrar en la cocina y se puso a su lado.

—¿Podría hablar con Jed?

—Sí, claro. —Adora le pasó el teléfono.

—Sí —dijo con cautela. Escuchó todo lo que le dijo Wanda y después murmuró—: Sí gracias. Muchas gracias —y colgó.

Miró a Adora que puso los ojos en blanco, indicándole que no tenía por qué decir nada que no quisiera que oyeran los demás, que en ese momento le estaban mirando con interés. Jed se quedó callado.

El silencio se empezaba a hacer insufrible, hasta que Lottie, que no podía más preguntó:

—¿Qué está pasando?

Jed miró a Adora, deseoso de que le echara una mano, pero tenía la mente completamente en blanco, así que Jed se vio forzado a valérselas él sólo delante de la madre de Adora y a sonreír, mostrando toda la calma que pudo.

—No pasa nada, Lottie, nada en absoluto.

—¿Quién era?

—¿Cómo?

—La persona del teléfono.

—Ah, la del teléfono.

Lottie se limitó a mirarlo, meneando la cabeza.

—Era… era un amigo —respondió aturullado—. Un amigo que quería, eh, pedirme prestada una manta.

—¿El qué?

Jed desvió la mirada, agobiado.

—Eh, tal vez te hayas dado cuenta de que hay muchos motoristas en la ciudad.

—Como para no darme cuenta.

—Bueno, pues uno de ellos es un viejo amigo mío.

—¿Y?

—Va a dormir en el *camping* y se le ha olvidado traer el saco de dormir, así que me ha llamado desde un bar preguntándome si podría ayudarlo. —Jed miró a Adora, dándose cuenta de lo malo

que era mintiendo—. Adora, ¿puedes venir conmigo a buscar la manta?

—Por supuesto Jed.

Y antes de que Lottie pudiera volver a hablar, salieron de la cocina camino del garaje.

Una vez en la habitación de Jed, Adora cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Y bien?

Jed respiró, profundamente.

—Es oficial.

Adora sintió una tremenda opresión en el pecho.

—¿El qué?

—Que Charity ha retirado la demanda de custodia.

Capítulo 10

Adora no se lo podía creer.

—No…

—Sí —dijo Jed, sonriendo. Adora no cabía en sí de gozo, además Jed la había agarrado de la cintura y estaba dándole vueltas, besándole en la cara, en el pelo, la garganta, la barbilla—. Sí, sí, sí —murmuró entre besos.

Se abrazó a su cuello, le rodeó la cintura con las piernas y se sujetó así a su cuerpo, riendo como una tonta, de pura alegría, mientras él seguía dándole vueltas. El mundo empezó a dar vueltas como loco a su alrededor.

Y entonces, de repente, se detuvo. Adora le miró, un poco mareada y riendo todavía.

—Adora —le dijo, mordiéndole con ternura el labio inferior.

—¡Oh! —suspiró ella, al sentir la lengua de Jed.

Había cambiado su sonrisa. Ahora era esa sonrisa íntima que ella había llegado a conocer tan bien. Empezó a temblar de emoción, sin poder evitarlo, transformándose en aquella traviesa criatura que parecía haber nacido para hacer el amor con él.

Trató de detener aquello, antes de que fuera demasiado tarde.

—No podemos. La familia…

—Bésame —sus bocas estaban muy cerca y la tenía muy apretada contra él, tanto que podía notar perfectamente cuánto la deseaba.

—Jed, te estoy hablando en serio.

—Yo también.

—Todos se estarán preguntando qué estamos haciendo —intentaba mostrarse firme, sin conseguirlo.

Jed se echó a reír y apretó hacia arriba las caderas, contra la suavidad femenina.

—Déjalos que piensen lo que quieran.

Adora gimió al sentirlo, pero trató de mantener la calma.

—No es… —¿Qué?

—Demasiado correcto por nuestra parte.

Se volvió a echar a reír y empezó a rozar su boca contra la de Adora, haciéndola arder de deseo.

—Alguien… —Por un momento, sentir los labios masculinas contra los suyos, le impidió pensar con claridad, pero poco después se recuperó y trató de terminar la frase—… vendrá a buscarnos.

La llevó hasta la puerta y echó el cerrojo.

—Oh, Jed…

—No tardaremos mucho. Di que sí.

—Sí —se le escapó, sin que pudiera evitarlo.

Y ya no había manera de detener aquello. Jed la llevó a la cama y la desnudó poco a poco, hasta que toda su ropa terminó en el suelo y ella completamente desnuda.

Se puso encima de ella y la miró con aquellos ojos plateados suyos, tan hermosos.

—¡Que día tan fabuloso!

—Sí que lo es —asintió Adora, radiante de felicidad.

—Eres tan hermosa —le acarició los pechos—. Eres una mujer suave, la más suave que he conocido —se inclinó hacia ella y le besó entre las cejas. Después empezó a acariciarle con un dedo, hasta llegar a su vientre.

Gimió de placer y después le recordó con timidez.

—Todavía no te has quitado la ropa.

—Ya lo sé —le besó en la nariz.

—Bueno, ¿te la vas a quitar?

—¿Quieres que me la quite?

Ella asintió.

Se echó hacia atrás y la contempló.

—Tus deseos son órdenes.

Se empezó a desabrochar el cinturón y después se lo quitó. Lo agitó en el aire sobre su cabeza y lo tiró encima de la ropa de

Adora. Después se llevó las manos a la cinta que le sujetaba el pelo y se lo soltó. Movió la cabeza y sus negros cabellos le cayeron sobre los hombros. Todavía llevaba puesta la camiseta, pero no tardó en quitársela, hacerla una bola y tirarla con el resto de la ropa.

Adora estaba tumbada a su lado, contemplándolo y pensando que le encantaba mirarlo. Era tan alto, tan musculoso y salvaje, con aquella cruz de plata, brillándole en el pecho y esos cabellos negros cayendo sobre sus poderosos hombros.

Se tocó el botón superior de los pantalones y, de repente fingió ponerse serio.

—¿Sabes que no me vendría mal que me echaras una mano?

Adora abrió mucho los ojos.

—¿Qué te ayude yo?

Asintió muy despacio.

—Sí.

Se sentó con la misma lentitud y los dos se miraron, con detenimiento.

Adora le ayudó.

Soltó uno a uno todos los botones de sus desgastados vaqueros y le ayudó a bajárselos.

Entonces vio su tatuaje.

Lo tocó y le besó en la parte más íntima que una mujer puede besar a un hombre.

Jed murmuró el nombre de Adora en un gemido y ella intensificó su beso.

Adora sintió la mano de Jed en su nuca, guiándola, reteniéndola en el momento en que sentía mayor placer. El cuerpo masculino se movía tratando de acercarse más a la boca de Adora, para que intensificara su beso. Siguió amándolo de aquel modo, apretando sus duras caderas para apoyarse en ellas, sin querer parar.

Pero, de repente, enredó los dedos en los cabellos femeninos obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Adora no pudo reprimir un gemido al dejar de sentir el sedoso contacto de la piel masculina en su boca.

Sus ojos llameaban. La estaban abrasando.

—Te quiero ahora mismo. No puedo esperar más —su voz era gutural, como si el sonido que salía de su garganta lo emitiera un enorme y poderoso animal.

Lo único que Adora pudo hacer fue asentir.

Todo sucedió muy deprisa. La empujó hacia abajo y la penetró con la rapidez de un rayo. Todavía llevaba puestos los vaqueros y las botas y a ninguno de los dos les importó.

Estaba muy excitada y la llenó por completo con facilidad. Adora suspiró, sorprendida. La ligera fricción de la tela de los pantalones no hacía más que aumentar su placer, hacer que lo sintiera entrar y salir con más intensidad.

Jed la penetró profunda, lentamente y Adora le recibió entregándose por completo, levantando las piernas para abrazar con ellas la musculosa espalda masculina.

Se amaron sin prisas. Hicieron el amor de la mejor, de la forma más intensa, como había ocurrido siempre desde que estaban juntos. Adora seguía perfectamente el ritmo que le marcaba Jed y añadía el suyo propio, olvidándose al final de dónde terminaba su cuerpo y empezaba el de Jed. Sintiéndose en completa comunión con él.

Y al final gritaron al unísono y juntos sintieron un placer tan intenso que pensaron que el mundo estaba a punto de desintegrarse.

Un poco más tarde ella le recordó con suavidad:

—Deberíamos volver con los demás.

—Umm… sí.

Pero ninguno de los dos se movió. Tumbados el uno al lado del otro, Adora volvió la cabeza para mirarlo y vio que estaba mirando al techo. De repente la miró.

—Me quiero dar una ducha rápida —pero antes de que pudiera levantarse, Jed la agarró por el brazo.

Adora le miró, sorprendida.

—¿Qué?

La palma de su mano se deslizó por el brazo de Adora hasta llegar a enlazar sus dedos con los de ella.

—Me he portado como un idiota. No he usado nada.

Adora frunció el ceño, sin comprender lo que le decía.

—No he usado protección —le dijo él.

Entonces lo entendió todo y se mordió el labio, preocupada.

—Oh, ni siquiera pensé…

—Yo tampoco —le apretó la mano, y después se la llevó a los labios y se la besó—. Dime, ¿qué piensas de los bebés?

Adora tragó saliva.

—¿De los bebés?

—Adora, lo que acabamos de hacer, podría crear un bebé.

—Bueno, ya lo sé —le respondió, a la defensiva.

—Nunca hemos hablado de eso, de los bebés.

Adora pensó en sus hermanas y su madre que estarían en la cocina pensando qué demonios estaban haciendo ella y Jed, para tardar tanto tiempo.

—Jed. Mi familia… —señaló a la puerta, con la mano que no le tenía sujeta—. De verdad creo que deberíamos irnos.

Jed se limitó a mirarla, largamente.

—Déjame decírtelo de otro modo. Quiero tener hijos. Los quiero tener contigo. ¿Tú también lo deseas?

—Jed, no es el momento de hablar de eso.

De repente se quedó en silencio, y cuando volvió a hablar, Adora nunca se habría esperado lo que dijo.

—¿Quieres que lo anulemos?

Adora pensó que el corazón se le iba a detener.

—¿Cómo?

—Piensa un poco. Charity ya no es un impedimento para que Tiff se quede conmigo, esté casado o no.

Adora pensó que el corazón se le salía del pecho.

Jed se impacientó con su silencio.

—¿Me estás siguiendo?

Adora se obligó a sí misma a responder.

—Por supuesto que puedes cancelar la boda. Yo… no había pensado en ello. Hasta ahora.

—¿Entonces es eso lo que quieres? ¿Cancelarla?

—Yo… —Tenía la mente en blanco—. ¿Y tú?

—¿Qué demonios crees? —Sus ojos se habían oscurecido como las nubes antes de una tormenta—. Acabo de decirte que quiero tener hijos contigo —volvió a mirar al techo, mientras levantaba las caderas de la cama y se subía rápidamente los vaqueros, abotonándolos con rabia. Después la volvió a mirar—. ¿Es como para que creas que quiero cancelar la boda?

—Jed…

—Respóndeme —se apoyó en un hombro para confrontarla—. ¿Es como para que creas que la quiero cancelar?

Un poco asustada por la brusquedad de su tono de voz, respiró profundamente y respondió muy bajito:

—No, no, supongo que no.

—No lo entiendes. Te niegas a entenderlo.

—¿El qué?, dime, ¿el qué?

Jed no dijo nada, sólo se le quedó mirando.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

Se puso muy rígido y entonces, de repente, su ataque de rabia cesó, con la misma rapidez con que había empezado. Volvió a tumbarse en la cama, sin mirarla, con la cabeza vuelta hacia la ventana, en el momento en que pasaron varias motos.

—¿Jed? —Se atrevió a tocarle el hombro.

No respondió, siguió mirando hacia la calle. El sonido de las motos se perdió en la lejanía.

—Jed…

Siguió sin responderle. Sin saber qué hacer, se bajó de la cama y recogió su ropa del suelo.

Mientras estaba sacudiendo el vestido, Jed volvió a mirarla. En un gesto de autoprotección Adora se apretó la prenda contra el cuerpo, pero entonces vio sus ojos. Al ver que ya no parecía enfadado se relajó un poco.

Habló un poco titubeante.

—Sería mejor para Tiff que tú y yo siguiéramos juntos.

Sí, por supuesto —se apresuró a corroborar—, sería mucho mejor para Tiff que fuéramos una familia —no conseguía averiguar lo que estaba pensando. Parecía tan serio.

Y ella se sentía tan confusa. Necesitaba tiempo para pensar en aquello, con profundidad.

Sin embargo, a pesar de sus dudas, continuó balbuceando:

—Sería muy duro para Tiff que después de la muerte de su madre, anuláramos la boda, de repente, ¿no te parece?

Jed se bajó de la cama y alcanzó su camiseta.

—Sí, ya he dicho que creo que sería muy duro para ella. Pero sinceramente, nada comparado con lo que habría sido que tuviera que vivir con Charity, así que si te quieres echar atrás no te preocupes que sobrevivirá.

Adora permaneció donde estaba, apretando el vestido contra su cuerpo, tratando de decidir lo que hacer.

Aunque ya no existía la razón que había motivado la boda, no podía pensar ni por un momento en cancelarla. Supondría enviar a todos los invitados a casa, y que las cosas volvieran a ser como eran. Se veía de nuevo sola en su coqueto apartamento, ocupándose de su salón de belleza y saliendo algunas noches con Lizzie. Por no pensar siquiera que tendría que seguir recibiendo interminables llamadas de su madre, tratando de aconsejarla cómo atrapar al hombre perfecto.

Jed tenía ya los brazos en las mangas de la camiseta, pero en vez de metérsela por la cabeza estaba mirando a Adora.

—¿Y bien?

Adora se dio cuenta de que tenía que decir algo.

—Bueno, creo que… deberíamos seguir adelante —dijo, aliviada por haber tomado al fin una decisión.

Jed no dijo nada.

—Deberíamos seguir adelante por el bien de Tiff —se apresuró a añadir.

Se quedó mirándola un momento y después dijo:

—Muy bien —se terminó de poner la camiseta y después tomó el cinturón y empezó a metérselo por las trabillas.

Fuera se oyeron rugir los motores de más motos. Adora estaba a tan sólo unos metros de Jed y le parecía que estaba a kilómetros. Quiso tocarlo, asegurarse de que la distancia que sentía entre ellos no era más que una ilusión. Pero no se atrevió y tampoco tenía tiempo en aquel momento.

Murmuró:

—De verdad que tendríamos que regresar.

La miró, irritado.

No soy yo el que se ha quedado ahí plantado, desnudo —le dijo con sarcasmo, consiguiendo herirla.

Debió de leerse en su cara el daño que le había hecho, porque su expresión se suavizó un poco. Aspiró profundamente y dejó que el aire se escapara de sus pulmones muy despacio.

—Lo siento, pero no me entusiasma mucho la situación en que nos encontramos, con toda esa gente ahí abajo, cuando lo que necesitamos es estar solos para tratar de resolver esto.

Adora hizo un amago de sonrisa.

—Seguiremos hablando esta noche, después de atender a

nuestros invitados. Te lo prometo.

—De acuerdo.

—De verdad necesitaría una ducha —le dijo, tímidamente.

—Nadie te impide que tomes una —le respondió, mientras se agachaba a recoger la cinta con la que se sujetaba el pelo.

Adora se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

—¿Me esperarás?

Jed miró a donde ella le había tocado y luego a sus ojos. Una oleada de calor les recorrió como siempre que se rozaban.

—Esperaré, pero no tardes.

—No te preocupes.

Se marchó al baño y se lavó sin mojarse la cara, ni el pelo. En menos de cinco minutos estaba vestida y lista para salir.

Cuando regresó a la habitación, Jed estaba sentado en una silla, con el pelo ya recogido. Se dio cuenta de que había arreglado la cama.

—¿Lista?

Ella asintió.

Jed se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

* * *

Toda actividad se detuvo cuando aparecieron en la cocina.

Lottie acababa de meter una bandeja de galletas en el horno.

—Bueno —cerró la puerta del horno y se quedó mirándolos—. Sí que os ha llevado tiempo. —Lottie esperó un momento a que alguno de los dos le diera una explicación, pero como ésta no llegaba, preguntó—: ¿Ya os habéis ocupado de aquello?

Jed frunció el ceño.

¿Ocuparnos de qué?

—De la manta. ¿Habéis encontrado esa manta para tu amigo?

—Oh. —Jed se encogió de hombros—. Cambió de idea. Ya no la necesita.

—Pero…

Phoebe que estaba al lado de Lottie le dio un codazo en las costillas y murmuró:

—Ma-dre…

Se oyó rugir el motor de otra Harley en la calle.

Lottie se puso el dorso de la mano contra la frente.

—Vale, vale. No entiendo lo que está sucediendo a mí alrededor. De todos modos sólo Dios sabe por qué intento entenderlo.

Adora sintió el roce de la mano de Tiff en su hombro.

—Eh, chicos, ¿estáis bien?

Adora consiguió sonreír.

—Sí, muy bien.

—Sí —murmuró Jed—. Estamos bien.

Se oyeron más motos, que esta vez pasaron muy cerca. Deidre que estaba al lado de la ventana dijo:

—Son dos, y han parado en la puerta del jardín.

Los dos motores cesaron al unísono y se hizo el silencio.

Adora miró a Jed, inquiriéndole con la mirada de quién se trataba, pero él le hizo un gesto de que no lo sabía.

Desde la ventana, Deidre dijo:

—Se están quitando los cascos. ¡Oh, no, no me lo puedo creer!

—Por el amor de Dios, ¿qué ocurre? —preguntó Lottie.

—¡Son Cat y Dillon!

Todos salieron a recibir a Cat y Dillon, subidos cada uno en una enorme moto negra y roja de competición y vestidos los dos de cuero negro.

Cat rió y sacudió su melena rubia, al tiempo que se bajaba de la moto.

—Dillon dijo que habría motoristas por todas partes.

—Sí —corroboró Dillon—, así que pensé que sería buena idea que viniéramos nosotros también en moto, en honor al acontecimiento —se bajó, con dificultad, debido a viejas lesiones y dejó el casco enganchado en la moto, como ya había hecho Cat.

Jed se adelantó y les ofreció la mano.

—Bienvenidos.

Dillon murmuró.

—Felicidades, chico.

—Gracias —los dos hombres se estrecharon la mano.

Cat tendió los brazos a Adora.

—Ven aquí.

Adora corrió a ella, suspirando cuando sintió el abrazo de su hermana mayor.

—Estoy tan contenta de que hayas venido.

—Yo también —le respondió Cat, al tiempo que se separaba de ella.

Por un momento las dos hermanas se quedaron mirándose. Cat frunció el ceño y Adora se dio cuenta de que su hermana había captado toda la ansiedad que la agobiaba y estaba intentando ocultar con todas sus fuerzas.

—¿Adora? —Cat dijo su nombre con mucho cuidado—. ¿Qué te pasa?

Adora no la dejó terminar.

—¡Oh, las galletas están en el horno! Mamá las ha estado vigilando, pero en realidad son tarea mía.

—Pero…

Adora corrió a la cocina. Ya estaba sacando las galletas cuando entraron las demás mujeres.

Le bastó mirar por la ventana para darse cuenta de que Jed y Dillon estaban hablando de motos de carreras y que no tardarían mucho en ir al garaje para que Jed contara a su futuro cuñado las modificaciones que había hecho en su Harley. Al verlos hablando tan animadamente casi se olvidó de la angustia que sentía cada vez que pensaba en que la boda ya no necesita celebrarse.

Pero entonces, cuando volvía a ocuparse del horno, su mirada se cruzó con la de Cat y volvió a llenarse de angustia. Quería hablar con Cat, porque siempre la había entendido y nunca había tratado de juzgarla.

Sin embargo sabía que con quien debía hablar era con Jed. Y lo haría. Aquella misma noche, después de que todos se hubieran ido a la cama. Entonces lo solucionarían todo. Sólo tenía que esperar un poco.

Así que evitó a Cat. Se mantuvo alejada de su hermana mayor durante la comida y en la iglesia, donde tuvo lugar un pequeño ensayo de la boda.

Durante la comida y el ensayo, Adora tuvo la impresión de que Jed procuraba no mirarla, y cuando estuvieron frente al altar donde al día siguiente se harían las promesas de matrimonio, sus ojos no se encontraron. Y tampoco la tocó.

No era que tuviera que hacerlo, porque aquello solo era un ensayo, pero no era normal en él, que normalmente aprovechaba

cualquier oportunidad para tocarla, lo mismo que ella a él. Aquellos roces no eran tanto lujuriosos como afectuosos, por ejemplo le ponía el brazo sobre el hombro o le acariciaba la mano al pasar. Nunca se había parado a pensar en la dependencia física que había surgido entre ellos. Hasta entonces en que había dejado de existir.

Cuando bajó del altar, Adora pilló a Cat mirándola otra vez, con el ceño fruncido, mostrando una evidente preocupación.

Adora apartó la mirada de su hermana y se obligó a sonreír, diciéndose a sí misma que todo iba a ir bien.

Cuando regresaron a casa, los hombres se pusieron a jugar a las cartas.

Todos parecían sentirse cómodos. Jed incluso había cambiado las botas por unos mocasines, como solía hacer para estar en casa. Dillon se quitó las suyas y se quedó en calcetines.

Phoebe y Deidre acostaron la siesta a los niños en la habitación de Lola y todas las mujeres se sentaron en la cocina a charlar y reír delante de un té helado. Todo el mundo parecía contento.

Y A Adora le había empezado a doler la cabeza.

Lottie le tomó las manos entre las suyas.

—Cariño, ¿por qué no vas a acostarte un poco?

—Pero, mamá…

—Venga, llevas dos semanas trabajando como loca. Te mereces unos minutos de descanso.

Adora miró a su alrededor. Todo parecía en orden.

—Sí, creo que iré a tumbarme un rato.

—Sí, venga —le insistieron sus hermanas.

Así que se fue a la habitación del garaje. En el cuarto de baño encontró unas aspirinas y se tomó dos. Entonces volvió a la habitación de Jed, se quitó las sandalias y se tumbó en la cama.

De repente se encontró a sí misma mirando las botas de Jed, colocadas al lado de la silla. Debía haberlas dejado allí, cuando se cambió de calzado. Cerró los ojos.

Se estaba quedando dormida cuando oyó llamar a la puerta. Suspirando, se levantó y fue a abrir.

—¿Sí?

—Hola —era Cat.

Las dos hermanas se miraron.

Y Adora no pudo seguir fingiendo.

—¡Oh, Cat…! —gimió.

Cat entró, cerró la puerta y se acercó a la cama. Se sentó al lado de Adora y le puso el brazo sobre los hombros. Adora dejó escapar un suspiro y se abrazó a su hermana mayor.

Cat le apretó el hombro.

—Muy bien, ¿qué ocurre?

—En realidad no debería…

—Claro que deberías. Soy tu hermana. Cuéntame lo que pasa.

Adora se puso más derecha y miró a su hermana a los ojos.

—Estoy… bueno, me encuentro bastante confundida.

—¿Qué te hace sentir así?

—Todo.

—Explícamelo.

Adora abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Por más que amara y confiara en su hermana, con quien debía hablar era con Jed.

—¿Adora?

Se le escapó un suspiro cuando se levantó. Se acercó a la ventana que daba a la puerta principal y vio las dos motos de carreras, cuya pintura brillaba a la luz del sol.

—Venga, Adora. —Cat se levantó de la cama y se acercó a ella—. Sea lo que sea, estoy segura de que se puede solucionar —tomó a Adora por los hombros y la hizo sentarse en la cama, frente a la ventana.

Adora volvió a apoyarse en el hombro de su hermana.

—No sé. La verdad es que no sé.

—¿El qué no sabes?

Y de repente sintió que era un esfuerzo demasiado grande el que tenía que hacer para no contárselo todo a Cat. Sabía que podía confiar en ella.

—No sé si debería casarme con Jed.

Cat se apartó un poco para poderla mirar mejor.

—¿Por qué no lo sabes?

Entonces Adora se lo contó todo, la verdadera razón por la que en principio habían pensado en casarse.

—Aunque la verdad es que Jed me gusta mucho. Le admiro y respeto. Todo iba bien, pero…

—¿Entonces, qué es lo que ha pasado?

Le contó la visita de Morton Laidlaw.

—Nos dijo que Charity iba a retirar la demanda de custodia. Comprobamos que era cierto, por si se trataba de un engaño, pero no lo era. Es verdad. La demanda ha sido retirada y ya no tenemos porqué casarnos.

—Espera un momento, entonces, ¿la boda sigue adelante o la habéis cancelado?

—Sigue adelante. Hemos decidido continuar, a pesar de todo, por el bien de Tiff.

—Por el bien de Tiff —repitió Cat, en voz baja.

—Oh, Cat… —¿Sí?

—Todo parece tan… extraño, de repente. Jed parece haberse alejado mucho de mí y me siento confundida. No lo entiendo. Sencillamente no lo entiendo…

—Dory, cuando me llamaste para contarme que te ibas a casar con él, me dijiste que estabas enamorada de él.

—Decidimos decir eso para que el matrimonio pareciera lo más sólido y real posible.

—¿Entonces no le quieres? —A Adora se le escapó un gemido—. Contéstame —le pidió Cat—. ¿Lo amas?

Adora no fue capaz de contestar. Miró a su hermana, angustiada y entonces volvió a aparecer en su mente el viejo sueño. Vio a un hombre trajeado que, por supuesto no tenía cara, porque nunca lo había conocido, pero que estaba segura de que nunca tendría el rostro de Jed.

Porque Jed nunca se pondría un traje. Vestiría con vaqueros, camisetas y botas; llevaría siempre el pelo demasiado largo y un diamante en la oreja. Además conduciría su Harley hasta el mismo día de su muerte.

—¡Dory! ¿Me vas a contestar?

—¡Vale, vale! —Volvió a abrir los ojos y enderezó los hombros —. Es que ha sucedido todo tan… rápido: la muerte de Lola y nuestro compromiso. Jed es… —Sintió que se ruborizaba.

Cat le acarició el pelo para tranquilizarla.

—¿Qué? Venga, dilo. Sabes que puedes decirme cualquier cosa.

—Lo sé, pero…, oh Cat, he sido tan tonta.

—No…

—Sí. ¿Te acuerdas de cuando estaba con Farley?

Cat hizo una mueca de desagrado.

—Sí, aquella rata.

Adora le dio una palmadita en la mano.

—Eres tan leal.

—Era una basura.

—Vale, pero recuerda como yo… bueno, pensé que me iba a casar con él y me acosté con él.

Cat miró al techo.

—Sí, ya me acuerdo. Creías haber inventado el sexo. No hacías más que decirme lo maravilloso que era. Incluso me compraste una caja de «ya sabes qué», para que estuviera protegida por si me decidía a dar el gran paso.

Adora enrojeció de vergüenza.

—No sé cómo pude hacer una cosa así.

—Pero lo hiciste.

—Sí y lo peor es que todo era una comedia.

—¿Cómo?

—Que era todo pura comedia porque detestaba hacer el amor con Farley. Decía que me gustaba porque trataba de convencerme a mí misma. En el fondo estaba segura de que nunca disfrutaría de… semejante cosa.

—Ya.

—Pero, entonces con Jed… —Volvió a enrojecer.

Cat comprendió.

—Es otra cosa, ¿eh?

Adora asintió muy despacio.

—No te lo puedo describir con palabras.

Cat alzó una ceja.

—¿Y qué problema hay?

—No, ninguno. Es fabuloso, pero… —¿Pero qué?

—Bueno, no puedo dejar de preguntarme si es, ya sabes, sólo una atracción sexual. Quiero decir que Jed no tiene nada que ver con el hombre de mis sueños. Hay mucho de delincuente en él. Nunca sé lo que podría llegar a hacer. A veces es tosco, duro y hasta cruel y yo siempre me había imaginado con un hombre al que le gustara lo mejor y estuviera dispuesto a luchar para conseguirlo. Pero había dejado de pensar en ese hombre ideal. De verdad que lo había hecho, hasta el día en que… Una voz profunda y dulce

terminó la frase por ella a sus espaldas.

—… Esta mañana cuando Morton Laidlaw apareció en esta casa.

Cat dio un respingo y Adora sintió que se le helaba la sangre.

Se volvió y vio que Jed estaba en la puerta. Como llevaba puestos los mocasines no le habían oído subir las escaleras. No tenía ni idea de cómo podía haber abierto la puerta sin que le oyeran, pero lo había hecho. Dillon apareció detrás de él.

Adora se preguntó cuánto habría oído. A juzgar por su mirada dedujo que mucho.

—Nos, eh, nos preguntábamos dónde demonios os habíais metido —dijo Dillon.

—Y ya lo hemos averiguado —terminó Jed.

Adora se levantó, pero sólo pudo susurrar el nombre de Jed antes de que él alzara una mano para instarle al silencio.

Después miró primero a Cat y después a Dillon.

Dillon comprendió la indirecta enseguida.

—Vamos Cat —con un movimiento de cabeza le indicó las escaleras.

Cat dudó.

—Vete, no te preocupes —la tranquilizó Adora.

Cat abrió la boca como para hablar, pero pareció pensárselo mejor porque se levantó y se dirigió a la puerta sin decir palabra. Jed se apartó para dejarla pasar y cerró la puerta detrás de ella.

Adora permaneció al otro lado de la cama, incapaz de moverse.

—Deberías haber esperado. Haber hablado conmigo primero —le dijo Jed.

—Lo sé —dijo muy bajito.

—La primera noche que te traje aquí te pedí que nunca me traicionaras.

Adora sólo fue capaz de asentir con la cabeza.

—Sin embargo lo acabas de hacer al hablar con tu hermana. A ella le has contado todo lo que no has tenido el valor de contarme a mí.

—Jed…

Volvió a levantar la mano, pidiendo silencio y Adora sintió que las palabras se le helaban en la garganta.

—Dijiste que no podías hablar conmigo porque tu familia te estaba esperando y resulta que te viniste aquí y se lo contaste todo a

ella. —Jed, yo…

Esta vez la calló con una mirada.

—Es lo mismo, ¿no te das cuenta? Lo mismo que me hizo Dawn.

—No…

—Sí, lo mismo. No gritas que te he violado, pero estás pensando en dejarme tirado. Me deseas, pero no me amas. Dices que me amas para conseguir lo que quieres, pero no lo sientes, porque en el fondo me consideras por debajo de ti.

—No, Jed. Tienes que escucharme…

—No, eres tú la que vas a escucharme. No puedes decirme que me amas porque no es verdad. Lo sé. Sin embargo yo sí que te amo.

Adora sintió como si alguien le estuviera estrujando el corazón.

—Yo… ¿qué?

—Te quiero. Eres una buena mujer. Fuiste buena con mamá y lo estás siendo ahora con Tiff. Pero no es sólo eso. Eres… eres tú, con tus falditas de flores y tu ropa interior rosa. Tú cuando me miras con esos ojos verdes tuyos que no saben mentir. No sé como lo has hecho, pero te has metido en mi corazón y te quiero. Pero no va a funcionar. Ahora lo veo claro.

—Pero yo no… no puedo…

—Escucha —la miró con resignación—, ¿puedes hacer algo por mí? ¿Una última cosa?

Le miró, incapaz de pensar.

—¿Qué?

—¿Podrías cuidar de Tiff un día o dos? Tengo que poner en orden mis ideas y necesito hacerlo lejos de aquí. —Pero Jed…

Se sentó en la silla y se quitó los mocasines, sustituyéndolos por las botas.

Adora trató de ser capaz de pensar para darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Jed, ¿qué estás haciendo? Te… tenemos que hablar.

—Ya es tarde para hablar.

—Pero Jed, Yo…

Jed se puso de pie.

—Limítate a responderme. ¿Cuidarás de Tiff durante unos días?

—Claro que sí, pero…

Abrió la puerta antes de que Adora pudiera terminar su frase.

—Gracias —le dijo antes de salir.

Adora se quedó inmóvil, oyendo el eco de sus pisadas en las escaleras.

Un poco más tarde oyó el rugido del motor de su moto.

Y entonces Adora comprendió que lo había perdido.

Le había traicionado y por eso lo había perdido.

Y al perderlo se había dado cuenta de la verdad.

—Jed… —murmuró, en la habitación vacía—. Yo, eh, yo te quiero. De verdad.

Se sintió como una completa idiota. Después de haberse pasado todos aquellos años buscando el amor, lo había dejado escapar, cuando por fin lo había encontrado.

El sonido del motor de la Harley de Jed, en el garaje la hizo reaccionar. Salió de la habitación a toda prisa y bajó las escaleras corriendo.

Jed estaba ya saliendo cuando llegó Adora.

—¡Jed! —le llamó, y corrió tras de él.

Pero él no la oyó o se hizo el sordo y tomó la calle Bridge.

—¡Jed! ¡Por favor, espera!

La moto hacía ya tanto ruido que era imposible que la oyera. Desesperada, Adora vio que se dirigía a tomar la autopista que le alejaría de la ciudad.

Corrió detrás de él de todos modos por la calle principal. La gente se le quedaba mirando, asombrados de verla correr descalza por el centro de la ciudad, detrás del Jinete de Medianoche.

—¡Jed, por favor…!

Sin hacer caso de los silbidos y las cosas que le decían continuó persiguiéndolo, aunque la distancia entre ellos aumentaba cada vez más. Llegó un momento en que lo perdió de vista y sintió como si el corazón se le hubiera salido del pecho. A pesar de todo siguió corriendo, intentándolo, deseando que ocurriera un milagro.

Al final, agotada y con los pies destrozados, se detuvo a un lado de la carretera. El corazón le latía a toda prisa en el pecho y le pidió que callara. Notaba que le faltaba el aire, y sin embargo contuvo la respiración.

Se quedó muy quieta, con la mirada fija en el punto donde lo había perdido de vista, tratando de oír aún el sonido del motor de su moto. Aún lo percibió a lo lejos.

Pero no tardó en convertirse en un susurro lejano.

Hasta dejar de oírse por completo.

Capítulo 11

Adora regresó por la calle principal, con la cabeza muy alta. Los motoristas que le habían silbado y dicho algunas groserías al pasar, volvieron a hacerlo. Adora apenas si los oyó, tan sólo podía pensar en Jed.

Al llegar a casa, su madre y sus hermanas estaban esperándola en la puerta.

Su madre corrió a abrazarla.

—Adora, cariño, ¿qué ha sucedido? —Miró los pies desnudos y sucios de Adora—. Hija mía has corrido descalza…

Adora no sabía que decir, así que prefirió callar.

Tiff se adelantó.

—¿Se ha marchado?

Dora asintió.

—¿Adónde ha ido?

—No… no lo sé.

Los ojos de Tiff se llenaron de lágrimas.

—¿No lo sabes? —le preguntó, asustada.

Adora hizo un esfuerzo para sobreponerse al pensar en lo que debería estar pasando la niña. Primero se había muerto su madre y poco después su hermano se marchaba de aquel modo.

—Va a volver, Tiff —le dijo, poniéndole la mano en el hombro.

Tiff se limpió las lágrimas.

—¿Cuándo?

—Pronto. Sólo necesita un poco de tiempo para pensar.

—Oh, Dory, ha ocurrido algo, ¿verdad? Algo malo.

Cat intervino, entonces.

—¿Por qué no os subís arriba para hablar con tranquilidad? —Un momento— dijo Lottie, —me gustaría saber qué pasa… Cat agarró a su madre por el brazo.

—Estaremos en casa, si nos necesitáis, ¿verdad, mamá?

—Pero…

—Vamos.

Lottie se fue con ella de mala gana. Seguidas de Phoebe y Deidre.

* * *

Para cuando llegaron a la habitación del garaje, Adora ya se había hecho a la idea de que tendría que contarle la verdad a Tiff, o al menos todo lo que fuera conveniente contarle a una niña de once años.

Así que cerró la puerta, se sentó con Tiff en la cama y le contó toda la historia, de la manera más rápida y más sencilla que pudo.

Le explicó que Charity había contratado un abogado para tratar de apartarla de Jed y que habían decidido casarse para asegurarse de no perderla. Después le contó la visita de Morton y lo que había significado.

Luego le contó la parte más difícil lo mejor que pudo.

—Así que resultó que ya no necesitábamos casarnos, después de todo, pero íbamos a seguir adelante. Jed quería hablar más detenidamente, pero yo no podía dejar de pensar en que mi familia estaba abajo y debía estar preguntándose qué hacíamos para tardar tanto. Así que no le dejé hablar y herí sus sentimientos. Después, cuando estaba echándome una siesta aquí arriba, Cat vino a hablar conmigo y se lo conté todo. Jed llegó cuando estábamos en medio de la conversación y le dolió mucho que hubiera accedido a hablar con mi hermana y no con él cuando me lo pidió.

Tiff meneó la cabeza.

—No entiendo a los adultos.

Adora trató de aclarar las cosas a Tiff.

—Cariño, lo que pasa es que Jed me ama.

Tiff puso los ojos en blanco.

—Eso ya lo sé.

Adora dio un respingo.

—¿Lo sabes?

Tiff le tomó las manos entre las suyas.

—Y tú le amas a él.

—Bueno, sí.

—Entonces lo tienes que encontrar, pedirle perdón y traerlo a casa.

Adora se quedó mirando un momento a la hermana de Jed y después la atrajo contra ella.

—Oh, Tiff, tienes tanta razón.

Tiff la abrazó con cariño.

—Menos mal que me tienes a mí en los momentos duros.

—Sí, así es —estuvieron un rato abrazadas y después Adora se apartó lo suficiente para mirar a los ojos de Tiff—. Pero ¿dónde puede haber ido? ¿Tal vez a la cabaña que tiene detrás del taller?

No creo, porque si de verdad quiere estar solo, sabe que ése será el primer sitio donde lo buscaremos.

—Entonces, ¿dónde?

—Tiene muchos amigos en la ciudad. Seguro que lo sabe alguno.

Una hora más tarde, Adora encontró a uno de sus amigos en el bar al que solían acudir todos los motoristas. Estaba poniendo una canción en la máquina.

—Perdona. ¿Spike?

El motorista se volvió, lentamente. Era alto, no tanto como Jed, pero más grandote y además, al contrario de Jed, con un montón de tatuajes bien a la vista. Tenía los dos brazos cubiertos de serpientes, corazones sangrantes y puñales. Estaban dedicados a su madre, a una tal Lilah y a otra Suzie-Q.

El motorista sonrió, satisfecho.

—Vaya, ¿qué tal te va muñeca?

La había llamado del mismo modo que el día que discutieron Cat y ella con él, hacía un año.

—Me llamo Adora —puntualizó, con la cabeza bien alta.

—Para mí siempre serás «muñeca».

Adora decidió que en aquel momento le interesaba pasar por alto su insolencia.

—Estoy buscando a Jed.

El motorista dejó escapar una carcajada. Un colega suyo que estaba cerca, llamado Dooley rió también. Por los altavoces de la máquina de discos se oía una canción de Jim Morrison.

—Tengo entendido que a ti Jed ya no te busca.

Adora no hizo caso del tono provocador de Spike.

—Es importante que lo encuentre. ¿Sabes dónde está?

—Todo el mundo te ha visto perseguirlo por la ciudad. Me parece que si hubiera querido hablar contigo, te habría dejado alcanzarlo.

Adora hizo caso omiso del tono despectivo con que le hablaba el motorista y siguió a lo suyo.

—¿Sabes dónde está o no?

Spike la miró de arriba abajo.

—¿Sabes una cosa? Si el «Jinete de Medianoche» no quiere ya saber nada de ti, a lo mejor lo intento yo.

Aquello ya fue demasiado para Adora, que dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—¡Eh, muñeca! —Adora se quedó como petrificada—. Sé dónde encontrarlo —le dijo.

Adora se volvió hacia él.

—¿Dónde está?

La volvió a mirar de arriba abajo.

—Te llevaré allí.

—No, gracias.

El motorista se apoyó contra la máquina de discos.

—Si quieres llegar hasta él, tendrás que montar conmigo.

—Tal vez otra persona me diga dónde está.

Miró a su alrededor. Todo el bar estaba lleno de motoristas, hombres y mujeres, vestidos de cuero negro, vaqueros y botas camperas. Mientras miraba a su alrededor, ellos la miraron a su vez, sin mucho interés, pero ninguno dijo una palabra.

Spike seguía sonriendo, burlón.

—Me parece que tendrás que montar conmigo en la moto.

Adora se mantuvo derecha, aunque un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se dijo a sí misma con firmeza que no tenía nada que temer de Spike. Estaba segura de que ningún motorista iba a intentar aprovecharse de la mujer del Jinete de Medianoche. En cuanto encontrara a Jed todo iría bien.

—Tú escoges, muñeca.

—De acuerdo. Vámonos.

—No vas a poder subirte a la moto con esa minifalda rosa. Vete

a ponerte otra cosa más apropiada y regresa aquí. Dooley y yo te llevaremos a donde está tu hombre… Si todavía es tu hombre.

—Lo es.

—Bueno, eso habrá que verlo, ¿no te parece?

Adora corrió a su apartamento para ponerse unos vaqueros viejos, una camiseta y unas botas. Desde allí llamó a Tiff.

—¿Has averiguado dónde está, Dory? —le preguntó la niña.

—Estoy en ello y te prometo que lo traeré a casa, sano y salvo. ¿Puedes decir a Cat que se ponga?

Tiff le pasó el teléfono.

—Hola.

—Escucha, ¿te acuerdas de Spike?

¿Quién podría olvidarlo?

—Dice que sabe dónde está Jed y va a llevarme allí.

—Oh, no.

—Cat, tengo que hacerlo. No te preocupes, estaré bien.

—Deja que llame a Dillon. Iremos nosotros también.

—No, esto lo voy a hacer sola. Es importante. Significa mucho para Jed que me atreva a ir sola.

—Es una locura.

—Cat, estaré bien. Todos los motoristas respetan a Jed. Spike no se atrevería a hacerme nada. Sólo quería que supieras lo que voy a hacer.

—No lo hagas, Dory.

—Cat, eres la mejor hermana mayor del mundo.

—Dios, ten cuidado.

—Lo tendré. No te preocupes.

—Ya, claro.

—Deséame suerte y no dejes que ningún miembro de la familia se vaya. Estaré de vuelta a tiempo para mi boda.

—Muy bien.

—Y traeré conmigo al novio.

—Dory, estás loca.

—Te quiero, Cat.

Adora colgó el teléfono, alcanzó su vieja cazadora de cuero de la percha y salió hacia su cita con Spike.

Capítulo 1

Se encontró a Spike a la puerta del bar, apoyado en el asiento de su moto, junto con Dooley y la mayoría de los motoristas que habían estado en el bar media hora antes.

—Te pediré prestado un casco —le dijo Spike, cuando llegó a su lado. Levantó una mano hacia los otros motoristas—. Eh, Sadie, pásamelo.

Una mujer vestida con unos pantalones ceñidos de cuero y un corpiño a juego le tiró un casco rojo. Lo alcanzó limpiamente cuando llegó a él y después se lo tiró a Adora, quien levantó las manos justo antes de que le diera en la cara. Oyó unas cuantas risas procedentes de los motoristas.

—Póntelo —le dijo Spike.

Adora se puso el casco, mientras Spike se subía en la moto y se colocaba el suyo. Lo mismo hizo Dooley. Después los dos hombres pusieron las motos en marcha, haciendo rugir sus poderosos motores.

—Súbete —le gritó Spike.

Adora se subió detrás, con cautela.

—¡Agárrate a mi cintura!

De mala gana, Adora le rodeó la cintura con los brazos. Spike aceleró un poco y de repente pisó el freno, haciendo que la moto se fuera hacia delante, dando un susto de muerte a Adora que se agarró con fuerza a él. El motorista soltó una carcajada.

Después condujo despacio hasta que salieron de la ciudad. Pasaron por la calle Bridge que estaba llena de motoristas que les

gritaban cosas.

Por fortuna, Adora no pudo oír lo que decían porque el ruido de las dos motos ahogaba sus palabras. Trató de no mirarlos, manteniendo la vista fija en el frente. Pensó en Jed y se dijo a sí misma que lo vería pronto y todo volvería a ir bien.

Pero no lo vio pronto.

El viaje duró horas. Cada poco tiempo paraban en el aparcamiento de algún bar cutre de carretera, echaban un vistazo y volvían a emprender la marcha. Aunque Spike no se había molestado en explicarle el por qué de esas incursiones, Adora se imaginó que él y Dooley se estaban deteniendo en los lugares en que podía estar Jed, buscando su moto entre las otras que había aparcadas.

Pero la moto de Jed nunca estaba allí, así que continuaban su camino. A Adora le dolían ya los oídos y el trasero, y además, a medida que avanzaba el día, hacía más calor. Adora deseó poderse quitar la cazadora, pero no sabía dónde ponerla.

Llegaron a un pueblo llamado Turlock, cerca de Sacramento. Hacía mucho calor, a pesar de que ya estaba oscureciendo.

Tengo que ir al servicio —dijo Adora.

—Pues no tardes.

Adora se bajó de la moto y se dirigió al servicio, tan rápido como sus temblorosas piernas pudieron llevarle. Cuando ya se estaba lavando las manos, se miró al espejo y no pudo evitar soltar un gemido al ver la cara que tenía. El casco y el sudor habían hecho que el pelo se le pegara a la cabeza y se le había corrido el rímel. Además de la pinta que tenía, se le había entumecido la parte de la cara que no tapaba el casco así como las manos. Para remate le dolía el trasero de estar sentada tanto tiempo y le pitaban los oídos por el ruido que hacía la moto. Pensó que tal vez había tenido razón Cat al decir que aquello era una locura.

Oyó llamar a la puerta con impaciencia, cuando se estaba lavando la cara.

—Vamos muñeca. Muévete.

Con un suspiro se limpió el rímel de debajo de los ojos, se lavó las entumecidas manos, y tras ponerse el casco, volvió a subirse detrás de Spike.

Siguieron su camino. Spike y Adora iban delante. Se hizo de

noche, pero la temperatura de aquella calurosa noche de agosto, en el semiárido corazón de California no pareció disminuir.

Las carreteras cada vez eran más polvorientas y cada vez era más tarde. Aún así, siguieron atravesando pueblecitos tan pequeños que Adora no podía recordar sus nombres, dejando tras de sí una nube de polvo.

Y entonces, a unos kilómetros de uno de aquellos pueblecitos, vieron brillar una luz entre unos árboles. Doblaron una curva y delante de ellos apareció una destartalada casa de madera, con la pintura, de un horrible color verde, descascarillada y un enorme porche casi derruido. En el neón, medio borrado se leía Bar Mama María.

Había una fila de motos aparcadas delante del local. Los tres se pusieron a buscar la Harley de Jed.

Adora sintió que el corazón se le subía a la garganta, al ver la moto de su amado.

Por fin lo había encontrado y las cosas volverían a ir bien. Tenía que ser así.

Se quitó el casco y se preguntó dónde lo tendría que dejar. Spike lo tomó y lo colocó en su moto, con el suyo.

—¿Estás listo, Dooley? —preguntó Spike a su colega.

—Apuesta algo a que sí.

Spike rodeó el hombro de Adora con uno de sus tatuados brazos.

—Entra conmigo, muñeca. Veremos si el Jinete de Medianoche te reclama como su chica. Si no es así, bueno, siempre me tendrás a mí…

Adora trató de soltarse, pero Spike se echó a reír y la apretó más contra sí.

Adora le miró, haciéndose la dura, tratando de no pensar en las cosas que podrían sucederle en aquel sitio, lejos de cualquier lugar conocido, en plena noche, y con la sola compañía del lascivo Spike y su colega Dooley.

—Déjame en paz, Spike —fue lo único que consiguió decir. Pero él se limitó a echarse a reír y estrechar su abrazo.

—Tómatelo con calma, muñeca, que ya falta poco —le musitó al oído.

Adora se mordió el labio e hizo un esfuerzo sobrehumano para no echarse a llorar.

Mientras subían los escalones que llevaban a la entrada del bar, Adora, forcejeó para soltarse, pero Spike no la dejó. Cada vez que trataba de soltarse, el motorista la apretaba más contra él, entre carcajadas.

Así, medio tambaleándose, llegaron a la puerta, que Spike abrió de una patada, haciendo entrar a Adora.

La puerta se cerró tras de ellos y Adora miró a su alrededor, buscando a Jed, con desesperación. No le vio, pero sí echó un vistazo al lugar al que la había llevado Spike, que convertía al bar que frecuentaban los motoristas en Red Dog City en una cafetería de primera categoría.

Exceptuando las dos bombillas que alumbraban las dos mesas de billar, el resto de la iluminación procedía de unos anuncios de cervezas. El aire apestaba a tabaco, alcohol y sudor.

—Eh, Spike, ¿qué tienes ahí? —le gritó alguien, al otro lado del local—. ¿Lo quieres compartir?

Buscando con desesperación unos ojos plateados, Adora volvió a mirar a su alrededor, nerviosa.

Cada vez estaba más asustada, aunque se juraba a sí misma que no permitiría que se lo notaran.

Spike soltó una carcajada antes de responder a la pregunta que le acababan de hacer, sobre compartir a Adora.

—No lo he decidido todavía.

Al decir esto, aflojó un poco la fuerza con que sujetaba a Adora, que aprovechó para darle un empujón.

Spike se tambaleó un poco, pero pronto recuperó el equilibrio.

—Vaya, muñeca —le dijo con tono lastimero, fingiendo que le había hecho daño—, eso no ha estado nada bien. ¡Vuelve aquí! —le dijo, entornando sus despreciables ojos.

—¡Déjala en paz, Spike!

Era la voz de Jed, tan suave y tranquila como siempre.

Adora se dio la vuelta y lo vio, entre las sombras, al otro extremo del bar.

Spike miró a Jed.

Te he traído a tu chica, si es que todavía la quieres. —Spike esbozó una desagradable sonrisa—. Bueno, ¿qué dices? ¿Es tuya esta mujer o no?

Adora contuvo la respiración.

—Sí, es mía —respondió Jed.

Y Adora volvió a dejar que el aire le entrara en los pulmones.

Spike soltó una sonora carcajada.

—Sólo estaba asegurándome —se dirigió a Adora—: ¿No vas a darme las gracias por haberte traído hasta aquí?

—Claro, gracias, por haberme traído —le dijo, con la cabeza bien alta.

—De nada. Cuando quieras, repetimos —se dirigió a Dooley—: Vamos a emborracharnos —y los dos hombres se dirigieron a la barra.

Jed pagó lo que había bebido y se dirigió hacia Adora.

Lo vio llegar y pensó que parecía tan cansado y polvoriento como ella, pero aún así solo verlo la aliviaba, como un buen trago de agua aliviaría a un sediento.

—Oh, Jed —le dijo, cuando le tuvo a su lado. Y trató de tocarlo.

Jed dio un paso atrás, antes de que ella pudiera alcanzarlo.

—¿Dónde está Tiff?

—En casa y a salvo. Te lo prometo.

La miró largo rato, como si estuviera decidiendo si creerla o no. Después se encogió de hombros.

—Vamos —le dijo, sin que su voz dejase traslucir ninguna emoción—, pareces agotada. Te llevaré a donde puedas dormir un poco y mañana me encargaré de que regreses a casa —se dirigió a la puerta.

Adora se quedó inmóvil, mirándolo alejarse mientras se daba cuenta, con el corazón destrozado, que nada había cambiado. Le vio salir y entonces se fue tras él.

Fuera, a lo lejos se podía ver la luna llena sobre unas colinas. Como ya era muy tarde el calor había disminuido un poco. Adora permaneció bajo el ruinoso porche, mientras Jed sacaba la moto de la fila donde estaba aparcada.

Cuando creyó que los otros motoristas no podían verlo, le dirigió una mirada impaciente.

—Debes haber traído un casco, porque si no te hubiera detenido algún poli en la autopista.

Adora avanzó un poco y se apoyó en uno de los pilares del porche, sin dejar de mirar a Jed.

—Adora, ¿dónde está tu casco?

Ella suspiró.

—Allí, sobre la moto de Spike.

—Tráelo.

—Escucha Jed, yo…

—Trae el maldito casco de una vez y vayámonos lo antes posible de aquí.

Adora bajó del porche con una tremenda sensación de derrota y se dirigió a la moto.

Jed puso en marcha la Harley. El sonido de su motor retumbó como un trueno en medio de la noche.

Adora se puso el casco rojo.

—Muévete —le gritó, tratando de hacerse oír, a pesar del ruido de la moto.

Adora se acercó a él.

—¡Sube!

Entonces, ella se detuvo.

—¡Vamos, Adora!

No podía. Antes tenía que saber si aún le quedaba alguna esperanza. Se había pasado muchas horas subida en una moto y tenía derecho a saberlo.

—¿Lo dijiste de verdad, Jed? ¿Soy todavía tuya?

Primero la miró a ella y después a lo lejos.

—Sube.

Adora tiró el casco al suelo polvoriento y gritó:

—Jed, estaba equivocada al pensar que mis estúpidos sueños de toda la vida eran ni siquiera un poco mejores que lo que teníamos tú y yo.

—Adora…

—¡No, escucha! ¡Por favor, tienes que escucharme! —hablaba a gritos para asegurarse de que Jed lo oía todo a pesar del ruido del motor de su Harley—. En el mismo instante en que te marchaste de mi lado, tuve que admitirme a mí misma la verdad. Te amo. —Jed miró hacia el bar de carretera y Adora le siguió la mirada. Tenían compañía. Los motoristas que antes estaban dentro habían salido a mirar. Pero a Adora no le importaba nada haber congregado una muchedumbre. Volvió a repetir lo que había dicho, bien alto—. Jed, te amo. Te amo de verdad.

—Escucha, súbete a la moto.

—No. Te lo digo en serio. Te quiero. Habla conmigo, por favor.
—Aquí no.
—Entonces, ¿dónde?
—Eso —gritó uno de los motoristas—. Si no es aquí, ¿dónde va a ser, chico?
Un murmullo procedente de la muchedumbre corroboró sus palabras.
—Adora… —Movió la cabeza, de un lado a otro.
¡Dile otra vez que lo amas! —le indicó una voz cavernosa.
—¡Dile que no puedes vivir sin él!
—¡Dile que quieres montar con él hasta que ya no puedas montar más!
Adora respiró profundamente, para tomar fuerzas y se enfrentó a todos aquellos peligrosos personajes.
—Perdonen, pero esto es una conversación privada. ¿Les importaría…?
Ninguno de los motoristas se movió. Les hizo un gesto de desagrado con la mano y se volvió a Jed.
—Muy bien, te lo diré cien veces. Te quiero. No… no puedo vivir sin ti. Quiero montar contigo… umm…
—¡Hasta que no puedas montar más! —terminó una voz por ella.
—Eso es —dijo Adora—. Gracias.
—Sin problema —le respondió la voz.
Jed paró la moto y se apoyó en el manillar.
Adora lo miró y habló desde lo más profundo de su corazón.
—Te quiero mucho. Nunca pensé que podría amar a nadie como te amo a ti. Tal vez fuera una mujer superficial hasta que te encontré. Una mujer superficial que tropezaba una y otra vez en la misma piedra, tratando de encontrar un hombre tan vacío como ella. Hasta que apareciste tú. Y, oh, Jed lo supe enseguida, aquel día en que encontramos a Lola, pero no quería admitirlo. Entonces Tiff lo arregló todo, porque ella me necesitaba para que me casara contigo. Parecía tan noble que me casara contigo por el bien de Tiff, pero ahora no nos tenemos que casar por ella. Si me caso contigo será simplemente porque es lo que deseo hacer, porque te amo. Y ya te he dicho cuanto me asusta darme cuenta de todo lo que te quiero. Pero perderte, me asusta aún más…

La estaba escuchando y se estaba ablandando. Lo sabía.

Adora se puso de rodillas en el suelo polvoriento.

—¡Oh, Jed, por favor! —le suplicó—. ¿Qué quieres que haga? Haré cualquier cosa por ti. Te lo juro.

—¿Cualquier cosa? —le preguntó, con una sonrisa maliciosa.

Adora sabía que ya lo había convencido, pero asintió con la cabeza, de todos modos.

—Sí, haré lo que quieras, si te casas conmigo, si me dices que vas a pasar conmigo el resto de tu vida.

Entonces sí que sonrió y los ojos le brillaron con malicia. Se bajó de la moto y tendió una mano a Adora.

Ella la tomó y entonces Jed la atrajo hacia sí y la besó como nadie la había besado hasta entonces.

En el porche, los motoristas empezaron a silbar y a aplaudir.

—De acuerdo, maldita sea —le susurró Jed al oído—, tal vez funcione, después de todo. Tienes cerebro, corazón y agallas, Adora Beaudine. Te voy a amar, como nunca ha sido amada mujer alguna. Para el resto de nuestras vidas.

Dos días más tarde, después de la ceremonia y el banquete, después de que salieran de Red Dog City, escoltados por una multitud de motoristas, después de su noche de bodas en un coqueto hotel de Tahoe, Jed llevó a Adora a un salón de tatuajes que conocía, para que cumpliera su promesa de hacer cualquier cosa que le pidiera él.

Fue un pequeño tatuaje, en un lugar donde nadie más que Jed lo podía ver.

Un corazoncito con su nombre.

FIN



Christine Rimmer nació en California. Primero deseaba ser actriz, consiguiendo su licenciatura en teatro del Estado de California, Sacramento y luego se fue a Nueva York para estudiar actuación. Más tarde, se mudó al sur de California, donde comenzó su carrera como escritora de relatos cortos, obras de teatro y poemas. Sus poemas y cuentos fueron publicados en una serie de pequeñas revistas literarias. Sus obras fueron producidas por teatros del Grupo en el sur de California y han sido publicadas por dramaturgos de la Costa Oeste. Ha escrito más de setenta y cinco novelas contemporáneas de Silhouette y Harlequin Libros. Las historias de Christine siempre aparecen en las listas de *Best-seller*, incluida la Waldenbooks y las listas de EE. UU.

Vive en Oregon con su familia.